

«¿Conoces a Olvido Rus?» Alguien formula a Abril esta sencilla pregunta, sin darse cuenta de que destapa la caja de los recuerdos. Olvido y Abril, amigas inseparables de la adolescencia, compañeras de mil aventuras, no han evitado que el tiempo las separe. /// Olvido es ahora una actriz de fama mundial y Abril acaba de encontrar el sentido de su existencia. Pero, aunque ellas no lo sepan, sus vidas siguen íntimamente ligadas... /// Ahora Abril se va a casar y necesita a Olvido. Sin embargo, nada es fácil: rivalidades, envidias, cariño incondicional, el paso inexorable de la vida... esta novela habla del poder de la amistad, pero también del paso del tiempo, del sentido de la existencia y de las cosas por las que merece la pena luchar.

Ángeles Escudero

Care Santos

Tengo tanto que contarte

Blanca Cruset y Claudia Torres,

por sus 50 años de amistad.

Y a quienes viven la amistad como un regalo

Parte I

No dejes crecer la hierba en el camino de la amistad *PLATÓN*

De: Abril Manrubia

Para: Olvido Rus

Asunto: Demasiado tiempo después

Querida Olvido:

Puede que me haya vuelto loca. Si no, no estaría escribiéndote. La última dirección tuya que tengo es de hace más de diez años, y de Londres. Por eso mando este mensaje al correo para fans de tu *Official Website*, con la esperanza de que alguien lo ponga en tus manos. O quién sabe, igual eres de ese tipo de famosas que leen personalmente el correo.

Tengo una noticia bomba: me voy a casar. Dentro de cinco meses. ¡A los treinta y cinco! Bueno, más vale tarde que nunca (supongo). Puede que te sorprenda lo que voy a decir, pero no quiero hacerlo sin ti. De hecho, por eso te escribo. Para pedirte que hagas un hueco en tu agenda de estrella mundial y vengas a mi boda. Te aseguro que en ninguna otra parte del mundo se alegrarán tanto de volver a verte. Aún faltan muchas semanas. No admito un no por respuesta. Te necesito a mi lado.

Tal vez, si tienes tiempo, podríamos escaparnos juntas, aunque sólo sea un par de días, a nuestro rincón, lejos de todo. ¿Te gustaría? ¿No te apetece que volvamos a ser, ni que sea por unas horas, las dos locuelas que éramos hace... cuánto tiempo? ¿Diez años? ¿Puede ser que haga tanto que no nos vemos? ¿Por qué nos ha pasado algo así? ¿Simplemente hemos dejado enfriar nuestra amistad? ¿Cómo hemos podido dejar que ocurriera?

Por favor, no me digas que nunca piensas en lo importante que fue todo lo que compartimos. No me digas que nunca echas de menos aquella época. Y, sobre todo, no me falles. ¡Tengo tanto que contarte!

Abril

* * *

De: Secretario de Olvido Rus

Para: Abril Manrubia

Asunto: Acuse de recibo

Estimada señorita Manrubia:

Le escribo en nombre de Olvido Rus para acusarle recibo de su correo electrónico de hace una semana y comunicarle que la señora Rus tiene contraídos importantes compromisos profesionales en las fechas de su enlace, por lo que lamenta mucho no poder asistir al mismo. En cuanto tenga algo de tiempo le escribiré para contárselo ella misma. Le ruego que la disculpe y espera que puedan verse muy pronto en otra ocasión.

Atentamente,

A.

(Secretario personal de Olvido Rus)

* * *

De: Abril Manrubia

Para: Olvido Rus

Asunto: Toc, toc

Querida Olvido:

No pienses que voy a rendirme tan pronto. Ya sé que tienes muchos compromisos y que todos son maravillosos: rodar una película con Paul Thomas Anderson, asistir al festival de Cannes, recibir un Globo de Oro... Mi boda es un proyecto infinitamente más vulgar, claro, pero es MI gran proyecto, lo que he estado esperando durante gran parte de mi vida. Cuando conozcas todos los detalles, lo comprenderás y no podrás resistirte. Quiero tenerte conmigo. No a la famosísima Olvido Rus que sale en las revistas, firma campañas millonarias con marcas de cosméticos o se esconde de los *paparazzi*. Esa Olvido no me interesa: yo quiero a mi amiga, a la de verdad, la mortal, la imperfecta, la cascarrabias, la de gran corazón, la (a veces) insoportable. Yo necesito a aquella flacucha con talento, un corazón de oro y un genio de mil diablos a quien conocí en el peor momento de nuestras vidas.

No puedes decirme que no. Si tienes poco tiempo, si realmente tus compromisos son ineludibles, ven sólo unas pocas horas, pero no dejes de venir. Ya te lo dije: te necesito. Te necesitamos. No finjas que no sabes quién es el príncipe azul, aunque ni por un momento pensaras que llegaríamos tan lejos. Por favor, encuentra el tiempo. Ya lo has hecho otras veces.

Un beso de tu amiga,

Abril

¿Conoces a Olvido Rus?

La pregunta la formula mi peluquera mientras me pinta el pelo con una sustancia que apesta. Sobre mi regazo, una revista del corazón, abierta por una doble página que dice: «Olvido Rus, despampanante en la entrega de los Globos de Oro». En la foto se la veía sola, segura de sí misma, encaramada a unos tacones de diez centímetros, luciendo un traje rojo y gaseoso que le sentaba como un guante. Al cuello, una gargantilla de brillantes. Por supuesto, todo de marca, y no cualquiera. Su postura era desafiante, casi retadora. Posaba como lo habría hecho la protagonista de su última película. Sólo le faltaban el látigo y la metrallera. La peluquera mira la revista por encima de mi hombro. Hace un comentario del peinado. Algo así como: «Lleva el pelo demasiado aplastado. Debería haberse hecho un moldeado». He recordado los rulos calientes puestos a hervir, aquellas quejas constantes, su melena negra y brillante, que a mí me parecía preciosa y ella encontraba aplastada, como mi peluquera, y se me ha escapado un pensamiento en voz alta: «Sí, ése siempre fue su problema. Cualquier cosa que se hace en el pelo se le baja en seguida».

Y entonces, los ojos muy abiertos y ese tono de fascinación que se le pone a la gente al hablar de los famosos. Y la pregunta:

- ¿Conoces a Olvido Rus?

- Sí. Somos amigas -respondo.

Amigas. Hubo un tiempo en que esa palabra significaba mucho para mí, para nosotras. Hoy no estoy segura de lo que significa.

Es extraña la memoria. En sólo un segundo puede hacerte retroceder hasta el principio de todo. Hasta el día en que llegamos a aquel lugar horrible. Cumbres Blancas, escuela de verano. Dicho así, no parece el Infierno. No olvido el día de mi llegada porque era mi cumpleaños, el decimosexto. El viaje, en compañía de mi padre y de Miranda, había sido un desastre. Más de seis horas de autopista y caras largas desde Madrid hasta aquel pueblucho de la provincia de... ¿Málaga? Y todo sin apenas pronunciar palabra, con aquella música horrible sonando todo el tiempo. Tenía uno de mis presentimientos, el peor, de que aquél iba a ser el verano más horrible de mi vida. Aunque, tal y como estaban las cosas, tal vez aquello no podía considerarse un presentimiento, sino un mero dato objetivo.

Era muy consciente de que había desilusionado a quien más me quería en el mundo y debía pagar por ello. Él interpretaba su papel de padre abnegado con una hija que se empeña en poner las cosas difíciles. La llegada a Cumbres Blancas fue aún peor. Conocí a

Fabio (bueno, entonces era el señor Amarelo), que nos recibió con un catálogo completo de sonrisas falsas. Sonrisas que, por supuesto, terminaron en el mismo momento en que me quedé a solas con él. Era tarde, todo el mundo había cenado ya. Amarelo me preguntó si quería tomar un poco de fruta para no irme a la cama con el estómago vacío. No contesté. En realidad, no quería nada. Ni fruta, ni irme a la cama, ni tener que aguantarlo, ni quedarme allí ni nada de nada. Mi padre soltó una de sus frases desagradables:

- ¡Contesta ahora mismo, Abril! El director te ha hecho una pregunta.

Pero Amarelo se adelantó incluso a mi respuesta. Con el tono de voz más conciliador, apaciguó a mi padre:

- No se preocupe, señor Manrubia. Déjela en nuestras manos.

Suena terrible, ¿verdad? Porque lo era.

- Ahora te acompañaremos hasta tu habitación -dijo Amarelo aún sonriendo-. Mañana tendrás tiempo de conocer las normas del centro y al resto de las alumnas. De momento, debes saber que el silencio nocturno aquí se valora mucho. Y que el incumplimiento de las normas conlleva una amonestación inmediata.

Asentí. Me despedí de mi padre con un beso en la mejilla. A Miranda ni siquiera la miré. Me di cuenta de lo mucho que ese comportamiento la ofendía, y también del daño que le estaba haciendo a mi padre, pero me dio lo mismo. Hacía demasiado tiempo que lo que ocurría a mi alrededor me traía sin cuidado.

Una conserje me acompañó hasta mi habitación. Por los pasillos, nuestros pasos retumbaban como en las películas de cárceles. Yo sólo podía pensar que todo aquello parecía una pesadilla horrible y que al despertar me sentiría muy aliviada.

- Es aquí -dijo la mujer, señalando una puerta y entregándome un llavín-. Que duermas bien.

En cuanto los pasos de la mujer se perdieron en el pasillo, me decidí a entrar. Busqué a tientas un interruptor, pero no di con él. Entré como pude, dejé la mochila en el suelo y esperé a que mis ojos se acostumbraran un poco a la oscuridad. Distinguí la puerta del baño, entré y encendí la luz, esta vez a la primera. Permanecí un buen rato frente al espejo, mirándome, pensando cómo había llegado hasta allí, cómo papá se había dejado convencer, cómo podía Miranda ser tan bruja. Porque, por supuesto, de todo aquello tenía la culpa Miranda. Era ella la que había seducido a mi padre, ella la que deseaba pasar todo el tiempo a solas con él, ella la que le había metido en la cabeza que la única solución para mí era pasar el verano en un sitio horrible como aquél. Todo lo que me estaba ocurriendo era culpa suya.

Cuando me cansé de compadecerme a mí misma, salí y traté de localizar un interruptor. Quería sacar mi ropa de la maleta, inspeccionar un poco mi nuevo sitio. Como

un hámster recién llegado a su nueva jaula. El pulsador estaba allí mismo, junto a la puerta del baño. Lo toqué y una luz blanca, intensa, un poco impertinente, invadió la habitación. Recuerdo que lo primero en que reparé fue en lo blanco que era todo. Había dos camas, también blancas. Pensé: «Parece un hospital». En realidad era peor, porque ni siquiera había tele. Y casi en el mismo instante, una voz destemplada y nasal me increpó:

- ¡Apaga la luz! ¿Qué coño haces?

Una cabeza despeinada salió de entre las sábanas de una de las camas, seguida de un brazo rematado en una mano con los dedos en garra. La mano cayó sobre otro interruptor y al instante la habitación volvió a quedar a oscuras.

- Disculpa -balbuceé, asustada por la inesperada aparición.

Desconcertada y con el corazón a mil me senté en el borde de la cama libre y traté de pensar en el asunto. Aquello sólo podía ser un error. Las habitaciones, había dicho mi padre, eran individuales. Debían de haberme dado la llave de otra persona.

Comprobé que el número del llavín coincidía con el de la puerta. Me di cuenta de que estaba en la habitación número trece y lo interpreté como una mala señal. ¡Yo no podía dormir en una habitación con el número 13! ¡Era terriblemente supersticiosa! Agarré la llave, salí del cuarto y fui en busca del director. Lo encontré cerrando la puerta de su despacho para irse a dormir. Aquel día estaba haciendo horas extra.

- ¿Hay algún problema, Manrubia? -preguntó en un tono cansino.

- Creo que se trata de un error -dije-. En mi cuarto hay otra persona. Bastante maleducada, por cierto. Se ha puesto a chillar nada más verme.

Se quedó mirándome sin decir ni hacer nada. Más tarde aprendería que aquella era una estrategia habitual de Fabio: dejar que los demás hablen demasiado.

- Necesito cambiar de habitación -añadí.

- No necesitas nada, Manrubia. Esa otra persona es Olvido Rus, tu compañera de cuarto. Es normal que esté cabreada si la has despertado a las... -consultó su reloj- doce cuarenta y cinco minutos. ¿Tú no habrías gritado un poco?

- ¿Mi... qué? -pregunté-. En la publicidad pone que las habitaciones son individuales.

- Error. En la publicidad pone que disponemos de habitaciones individuales. Bajo demanda.

- Yo quiero una habitación individual.

- Me temo que eso no lo decides tú. Tu padre y su esposa fueron muy claros en su petición. Compartes habitación por expreso deseo suyo. De modo que deberías regresar a tu cuarto y tratar de dormir un poco, por tu propio bien. La campana sonará a las siete.

No soportaba que llamara *esposa* a Miranda. No se había casado con papá ni iba a hacerlo, sólo era un rollo como tantos, una idiota de temporada, sólo que un poco más duradera de lo habitual. Tampoco soportaba que pluralizara, como si ella pudiera decidir algo que tuviera que ver conmigo. Sentía rabia e impotencia.

- ¿Puedo hacer algo más por ti, Manrubia?

También me sacaba de quicio que me llamaran por el apellido, pero me faltaba poco para descubrir que en aquel lugar las cosas eran distintas.

- Supongo que no -musité.

- Bien, entonces buenas noches. -El director se alejó por el pasillo y yo regresé a mi habitación.

Abrí la puerta con sigilo, me quité los zapatos y aparté las mil cosas que había sobre mi colcha -una caja de tampones, un sujetador rojo, un diccionario de inglés y el primer teléfono móvil que yo veía en mi vida (yo tardaría aún algunos años en tener uno)-, me tumbé sin desvestirme y cerré los ojos. Creo que aquella noche no dormí ni un par de horas.

* * *

Cuando desperté por la mañana vi a mi compañera de cuarto salir del baño completamente vestida y con poco maquillaje. Me pareció altísima y también algo desgarbada. Su cama estaba hecha. Me inquietó imaginarla despierta, mirándome dormir, con mis cosas a su alcance. Lo poco que había visto me bastaba para saber que no quería nada con ella.

- Me voy -dijo abriendo la puerta, y sin ni mirarme, soltó-: Te alegrará saber que voy a solicitar que nos cambien a dos habitaciones individuales.

Podría haberle dicho que era inútil intentarlo, pero callé y la dejé marchar. Miré el reloj, pensé que tenía por delante el primer día de un largo verano y volví a cerrar los ojos agotada.

Cuando poco después vi a Olvido en acción, me quedé impresionada. No sólo era muy alta y muy guapa: también tenía una personalidad arrolladora y un encanto personal innegable. Entró en el comedor con paso decidido, se puso en la cola del café sin dejar de

mirar el móvil y cuando le tocó el turno agitó la melena, sonrió y le pidió a la camarera un expreso doble. Ésta le preguntó si tan joven ya tomaba café, y ella respondió:

- Yo creo que mi madre me lo daba en biberón.

Rieron. Ella agarró su bandeja, se sentó a una mesa iluminada por un rayo de sol naciente y siguió con su teléfono. Estaba seria, concentrada; el café esperaba sobre la bandeja y todos hacían esfuerzos por no mirarla. Parecía un cuadro de Hopper. Y era preciosa.

Oí a alguien comentar que apenas se parecía a su madre. Había quien discrepaba:

- Se parece en los gestos elegantes -decían-. Lo demás debe de ser del padre que, por lo menos, sería un jugador de baloncesto.

- Calla, idiota. ¿No sabes quién es su padre? El escenógrafo americano aquel tan famoso, ¿cómo se llama? Uno muy espigado.

- Ahora no caigo.

- Sí, mujer... ¡pero si la semana pasada salió en la tele, que le dieron un premio!

Así era el día a día de Olvido: levantaba comentarios a su paso, todo el mundo opinaba sobre su vida. Ella había aprendido a mantenerse al margen, a fingir que no le importaba. En realidad, todo aquello la asqueaba, pero yo no lo sabía aún. Yo ni siquiera sabía quién era su madre. El día que lo pregunté me tomaron por idiota.

- ¿No lo sabes? Es la hija de Cornelia Rus.

Cornelia Rus, la famosísima actriz de teatro. La admirada, querida, multipremiada y atareadísima Cornelia Rus. Una madre que nunca tuvo tiempo para su única hija porque siempre estuvo demasiado ocupada en sus giras o en sus proyectos internacionales: una *Medea* en Atenas, una *Salomé* en Aviñón, un puesta en escena innovadora de Esquilo para el festival de Mérida... En la vida de Cornelia no había sitio para lo personal. O lo personal se confundía demasiado a menudo con lo profesional.

Tenían razón en lo del escenógrafo. El padre de Olvido era un figurinista, pintor y escenógrafo estadounidense que pasó por la vida de Cornelia como un cometa alrededor de la Tierra. Coincidieron en un solo proyecto y surgió un flechazo, y de ahí un romance, tan fugaz que antes de que ella sospechara que podía estar embarazada ya habían decidido no volver a caer más en la tentación. Él nunca quiso ejercer de padre de Olvido ni Cornelia se lo permitió, pero siguieron viéndose de vez en cuando y manteniendo una extraña relación de amistad. Una amistad distante, que se traducían en una cena de vez en cuando -en cualquier parte del mundo- y que Olvido nunca entendió.

Olvido no soportaba la forma de ser de su madre. Tampoco que fuera tan popular ni

que de vez en cuando saliera en los periódicos. No aguantaba a los periodistas que se apostaban frente a su casa, las perseguían a todas partes y llamaban a todas horas. Mucho menos el tono de falsa cordialidad que utilizaba su madre para atenderlos, enferma de orgullo, fuera la hora que fuese.

Por supuesto, todas las relaciones en la vida de Cornelia eran fugaces y poco relevantes. Los hombres quedaban eclipsados por su enorme personalidad. Y por su enorme talento para el egoísmo. Olvido se crió acompañada de canguros y asistentes, echando de menos a su madre pero sin reconocerlo jamás, soñando con acompañarla en sus viajes, con compartir algo de su tiempo, pero en balde. Para Cornelia, su hija era una carga que podía aliviar con dinero. Y aquel internado, la mejor solución para un verano de muchísimos compromisos.

Nunca olvidaré la primera vez que le hablé de su madre. Fue al día siguiente de mi llegada. Pensé que el tema nos ayudaría a limar asperezas, ya que por lo visto estábamos condenadas a convivir. Fue en una pausa de clase de inglés.

- Debe de ser genial ser hija de Cornelia Rus.

Contestó sin ni mirarme, con el tono más cansino que pueda imaginarse.

- Huy, sí: es lo mejor del mundo.

- Sólo la he visto actuar una vez -dije-, quiero decir en vivo. Pero me pareció una actriz aluci...

No me dejó terminar. Su voz era cortante como el filo de una navaja cuando dijo:

- No quiero hablar de mi madre, gracias.

- Supongo que tú también quieres ser actriz.

- ¡Es lo último que sería en el mundo! ¡Antes me iría al espacio que meterme en ese mundo de hipócritas! -respondió.

Así terminó nuestra primera conversación. Creo que ese día comencé a conocer a Olvido. No por sus palabras, sino por sus silencios. Lo que no decimos habla mucho de nosotros. Referirse a Cornelia Rus significaba para ella estar en tensión, alerta. Hasta el más idiota se habría dado cuenta de lo que le ocurría. Era como si se encendieran las luces rojas de alarma advirtiendo:

¡Atención!

TEMA PELIGROSO

La segunda conversación no fue mucho mejor.

No debería gustarme el cine. Si no me gustase, no sabría cómo se llama en el lenguaje audiovisual esta sensación tan horrible que tengo: plano aberrante. La cámara ligeramente inclinada, creando una atmósfera emocional inestable. A lo mejor no sería tan intenso el vértigo cuando el zoom que me enfoca se aleja rápidamente de mí. Mil veces lo he visto en las películas. La chica entra, le ponen una pasta grumosa en el plato. Avanza haciendo equilibrios. Todos la miran, ella duda, da un mal paso y se le cae la bandeja al suelo.

- ¿Qué guarnición querrás con el solomillo, patatas o menestra? -me pregunta una chica joven de tez muy morena.

- Menestra. Soy vegetariana -miento sin saber por qué.

La chica no se inmuta ante mi declaración. Le quedan aún muchas menestras por servir, a ella qué más le da.

El comedor está lleno. Lo recordaré para el resto del verano, pienso. Si llego pronto, podré sentarme donde quiera, comer de prisa, pasar desapercibida. Hoy no será ese día. Veo un sitio junto a una chica de espaldas y avanzo con precaución. Arrastro la silla con el pie. Me siento. Resoplo aliviada al dejar la bandeja sobre la mesa. Aunque en seguida me muerdo el labio por la metedura de pata.

- ¿No había otro sitio?

Su voz es muy cortante y la gente nos mira.

- Cambia de mesa si quieres -le digo.

La desconcierto. Sólo por un momento. Me lanza una mirada desafiante. Creo que está pensando que me ha subestimado.

- ¡Tú eres gilipollas! -espeta.

En parte, estaba de acuerdo con ella, pero no dije nada. Sólo me entraron ganas de reírme. A saber por qué. Logré contenerme. La miré. Tenía una mancha de mayonesa en la camiseta. Se lo dije.

- Tienes una mancha de mayonesa en la camiseta.

Se puso hecha una furia.

- ¿Y a mí qué me importa? No me hables, no me mires. No quiero tener que ver tu cara de culo esta noche.

Lancé una carcajada. Creo que se cabreó mucho. La rabia se le escapaba por los párpados, que le temblaban un poco.

- Eres tú quien tiene cara de culo, guapa.

Antes de que mis palabras se convirtieran en sonido ya me había arrepentido de abrir la boca para otra cosa que no hubiese sido morder un trozo de brócoli. Tarde.

- ¡No te aguanto! -gritó Olvido, separando la silla de la mesa con tanta brusquedad que se cayó al suelo con estrépito.

Yo me levanté dispuesta a marcharme. Imposible.

Me empujó. Tan fuerte que por poco me caigo. Le devolví el empujón, aunque era mucho más alta que yo. Cuando se está enfadada con la vida, se sacan fuerzas de flaqueza. Luego llegaron los insultos. No sé cuántas cosas tuvimos tiempo de decirnos antes de que apareciera Amarelo con cara de pocos amigos y nos recordara las normas de la institución: las agresiones verbales estaban prohibidas, principalmente en el comedor por ser una zona de convivencia. Para quien rompiera esa regla principal, así como la de respetar el silencio absoluto a partir de las once de la noche, el centro reservaba el castigo más odioso y más temido:

- Dos fines de semana sin salir. Para las dos -soltó.

De modo que nada más llegar, ya me había ganado una de las «correcciones» a que hacía referencia el manual del centro (a disposición de todos los padres desesperados que no supieran qué hacer con sus hijas rebeldes).

A eso se le llama, desde luego, comenzar con buen pie.

* * *

Y luego estaba yo. Tenía mis motivos para considerarme la criatura más desgraciada del planeta, que podían resumirse en tres:

1) Mi madre había muerto hacía menos de dos años.

2) Mi padre tenía una novia a quien yo no soportaba (Miranda, hasta el nombre era ridículo).

3) Todo el mundo me detestaba.

Contra los dos primeros motivos no podía hacer nada. Con respecto al tercero, decidí darles la razón a todos y convertirme en la criatura más detestable del planeta, sin importarme qué consecuencias me traería. Si el mundo estaba contra mí, yo no tenía más remedio que contraatacar. Comencé por decir lo que pensaba. Hablaba de mamá a todas horas, sobre todo delante de Miranda. Era estupendo ver cómo le fastidiaba escucharme. A veces, olvidaba fotos de mamá sobre los muebles, en sitios muy visibles. O le recordaba a papá viajes que hicieron juntos. Lo mejor llegaba cuando me ponía cosas de mamá. Unos pendientes, o su anillo preferido. Papá se daba cuenta al instante y me decía cuánto me parecía a ella. El golpe final llegó cuando descubrí olvidado en un cajón un frasco de su perfume y decidí utilizarlo. Su olor era inconfundible. Papá se volvía a mi paso, cerraba los ojos y aspiraba melancólico aquella fragancia adictiva. Ella nos observaba irritada. Intuía cuál era mi juego.

Lo siguiente fue dejar de estudiar. Mis calificaciones cayeron en picado. Escondí las notas, falsifiqué la firma de mi padre (y debí de hacerlo bastante bien, porque todo el mundo se lo tragó). Comencé a faltar a clase, e iba entregando puntualmente los justificantes de mis ausencias debidamente acreditadas con formularios falsificados con una habilidad que me sorprendía a mí misma. Los lunes, debía entrar a tercera hora porque tenía cita de rehabilitación con el fisioterapeuta (desviación de columna y lordosis); los miércoles y viernes, a quinta y sexta, logopeda y foniatra para tratar un caso raro de disfonía disfuncional que había atacado por sorpresa mis cuerdas vocales. Tardaron semanas en descubrirme.

Durante tres meses, frecuenté un bar a dos paradas de metro de mi instituto. Allí nadie me hacía preguntas. Además, cada tarde cargaba con mi mochila y volvía a ese lugar. Todo el mundo estaba convencido de que pasaba las horas en la biblioteca. Dadas mis calificaciones, no era muy difícil de creer. Miranda me preparaba un bocadillo y me daba dinero para el transporte y para una botellita de agua. Mi rutina consistía en tirar el bocadillo a una papelería y caminar casi una hora. La recompensa: sentía que me quedaba algo de dignidad y podía disponer de casi cinco euros para pasar la tarde. Al principio me sentaba sola. Pedía una lata de coca-cola *light* y unas patatas fritas que, durante mucho tiempo, fueron mi única comida.

La mañana que conocí a José y a Rafa, había faltado a un examen de tecnología. El profesor se empeñaba en que tenía que completar un circuito eléctrico. Me negaba en redondo a pelar cables o a poner interruptores. Fue él quien puso sobre aviso a todo el mundo en un exceso de celo que nunca entendí. «Tendré que hablar con tus padres», me dijo. Y vaya si lo hizo.

En el bar, el primero que se acercó a mi mesa fue Rafa. Moreno, no muy alto, el pelo negro y muy rizado. Su mirada era intensa, pero dejaba entrever no sé qué aire irresistible de ser desvalido.

- ¿Qué hace una chica como tú en un sitio como éste? -Era la frase extraída de una

canción famosa, pero yo entonces no lo sabía.

Lo miré sólo un segundo antes de bajar la cabeza.

- ¿No vas a contestarme? -insistió.

Esta vez, ni siquiera levanté la cabeza.

- ¡Esa educación! -se le ocurrió decir con cierto tonito complaciente que me irritó.

- ¡Que te jodan! -solté.

Entonces se echó a reír. Y yo comencé a reírme también, contagiada por aquella situación absurda que siempre recordaríamos como nuestra primera anécdota. Hubo muchas más, y no todas divertidas.

Volví por la tarde, y desde ese día nos volvimos inseparables los tres. José tenía diecinueve años, uno menos que Rafa, y no eran del barrio ni de la ciudad. Al principio me molestaba la reserva que mostraban, sobre todo Rafa, que era algo más prudente. Hablábamos mucho, pero ellos no contaban nunca nada acerca de su vida. Ni dónde vivían, ni qué hacían ni de dónde sacaban el dinero que manejaban. Y debía de ser bastante. Me acostumbré a que me compraran cosas. Hasta entonces, en mi ropa siempre había algún roto sospechoso o un zurcido para disimular el desgarrón del pincho de la alarma. Mi estrategia era infalible. Siempre compraba algo, a ser posible caro. No levantaba ninguna sospecha al pasar por caja. Después sólo tenía que devolver la prenda en otra tienda de la misma franquicia. Pan comido. O eso creía yo.

Lo que más me gustaba de mis nuevos amigos era que siempre me decían lo madura que parecía para mi edad. Lo extraño era que entre nosotros no hubo nunca nada más que amistad. Probablemente no resultaba fácil de creer, pero era la verdad: nunca les gusté a ninguno de ellos, o nunca lo supe. Perfecto, porque a mí tampoco me atraían.

- Hemos atracado un banco -me confesó un día Diego, y aunque Rafa se molestó, ya no había marcha atrás.

Hacía más de un mes que íbamos juntos a todas partes en un coche que habían alquilado. Ya ni siquiera iba andando al bar porque me recogían en la parada del bus.

- ¡Estás de coña! -respondí incrédula.

- Es verdad. -Tenía la mirada fija y un brillo raro en los ojos.

- Para qué se lo cuentas, tío. Bocazas -lo increpó Rafa-. Eso a ella no le importa. Y la meterás en un lío.

Tenía razón.

Todo estalló un sábado en que íbamos a un concierto. En casa dije que iba al cine con unas amigas. Quedamos en el bar. Cuando llegué me di cuenta de que pasaba algo raro, pero no abrí la boca. José se montó en el coche y Rafa se sentó atrás sin decir palabra, así que yo ocupé el lugar del copiloto. Cuando paramos en una área de servicio de la autopista, dijeron que tenían que ir al baño. Los dos.

- Sois unos meones. ¡Vámonos ya! -protesté, sin mirar quién abría la puerta.

Era un guardia de seguridad de la autopista que nos estaba observando desde que llegamos.

- ¿Dónde están? -espetó.

- Ahí -balbuceé, señalando el lavabo.

- Documentación.

Me puse chula. No sé por qué, pero lo hice. El pánico, supongo.

- ¿Y por qué? No eres policía.

Antes de que pudiera pensar qué hacía, el guardia de seguridad se llevó las llaves del contacto -José se las había dejado puestas-, entró en la garita y llamó por teléfono. Entonces, aparecieron mis amigas. Subieron al coche, lanzaron una maldición y uno de los dos dijo: «Agárrate, niña». José manipuló los cables bajo el volante y el vehículo arrancó. Salimos a toda prisa, haciendo mucho ruido, como en las películas. Me di cuenta de que estaban muy pálidos. José estaba raro, y yo tenía tanto miedo que la lengua se me pegaba al paladar. Hablaban de algo que se habían «metido». Tiraron cosas por la ventanilla. Hasta ese momento, no creí que fuera cierto lo que había sospechado alguna vez en el bar: ambos consumían droga. Tal vez eran traficantes también.

Paramos en una área de descanso. Rafa me miró y dijo:

- Niña, tienes que llevarnos al hospital.

No tenía otra opción. Yo sabía conducir (ellos me habían enseñado) pero sólo había practicado en aparcamientos de hipermercados, sin tráfico, sin peligros. En aquel momento no podía pensar. Me senté al volante, pisé el embrague, puse primera y arranqué. Me limpiaba los lagrimones que resbalaban por mi cara mientras intentaba recordar todo lo que había que hacer para mantener un coche en funcionamiento. No tuve tiempo de darme cuenta de que no sabía dónde demonios había un hospital, y mucho menos, cómo llegar a él. Creo que fue al mirar por el retrovisor. Un momento, sólo un momento, porque José hacía rato que no decía nada. La curva no era muy pronunciada pero bastó para que perdiese el control. Cuando caímos a la cuneta pensé que nos íbamos a matar. Fue lo último que recuerdo: el ruido, los cristales rotos. Y que pensé: «Me he cargado a mis amigas».

Lo siguiente que recuerdo es la cara de una enfermera del turno de noche. Me pareció que la gente gritaba demasiado. Sus palabras me retumbaban en la cabeza como un eco horrible. Las palabras de alivio y de consuelo se convirtieron pronto en preguntas y reproches.

Todo salió a la luz. Mis mentiras, mis engaños y quiénes eran Rafa y José. Mi padre no salía de su asombro. Lo que más me humilló fue que no me creyesen cuando les dije que yo no consumía nada, que ni siquiera había probado la droga, que me parecía una porquería. Lo del sexo también lo dieron por seguro. Papá dijo cosas horribles de mí.

Rafa y José sobrevivieron también, pero terminaron en la cárcel. Primero Rafa. Luego José, cuando se recuperó de la sobredosis. La policía los reconoció por la grabación de las cámaras de seguridad del banco. Llevaban una recortada. Descargada, eso sí. Pero eso sólo me lo creí yo.

En el hospital pasé una sola noche. Y al salir, tomé una decisión. No respondería a ninguna pregunta más. Si hacía falta, no volvería a hablar. Y lo cumplí. Esto fue definitivo para mi padre. Me obligó a volver al instituto. Lo hice. Pero no aprobé ni una. Ni siquiera educación física.

Él terminó por perder la paciencia. En la publicidad del internado se hablaba de «rigurosa disciplina» y de «informes semanales sobre los progresos de las alumnas». Prometían control, severidad, madrugones y ambiente «de sana convivencia fraternal». Bobadas. Pero mi padre necesitaba creerlas. Ni se lo pensó. Creo que después de dejarme allí, él y Miranda respiraron tranquilos por primera vez en muchos meses.

Así fue como terminé en Cumbres Blancas. Con una compañera de cuarto insoportable llamada Olvido. Ni ella ni yo estábamos en el mejor momento de nuestras vidas.

De: Secretario de Olvido Rus

Para: Abril Manrubia

Asunto: Nuevo acuse de recibo

Estimada señorita Manrubia:

Le escribo de nuevo por indicación de la señora Rus para reiterarle lo que ya le dije en mi mensaje anterior. Por desgracia, y a pesar de lamentarlo profundamente, su amiga no podrá asistir a su próximo enlace matrimonial por cuestiones de agenda. Nos gustaría, sin embargo, que nos facilitase una dirección postal para hacerle llegar un obsequio. Quedo a la

espera de sus noticias.

Atentamente,

A.

(Secretario personal de Olvido Rus)

* * *

De: Abril Manrubia

Para: Olvido Rus

Asunto: Progresamos

Estimado señor A. (me dirijo a usted puesto que es usted quien me escribe):

Dígale a la señora Rus que no quiero un obsequio. Lo que quiero es que venga a mi boda. No, no: DESEO CON TODAS MIS FUERZAS, NECESITO QUE VENGA A MI BODA. Dígale también que vamos mejorando (creo) porque en este último mensaje ya se refiere usted a ella como «su amiga». ¿Sí? ¿De verdad sigue siendo mi amiga, o esa palabra ha sido cosa suya, señor A.? Por cierto, ¿qué significa A.? ¿Antonio, Andrés, Abelardo, Alejandro, Anacleto...?

Por último, me atrevo a recordarle que cuando le ha dado la gana, la señora Rus ha olvidado sus «cuestiones de agenda» y ha hecho lo que le ha apetecido. ¿O no se escapó el año pasado del rodaje de la última de Sam Mendes para asistir al cumpleaños de su querido amigo Tim Robbins? Por lo menos eso dijeron las revistas del corazón, donde, por cierto, salía más guapa que nunca. Sólo le pido que sacrifique por mí unas horas. Llámeme ingenua, pero no me trago que ya sólo le interesen sus amigos de Hollywood. La Olvido Rus que yo conocí no habría movido ni un dedo por ellos.

Reciba un saludo.

Abril

P.S. ¿Ha leído usted el texto adjunto que le envié junto a mi anterior mensaje? ¿Me podría dar su opinión?

* * *

De: Abril Manrubia

Para: Olvido Rus

Asunto: Insisto

Señor A:

¡No ha contestado a mi último correo! Pensaba que la función de un secretario era responder a todos los mensajes. Porque para dejarlos sin respuesta ya está la jefa, ¿no?

Me pregunto qué ha ocurrido. ¿No merecen respuesta mis palabras, o es que «la señora Rus» no tiene nada que responder cuando le pregunto por nuestra amistad? ¿Está aquejada de una amnesia producida por la fama, el éxito y el dinero a espaldas? ¿No le gusta que le recuerde que es vulnerable, como todo el mundo?

Dígale que durante todo este tiempo yo me acostumbré a verla en televisión y en las revistas. De algún modo, es como tenerla siempre cerca. Ella... supongo que ella, simplemente, se acostumbró a no verme. Yo no soy famosa en absoluto, señor A.

Un saludo para usted (sigo sin saber su nombre y ya sabe que me gustaría) y otro para mi querida Olvido.

Abril

P.S. Aún espero su opinión sobre aquel texto que adjunté a uno de mis mensajes. Le envío otro, para que no le falte lectura.

* * *

De: Secretario de Olvido Rus

Para: Abril Manrubia

Asunto: Disculpas

Señorita Manrubia:

Le ruego comprenda que las relaciones de la señora Rus son muy numerosas, y aunque ella desea llevarlas todas al día, en ocasiones no es posible por una simple cuestión de tiempo. Ésta es la razón por la que, de vez en cuando, algunos mensajes no reciben respuesta inmediata, como fue el caso de su último correo, que aún no había podido atender, aunque pensaba hacerlo. Le pido disculpas si mi ritmo de trabajo es más lento de lo que usted espera.

Por otra parte, tal y como me indicó, he leído el texto que adjuntó a su correo y he podido constatar la idea que ya me había forjado: usted es una de las más antiguas amistades de la señora Rus, puede que la más antigua (hasta donde alcanzan mis conocimientos de sus asuntos privados). Le aseguro que la señora Rus valora mucho las relaciones a largo plazo y que la tiene en gran estima. En cuanto se tome un descanso del rodaje y regrese a casa, le daré a leer sus páginas (las del adjunto a su último correo) y estoy seguro de que contactará con usted.

Permítame observar, no obstante, que me incomoda leer asuntos tan personales de la señora Rus sin que ella tenga conocimiento. No me parece, por así decirlo, una conducta apropiada por mi parte. Ésa es la razón por la que no he leído el segundo texto ni voy a leer ninguno más. Espero que no se moleste.

Por último, no debe usted buscar explicaciones a un pequeño retraso como éste. La señora Rus se encuentra estos días en una zona selvática y de difícil acceso en Nueva Zelanda, inmersa en el rodaje de las escenas de acción de su nueva película. Ni siquiera tiene cobertura y, por supuesto, apenas tiempo para despachar las cuestiones más urgentes. Lamentablemente, no es usted la única que en estas semanas me reprocha el retraso de sus asuntos. Le reitero mis disculpas.

Un saludo,

A.

(Secretario personal de Olvido Rus)

Tiene gracia que Olvido quiera hacerme «un obsequio». En toda nuestra vida sólo una vez me hizo un regalo. Y no fue lo que se dice un regalo convencional. Lo he conservado todos estos años. No le costó nada, pero para mí tiene un gran valor. Es un símbolo de nuestra amistad. De lo que fue, de lo que será siempre.

La memoria no sabe de orden ni de cronología. Lo que voy a contar ocurrió mucho después de conocernos, cuando el verano que compartimos en Cumbres Blancas había quedado muy atrás. Teníamos veinte años. Olvido había decidido estudiar teatro. Para ella era una decisión natural, casi biológica, como si un delfín hubiera decidido aprender a nadar. Quiso alejarse por una vez de su Barcelona natal y probar suerte en Madrid, lejos de amistades y conocidos de su madre. Yo la seguí. En parte, porque me convenció para que lo hiciera. La idea de vivir juntas, lejos de la familia, y en la capital, nos excitaba a las dos. Pero, sobre todo, creo que lo hice porque deseaba marcharme de casa a cualquier precio. Olvido fue mi tabla de salvación.

Alquilamos una habitación en un piso muy antiguo del casco viejo, justo al lado de la Plaza Mayor. Nuestra casera era una anciana medio loca que por las noches se paseaba por la casa en camisón. Su cabeza no había visto un peine en años. Era como un espectro, y si la encontrabas por la noche en la cocina o en el pasillo, te morías de miedo.

Creo que ésa era la razón por la que las dos intentábamos pasar el mínimo tiempo posible en casa, donde, salvo para dormir, no se nos veía el pelo. Durante aquellos meses, tal vez los más felices y despreocupados de toda nuestra vida, la mayor parte del tiempo lo pasábamos yendo al teatro, a exposiciones, comiendo perritos calientes en nuestro bar favorito o soñando despiertas con un futuro que quedaba lejos, en un horizonte que apenas comenzaba a vislumbrarse. Como era de esperar, ocurrieron muchas cosas importantes en aquella época. Una de las principales tuvo que ver con nuestro profesor de expresión corporal. Lawrence.

Lawrence era un neoyorquino de veintinueve años y tenía el cuerpo más elástico y hermoso que habíamos visto jamás. No creo que existiera una sola alumna en la escuela de arte dramático que no hubiese dado un año de su vida por salir con él. Sus encantos, además, no eran sólo físicos. Lawrence era simpático, dulce, comprensivo y tenía una sonrisa preciosa. Uno de los pocos profesores que trataba a sus alumnos, sin excepción, como si fueran seres humanos. Era mucho más de lo que se podía decir de otros.

Cuando terminaba la clase, Lawrence solía quedarse un rato en el aula charlando con sus alumnos. Libros, viajes, un extenso anecdotario como bailarín de Broadway... Su conversación era estupenda. Y a muchos de nosotros nos servía para amar aún más el teatro

y comprender que el camino que habíamos elegido era difícil, pero prometía grandes emociones.

Olvido y yo éramos de sus habituales. A veces se hacía tan tarde que las señoras de la limpieza nos pedían por favor que saliéramos y las dejáramos limpiar el aula, y en ocasiones, la conversación continuaba en el bar de la esquina, frente a un café, un chocolate o unas cervezas, según cómo estuvieran el día y los ánimos. Si a alguien se le hubiera ocurrido elegir al profesor más popular entre el alumnado -masculino y femenino-, Lawrence habría ganado por goleada.

- Es demasiado guapo -opinaba Olvido-. Seguro que es gay.

Yo sabía lo que significaban esas palabras, aunque Olvido no lo confesara. Significaban: «No pienso colgarme de nadie, por guapo que sea». A pesar de todo, no le salía demasiado bien. Me daba cuenta de cómo lo miraba. De la transformación que sufría en presencia de nuestro profesor. Había que conocerla mucho para darse cuenta, porque Olvido detestaba mostrar sus debilidades, pero por entonces, creo que yo era la única persona que se daba cuenta.

- ¿A ti te gusta Lawrence? -le pregunté una vez a bocajarro.

- ¿A mí? ¡Qué dices! Yo no pierdo el tiempo en esas cosas.

«Yo no pierdo el tiempo en esas cosas», una respuesta típica de ella. Su respuesta-amortiguador; su respuesta-coraza. Cuando pronunciaba esa frase, Olvido se estaba refiriendo a las emociones que ponen al mundo cabeza abajo. Sobre todo, al amor.

- El amor sólo complica la vida. No pienso enamorarme nunca -aseguraba con firmeza.

Me admiraba su convicción y, sobre todo, su seguridad. Y también su dominio de sí misma.

- Yo no soy capaz de dominar ese tipo de cosas -le dije un día en que hablábamos de Lawrence.

- ¡Por supuesto que lo eres! Lo único que tienes que hacer es intentarlo.

Tal vez Olvido había dado en el clavo. Yo no me veía capaz ni siquiera de intentarlo. Y lo peor: no quería hacerlo. Lawrence me gustaba cada día más, y sólo pensaba en cómo vencer la frontera alumna-profesor y cómo llamar su atención por mí misma.

Fue entonces cuando Olvido decidió presentarse a su primera audición. Fue una decisión repentina, como todo en ella. Una productora de televisión muy importante buscaba actrices jóvenes para una serie. Era un papel secundario, con apenas texto, para el que no hacía falta experiencia. Fue ver el anuncio y decidir que el papel sería para ella.

- Mi madre odia la televisión -dijo con una sonrisa pícaro-. Cuando me vea, le dará un síncope.

A veces era imposible saber si Olvido hacía las cosas porque le gustaban a ella o porque desagradaban a su madre. Lo que me quedaba claro era qué papel jugaba yo en su vida: el de comparsa.

Hay gente que vale para locomotora. Otros son vagones perfectos. Hay que saber cuál es tu lugar.

- Nos presentaremos juntas, Abril.

- No, yo no estoy preparada para una prue...

- No me dejes sola, por favor. Si vamos juntas, todo será mucho más fácil. Así, cuando nos rechacen a las dos, nos podremos consolar mutuamente.

«O cuando te elijan a ti, tu ego crecerá tres tallas», pensé, aunque no dije nada. Olvido necesitaba ese tipo de reafirmaciones de sí misma. A pesar de las apariencias, su inseguridad era enorme.

Le pedimos a Lawrence como un favor especial que nos ayudara a preparar la prueba. No porque fuera el profesor más guapo del instituto, sino porque era el más cercano, el más accesible. Por supuesto, aceptó ayudarnos encantado. Nos citó varias veces fuera del horario lectivo en el aula de danza. Nos ayudó con el texto, con la gestualidad, con la voz. Incluso nos preparó un programa de ejercicios personalizado para antes de la prueba. Cada vez que posaba su mano huesuda sobre mi columna vertebral para ayudarme a destensar la espalda, yo sentía un escalofrío de pies a cabeza. Su modo de sonreír me desconcertaba. Me gustaba más cada día.

- Este ejercicio libera tensiones de cuerpo y mente, ya veréis -decía Lawrence con su sonrisa encantadora-. A mí nunca me ha fallado.

Fueron unos días estupendos. Lawrence nos contó un montón de anécdotas personales. Las que más nos gustaban eran sus historias neoyorquinas: las clases del Actor's Studio, el teatro de la universidad, el off-Broadway y su primer *casting* para un musical. Uno de los más famosos. Lo cogieron, claro. Escucharlo era revivir una emoción que se adivinaba verdadera.

- Si te iba tan bien, ¿por qué te marchaste? -le pregunté.

Le brillaban los ojos de tristeza cuando sonrió y dijo:

- Por la razón más tónica de todas. Me rompieron el corazón.

Lawrence nos habló de una compañera del coro, guapa y con talento. Estaba loco

por ella y formaban una pareja perfecta hasta que lo dejó por el director. Se le hizo insoportable seguir viéndola todos los días. La felicidad ajena es muy dolorosa cuando se construye sobre las ruinas de la tuya propia. Por eso se marchó. Para olvidar y para comenzar de nuevo. Y llegó a Madrid, una ciudad que siempre había soñado conocer.

Hizo una pausa, esbozó una sonrisa preciosa y añadió mirándome a los ojos:

- Pero ya la he olvidado. Ninguna tragedia es eterna.

Lawrence nos ayudó tanto y con tanta generosidad que Olvido y yo decidimos invitarlo a cenar. Se negó con su mejor sonrisa.

- No puedo aceptar vuestra invitación, chicas. En primer lugar, porque no he hecho nada para merecerla. Y en segundo, porque levantaríamos muchas suspicacias. Vuestros compañeros creerían que me estáis sobornando. Y lo peor es que yo no podría negarlo si fueran con el chisme al director.

- Entonces, lo dejamos para más adelante -dijo Olvido, resuelta-. Te invitaremos a cenar el mismo día en que nos graduemos. Suponiendo que sigas aquí, claro.

- Pienso seguir aquí mucho tiempo -dijo Lawrence, antes de añadir-: ¡Os tomo la palabra, entonces! Me debéis una cena.

Al día siguiente, Olvido consiguió el papel y a mí me dieron calabazas. Por la tarde encontré una rosa roja en mi taquilla junto a una nota que decía: «Otra vez será, Abril. Nunca dejes de luchar por lo que quieres. Lawrence».

Olvido estaba exultante. Había conseguido el papel por méritos propios, sin necesidad de recordar a nadie de quién era hija. El rodaje empezaría en seguida. Aquella misma tarde la convocaron a una reunión. Fue todo tan precipitado que no tuvo tiempo de darse cuenta de que yo estaba tan feliz como ella. O puede que más. ¿La causa? Cuando fui a agradecerle a Lawrence el detalle de la rosa y la nota, me preguntó si tenía prisa y si «me apetecía» tomar algo con él después de las clases.

Me extrañó mucho que me dijera algo así, después de la negativa a cenar de la noche anterior.

- Hoy Olvido no podrá venir -contesté-. Mejor quedamos otro día.

Negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

- No lo entiendes, Abril. Te lo estoy pidiendo a ti -fue su respuesta, mientras me miraba con tanta fijeza que me puso nerviosa.

Era verdad. Me lo estaba pidiendo a mí. ¡A mí! A la poquita cosa, a la eterna acompañante, a la comparsa.

Acepté sin acabar de creerlo.

- Nos vemos en la cafetería Pereza a las nueve y cuarto, ¿te parece bien?

Me parecía una maravilla. Un sueño hecho realidad. Aquel primer día nos limitamos a hablar, a reír como niños, a intercambiar la historia de nuestras vidas. Un par de veces rozó sus dedos con los míos, pero yo retiré la mano por vergüenza, tal vez por miedo.

- ¿Y si te ven? -pregunté.

- ¡Merece la pena correr el riesgo! -respondió.

Un escalofrío de emoción recorrió mi columna vertebral. Lawrence era perfecto, siempre tenía la respuesta exacta, aduladora, tierna. El tipo de respuesta que una chica desea escuchar.

Aquellos días, Olvido pidió un permiso especial para faltar a clase y asistir a los rodajes. Se lo concedieron, por supuesto, porque para la escuela era un orgullo que una de sus alumnas fuera a triunfar en televisión. Y es que, de pronto, su personaje había cobrado mayor importancia en la trama y ella tenía cada día un nuevo guión que estudiar.

Todo eran novedades en aquellos primeros días, y mi amiga vivía en un estado de excitación permanente.

- ¿Sabes por qué convocaron las pruebas con tanta urgencia? ¡La actriz que debía interpretar mi papel murió la semana pasada! Era una estudiante de último curso, de Barcelona. Un accidente de coche. ¿No da un poco de miedo que las cosas ocurran por casualidades tan tétricas como ésta? Igual si ella siguiera viva, yo nunca habría debutado...

Yo también pensaba sin parar en las casualidades. Cómo me había embarcado en aquel curso de teatro, cuántas cosas estaba descubriendo gracias a ello, cómo por insistencia de Olvido me había presentado a una audición a la que de otro modo no habría ido... y cómo todo eso me había llevado hasta Lawrence. Mi amado Lawrence.

Después de la primera cita, cuando ya sentía latir algo muy poderoso entre él y yo, me atreví a preguntarle a Olvido si le gustaba Lawrence. Si sentía algo por él.

- ¡Claro que no! -fue su rotunda respuesta.

- ¿No estás enamorada de él, entonces? -insistí.

- ¿Enamorada? ¿Tú estás tonta? -repuso con su habitual desprecio hacia las cosas del corazón.

Solté un suspiro de alivio. Iba a contarle lo que estaba ocurriendo. En la cafetería, la tarde anterior, nuestro profesor me había besado. Había sido un beso fugaz, casi a

hurtadillas, el beso de dos personas que tienen miedo a ser descubiertas. Él temía que alguien lo viera besando a una alumna a quien debía calificar aquel mismo curso. Lo mío era diferente. Yo sólo pensaba en Olvido. A ella también le gustaba nuestro profesor, y yo lo sabía. Por nada del mundo quería hacer algo que le molestara o le doliera. Antes de seguir con Lawrence, necesitaba su aprobación.

El problema era que Olvido tenía mucha prisa a todas horas y no resultaba fácil hablar con ella de asuntos serios. Y también, que Lawrence y yo habíamos quedado para el día siguiente, esta vez en su apartamento.

Aquella noche esperé a mi amiga despierta. Llegó muy tarde, después de un día extenuante de trabajo. Hablaba sin parar: de lo divertido que era su papel, de cómo la miraba el microfonista, de lo guapo que era el actor principal, del vestuario tan poco favorecedor que le había tocado... La escuché embelesada, más o menos como siempre, hasta que llegó al final y preguntó:

- ¿Y tú? ¿Qué tal en la escuela? ¿Me has echado de menos?

- Olvido, tengo que decirte algo -anuncié.

Comenzó a quitarse los vaqueros y levantó las cejas, interrogándome con la mirada. Supongo que esperaba que le hablara de las manías de la profesora de improvisación o del asco de menú del día que servían en el restaurante. Lo de siempre.

- Me he enrollado con Lawrence -dije.

Se detuvo con el pantalón a medio bajar. Se sentó en la cama a cámara lenta.

- ¿Qué? -Sus labios se torcieron en una mueca desagradable.

- Es un tío increíble.

- Ya sé que es un tío increíble -fue su respuesta, cortante como el acero.

Se hizo un silencio incómodo. Pensativo el suyo. Expectante el mío. Me latía el corazón con fuerza. Y no entendía lo que estaba pasando.

- ¿No vas a decirme nada? -pregunté.

- Felicidades, compañera. ¿Es eso?

- Olvido, ¿qué pasa? ¿Te molesta que...?

- ¿A mí? -me cortó-, ¿y por qué habría de molestarme? Claro que no. Es sólo que estoy muy cansada.

- ¿No te alegras por mí?

- ¡Ya lo creo! ¡Y por él! A los dos os ha tocado el premio gordo.

Me dolió comprobar que su voz sonaba cínica. Me sentí dolida. Pero, sobre todo, me quedé estupefacta. ¿Tal vez a Olvido le importaba Lawrence, y yo no había sabido darme cuenta? ¿Y por qué no me lo dijo cuando se lo pregunté?

Aquella noche la pasé en blanco, dándole vueltas a lo ocurrido, tratando de interpretar cada gesto, cada mirada, cada una de las palabras que Olvido le había dirigido a Lawrence en mi presencia. No llegué a ninguna conclusión.

Al día siguiente todo había vuelto a la normalidad. Olvido había recuperado la alegría y la jovialidad de siempre. Después de tomarse un café apresurado y servirme otro a mí, me dio un abrazo muy fuerte y me dijo:

- Estoy feliz por ti, Abril. Y también por él. Hacéis buena pareja.

- Yo no quiero hacerte daño, Olvido. Si mi relación con Lawrence te molesta en cualquier sentido, yo...

- Pero ¡qué tontería! -me interrumpió-, ¿y por qué habría de molestarme? ¡Yo no quiero nada con él!

La abracé otra vez. Apreté muy fuerte.

- No sabes lo que necesitaba que dijeras eso -susurré junto a su oído.

Los días que siguieron fueron muy extraños. Olvido apenas pisaba la academia, o lo hacía siempre a toda prisa, sólo para justificar que seguía estudiando allí.

- Si esto sigue así, dejaré las clases -me dijo poco después-. De todos modos, ya no me sirven de nada, porque ya soy actriz.

No sólo era actriz, también era muy popular. De la noche a la mañana, coincidiendo con la emisión de los capítulos donde su personaje hacía su aparición rutilante, salir con Olvido se había vuelto insoportable. En todas partes se le acercaba gente que quería tomarse fotos con ella, o niños que le pedían autógrafos o señoras que le preguntaban qué pasaría en la serie. El poder de la televisión es omnímodo y da un poco de miedo por lo que tiene de irracional, de incontrolable. Incluso los profesores de la escuela la miraban ahora de un modo diferente, y le perdonaban todas las ausencias y todas las rarezas como no habrían hecho con ninguna otra alumna.

La verdad es que yo no hacía mucho caso de nada de lo que estaba pasando. Estaba enamorada por primera vez en mi vida, y eso me mantenía muy lejos del mundo. Lawrence ocupaba todos mis pensamientos y todo mi tiempo. Quedábamos casi cada tarde después de

las clases. A veces íbamos a su casa, pero también al cine, a cenar, a jugar a los bolos o simplemente a dar un paseo por cualquier parte. Nuestra felicidad no necesitaba escenografías grandilocuentes. Poco a poco, nos fuimos relajando. Él dejó de temer ser descubierto y yo dejé de verlo como a mi profesor. La vida nunca había sido para mí tan intensa, tan brillante, tan generosa.

Hasta que de pronto, sin previo aviso, todo cambió.

Estábamos a principios de abril, el último día de clase antes de las vacaciones de Semana Santa. Lawrence y yo habíamos quedado en la cafetería de siempre. Yo lo esperaba leyendo una novela y veía pasar los minutos sin comprender qué podía haberlo entretenido, porque solía ser muy puntual. Cuando lo vi llegar supe que ocurría algo grave. Tenía el rostro desencajado, rígido, como de acero. Se sentó a la mesa, se frotó las mejillas, ni siquiera me dio un beso.

- El director quería verme -fueron sus primeras palabras mientras se sentaba y se quitaba la chaqueta-; me ha tenido una hora en su despacho, soltándome un discursito insufrible sobre ética, moral y comportamiento ejemplar de los profesionales de la enseñanza. Me ha recordado que, aunque legalmente no pueda considerarse delito que dos mayores de edad inicien una relación, las normas del centro lo prohíben expresamente, por lo menos mientras esas dos personas sean alumna y profesor. Es decir, tú y yo. Me ha amenazado con «tomar medidas» si la cosa continúa y me ha preguntado con qué criterios seré capaz de evaluar tu rendimiento llegado el momento. -Suspiró y miró al techo-. Ha sido muy desagradable.

Lawrence no soportaba que lo juzgaran, y mucho menos, que pusieran en entredicho su valía profesional. El director, un hombre demasiado chapado a la antigua tal vez, había puesto el dedo en la llaga al hablarle con tanta dureza.

- No te preocupes, mañana mismo dejo el centro. Ya no serás mi profesor. Igualmente yo no...

Levantó una mano, interrumpiéndome.

- ¡Ni hablar! ¡No tengo intención de ser responsable de una cosa así!

No sirvió de nada que le explicara que él había sido lo único bueno que me habían deparado mis estudios de teatro, que él sabía tan bien como yo misma que nunca sería actriz, que llegué allí para seguir a Olvido y escapar de casa... Él negaba con la cabeza sin parar.

- Tienes que terminar lo que has empezado, Abril -me dijo como si fuera mi padre.

- ¿Y quién se lo ha dicho? -pregunté.

- No importa. Podría haber sido cualquiera -repuso-. Lo que de verdad debemos

pensar es qué vamos a hacer ahora.

Me dejó de piedra ese comentario. ¿Qué íbamos a hacer? ¿A qué se refería? Creo que fue en ese instante cuando comprendí el alcance y la gravedad de lo que nos estaba ocurriendo. Lawrence no estaba dispuesto a perder su trabajo. Tampoco deseaba darle la razón al director permitiéndome renunciar a mis estudios. ¿Y a mí? ¿Estaba dispuesto a perderme?

Me agarró las manos. Me dirigió una larga y triste mirada. Creo que no se atrevía a decirme lo que estaba pensando. Traté de facilitarle las cosas hablando yo:

- ¿Quieres que dejemos de vernos?

Cinco segundos eternos antes de la respuesta. Largos como cinco horas.

- Sólo durante una temporada -repuso. Y añadió-: Será lo mejor.

Se me dispararon los latidos del corazón. Le solté las manos.

- De acuerdo -dije tajante, herida en mi orgullo.

- Piénsalo, Abril. Sólo tenemos que comportarnos como alumna y profesor hasta final de curso. En junio todo habrá terminado y no habrá peligro. Podemos escribirnos.

- No entiendo por qué no puedo dejar la escuela.

- No quiero. -Negó otra vez con la cabeza-. Deseo hacer las cosas como es debido.

¿Era sólo cuestión de orgullo? ¿No reconocer ante el director que se había enrollado con una alumna? Todo aquello me pareció una sarta de tonterías. Además de por la actitud más cobarde que podía imaginar, podría decir que Lawrence me desilusionó como no pensaba que podía hacer, tal vez porque había depositado en él demasiadas esperanzas. Yo era como el náufrago que lleva años vagando a la deriva. Cuando encuentra una tabla de salvación, no es capaz de soltarla.

Reaccioné de la peor manera. Con una rabia de la que luego me arrepentí.

- Si lo que quieres es cortar, no hace falta que busques tantas excusas. Lo dejamos y ya está.

- Abril, no seas niña. No quiero cortar. Sólo mantener una distancia prudente durante tres meses. No queda nada para que se termine el curso.

- ¡No me trates como si fuera tu hija! -solté levantando la voz cada vez más-. Por mí, puedes mantener toda la distancia que quieras. Ya me has dejado claro cuáles son tus prioridades.

- Por favor, Abril, no grites. Nos está mirando todo el mundo.

Pero yo ya estaba fuera de mí. El fantasma de mi adolescencia díscola y rebelde había hecho su aparición. La versión menos razonable y más impertinente de mí misma reinaba en nuestro encuentro sin que Lawrence supiera qué hacer para tranquilizarme.

- ¡Y a mí qué me importa que nos miren! ¡Allá ellos! A mí lo único que me importa es que estoy con un tío que no es capaz de anteponer nuestra relación a su trabajo.

- Abril, me parece que no estás siendo justa conmigo. -Lawrence hablaba en un susurro contenido-. Siéntate, por favor, deja que intente explicarte cómo veo yo las cosas.

- ¡Me importa un rábano cómo ves tú las cosas! ¡Me importas un rábano, que lo sepas! Pensaba que eras una persona muy distinta, pero ya veo que me he equivocado de medio a medio.

He pensado mucho en esa conversación, en lo insufrible que fui, en lo mucho que Lawrence aguantó mientras yo le gritaba. Con el tiempo, me he dado cuenta de que me comporté como una idiota. Y he pensado que él debía de quererme mucho para hacer lo que hizo. Qué lástima que a veces tardemos tanto tiempo en darnos cuenta de lo más evidente. Y qué distintas habrían sido las cosas si yo me hubiera comportado de un modo más maduro aquella tarde.

- Por favor, Abril, siéntate -susurró él.

Pero yo ya era un huracán de fuerza cinco, dispuesta a arrasar todo lo que se me pusiera por delante.

- Déjame. ¡No me toques! -grité.

A esas alturas, toda la cafetería nos observaba. Éramos un espectáculo inesperado.

- Hablemos como personas civilizadas. No entiendo por qué te pones así. Si lo piensas un poco, verás...

- ¡No quiero pensar nada! ¡Ni quiero sentarme! Y mucho menos, hablar contigo. Eres un cabrón. Ya lo hemos dicho todo. -Recogí mis cosas a toda prisa y, antes de salir, le dediqué al público asistente un último efecto dramático-: Encantada de haberte conocido, Lawrence Sherman. Que te vaya bien en la vida.

Y salí de la cafetería sin volver la vista atrás. Un final mucho mejor que ninguna de las clases de interpretación en las que había tomado parte durante mi tiempo en la escuela de arte dramático.

En los días que siguieron, nadie consiguió hacerme reaccionar. Lloré sin parar durante más de quince días. Olvido me preguntó muchas veces qué me pasaba, pero me

limité a darle la explicación más breve posible:

- Lo he dejado con Lawrence pero no quiero hablar de ello.

Ella respetó mi decisión. A veces me parecía que tenía ganas de hacerme preguntas, pero callaba.

Dejé de asistir a clases de expresión corporal y, poco a poco, en sólo unos días, también abandoné el resto de las clases. A mi padre no le dije nada para que siguiera mandándome el dinero todos los meses. Así pude entregarme por completo a mi desgracia. Dejé de comer y me pasé días enteros sin salir de la cama, pero ni por un momento di mi brazo a torcer ni dejé de lado mi estúpido orgullo.

Esperaba que Lawrence me llamara, me persiguiera, me rogara que volviéramos a estar juntos, pero ni se me pasó por la cabeza ir a verlo y pedirle perdón por mi comportamiento. Olvido también había desertado de la academia, convencida de que los estudios sólo le servían para perder el tiempo, y ahora estaba enfrascada a todas horas en su trabajo en la serie. Su personaje cobraba más y más relevancia (los guionistas se habían dado cuenta de su potencial como actriz), y ella estaba encantada, disfrutando las mieles de aquel primer éxito que ya no haría más que crecer. Ahora mi amiga y yo sólo coincidíamos a la hora de dormir. A veces ni siquiera me enteraba de su presencia. Me dormía antes de que llegara y me despertaba cuando ya se había ido. Era la consecuencia de otra de las costumbres que adquirí en esos días: los somníferos. Sin ellos no conseguía pegar ojo y no soportaba mis pensamientos. Empecé a tomarlos a escondidas. En sólo unos días era adicta a ellos.

El último trimestre del curso fue rarísimo. Yo iba a la deriva, sin que nadie me parara. De vez en cuando, Olvido me miraba a los ojos, me agarraba las manos y me preguntaba:

- ¿Se puede saber qué te pasa, Abril? ¿No crees que ya es hora de que superes esto?

Yo le contestaba cualquier cosa sólo para que me dejara en paz. Ella estaba siempre muy ocupada, comenzaban a hacerle mucho caso en las revistas del corazón, la llamaban de todas las televisiones, iba de entrevista en entrevista, de sesión de fotos en sesión de fotos. Empezó a vestir como una verdadera estrella. Se apuntó a un gimnasio, se buscó un estilista. Su vida había dado un vuelco.

La mía también, pero en sentido contrario. Yo avanzaba por una pendiente vertiginosa hacia el más profundo de los abismos.

Una noche, Olvido llegó a casa antes de lo previsto y me encontró despierta. Me había bebido casi una botella entera de whisky, llevaba dos días sin comer nada y tenía el bote de somníferos en la mano.

- Pero ¿tú estás loca? ¿Quieres ser la nueva Marilyn Monroe o qué?

Cogió mis somníferos y los echó a la basura. Sin contemplaciones. Luego me metió en la cama, se sentó a mi lado y me acarició el pelo sin dejar de hablar. Yo estaba borracha, pero aún recuerdo aquella sensación tan agradable de tener a alguien a mi lado, velando por mí. Me dormí como una niña.

Desperté a eso de las cuatro, confusa, con un dolor de cabeza horrible y unas enormes ganas de orinar. Caminé a tientas hasta el baño. Oriné con los ojos cerrados. Al volver a mi cama, me pareció oír algo raro. Presté atención. Llegaba de la cama de mi amiga. Habría jurado que estaba llorando, que sollozaba bajo las mantas, de ese modo en que lloran de noche quienes no quieren ser descubiertos. No comprendí nada. Creía que Olvido era más feliz que nunca. Pensaba que lo tenía todo para serlo. Llegué a la conclusión de que habían sido imaginaciones mías y volví a dormirme, en medio de mi dolor de cabeza y mi confusión.

Al despertar encontré un vaso de café con leche y una magdalena gigante sobre la mesita de noche, junto a una nota que decía: «Reserva los próximos cuatro días. Nos vamos juntas a un lugar perdido donde nos curaremos todas las heridas del alma».

No entendí lo que quería decir, pero me comí la magdalena, me bebí el café con leche y me tumbé de nuevo en la cama. Tenía una resaca descomunal. Pensé que era muy afortunada por tener a Olvido como amiga.

Aquella tarde salí por primera vez en varios días. Sólo hasta la esquina, a comprar leche. Al volver, recogí las cartas del buzón. Me extrañó reconocer la caligrafía de Lawrence en uno de los sobres. Era una carta dirigida a mí. La abrí allí mismo, en el portal, sin cerrar el buzón, con el corazón latiéndome en la garganta. Leí a toda prisa, volando sobre las palabras, sin entenderlas del todo:

Querida Abril:

No sabes lo duras que han sido estas últimas semanas sin verte ni tener noticias tuyas. A pesar de todo, he respetado en todo momento tu decisión de alejarte de mí, aunque en ocasiones ha sido muy difícil. Si te escribo esta carta es para decirte que he decidido marcharme: me han ofrecido un trabajo en una academia muy importante de Berlín y he aceptado. Salgo mañana por la mañana. Siento que aquí no tengo nada que hacer, salvo perjudicarme a mí mismo y vivir de unos recuerdos que me duelen demasiado. Te dejo mis señas por si alguna vez necesitas algo de mí. Cuídate mucho, Abril. Eres una de las mejores personas que he conocido en toda mi vida.

Tuyo,

LAWRENCE

La carta llevaba fecha del día anterior. El sobre no tenía sello ni matasellos. El propio Lawrence debía de haber acudido hasta mi portal para depositarla en el buzón. Sentí una rabia y una tristeza inmensas. Lo llamé a la academia sólo para confirmar lo que ya sabía. La voz neutra y antipática de la conserje me informó de que «el profesor Sherman ya no trabaja aquí». Lo llamé a su casa, pero una voz metálica me informó de que el número no correspondía a ningún abonado. Se había ido sin dejar más rastro que aquellas palabras en mi buzón.

- Lawrence se ha ido -le dije a Olvido aquella noche.

- Ya lo sé -respondió ella para mi sorpresa-. Lo descubrí mientras echaba la carta en el buzón.

Me dio una rabia inmensa saber que mi amiga lo había visto y yo no. Le hice un montón de preguntas. Qué le dijo, qué le había dicho ella, qué impresión le había dado y hasta qué llevaba puesto.

- Me pareció algo más delgado -respondió-, pero tan guapo como siempre. Me preguntó por ti. De hecho, sólo hablamos de ti.

Qué incongruencia. La famosa Olvido Rus se encontraba en el portal con su encantador profesor de expresión corporal y se pasaban el rato hablando de mí. Daban ganas de reír, si no fuera porque yo tenía un nudo en la garganta.

Al día siguiente, Olvido y yo salimos hacia el lugar perdido que debía curarnos todos los males del alma. Algo más de dos horas de avión y alguna más en coche, un camino serpenteante en la montaña, un lugar inimaginable, un lago de aguas cristalinas como único testigo.

Olvido tenía razón. Aquel lugar nos curó los males del alma. Vaya si lo hizo.

De: Abril Manrubia

Para: Olvido Rus

Asunto: No lo disculpo

Señor A-ntipático:

Como sigue sin decirme su nombre -pese a que se lo he preguntado varias veces-,

estoy en mi derecho de inventar el que me venga en gana.

Me importa un rábano lo que Olvido haga con los millones de correos de fans que recibe a diario. Yo no soy una fan más y me irrita que me trate usted como si lo fuera.

Sé que su trabajo es filtrar la correspondencia que recibe su jefa. No quiero ni imaginar las locuras que deben de llegarle. Asumo que su tarea es necesaria y que lo hace con la mayor profesionalidad. Pero comienzo a sospechar que ni siquiera le ha hablado a Olvido de mis correos, de mi boda, de mi necesidad de contactar con ella.

No sé por qué me esfuerzo en darle explicaciones. Las emociones no pueden explicarse. Lea el adjunto y lo entenderá.

Abril

P.S.: Intento pensar a qué viene tanto misterio con su nombre. ¿Es un secreto de Estado?

De: Secretario de Olvido Rus

Para: Abril Manrubia

Asunto: Nueva respuesta

Señorita Manrubia:

Le agradezco sinceramente cuanto dice de mi profesionalidad. Así es, en todos los trabajos que he desempeñado, también en éste, he procurado en todo momento actuar con profesionalidad, aunque en ocasiones no resulte fácil.

Ya que tanto insiste, le diré que mi nombre no es ninguno de los que usted apuntaba en un correo anterior.

Tampoco es un nombre especial en absoluto. Me llamo como muchas otras personas en el mundo, lo cual no me molesta en ningún sentido. Para disipar sus dudas, le aclaro que se trata de un nombre de origen anglosajón, ya que soy, por nacimiento, ciudadano de Estados Unidos.

Añado que usted nunca me ha parecido una admiradora más, como procuro demostrarle, creo que con escaso éxito.

¿Sirve de algo si le pido de nuevo que me disculpe?

Un saludo,

A.

De: Abril Manrubia

Para: Secretario de Olvido Rus

Asunto: Muchas preguntas

¡Ya sé! ¡Es usted una mujer! ¡Amanda, Andrea, Angélica! Mejor aún: ¡Es usted Angelina Jolie, vecina de Olvido en su nueva vida hollywoodiense, que cuando ella está trabajando se instala en su casa para regarle las plantas y cuidar de los gatos! Si las revistas no mienten, Olvido vive con una docena de gatos, todos adoptados. Qué gran corazón, es conmovedor.

Aunque hasta que me diga si he acertado, seguiré considerando que es usted un hombre. Me resulta más divertido.

Estimado señor A-tonic:

¿Ya le ha enviado a Olvido las páginas que le remití? ¿Le han gustado? ¿Divertido? ¿Las ha tirado a la basura?

Y dígame: Si nació usted en Estados Unidos, ¿por qué tiene ese castellano tan burocráticamente correcto? ¿Lo aprendió por correspondencia? ¿Utiliza algún traductor secreto?

Otra pregunta: ¿Cuándo regresa Olvido? ¿No lo llama por teléfono? ¿No puede usted llamarla para explicarle que necesito que me conteste? ¿Ocurre algo más que me incumba? Por ejemplo: ¿No quiere volver a saber nada de mí? ¿Ha roto cualquier vinculación con su pasado? ¿Ya sólo quiere relacionarse con esos buitres hollywoodienses, que no la soportan aunque finjan todo lo contrario?

Yo de usted leería el adjunto. Comprenderá muchas cosas de su jefa que igual le

abren los ojos.

Suya,

Abril

Si lo que me propongo escribir llevara título, sin duda sería: *Cómo Olvido y Abril dejaron de odiarse para comenzar a respetarse*.

Fue cuatro noches después de mi llegada a Cumbres Blancas. Soportar a Olvido de día no era tan difícil; al fin y al cabo, las clases nos ocupaban gran parte del tiempo. Lo fatal era aguantarla a partir de las ocho y media de la noche, cuando teníamos que permanecer en el mismo espacio, como dos leonas enjauladas (estaba prohibido salir a partir de esa hora).

Por supuesto no cruzábamos palabra. Cada una hacía sus deberes o escuchaba su música sin mirar a la otra, aunque resultaba evidente que ella se traía algo entre manos. A cada momento la veía espiándome con el rabillo del ojo, como si temiera que yo la descubriera. O como si lo que hacía fuera de lo más interesante.

Por lo demás, se limitaba a enviar y recibir mensajes, sonreír de vez en cuando y poner cara de «tengo un secreto terrible que no pienso confesarle a nadie». También dormía con el teléfono debajo de la almohada, muy cerca de su mano derecha. A menudo la llamaban de noche. Me daba cuenta, a pesar de que ella se preocupaba de dejar el móvil en silencio.

Por aquel entonces, mis problemas de insomnio ya habían hecho su aparición estelar en mi vida. Ni siquiera con dieciséis años lograba dormir de un tirón. Me ocurría siempre lo mismo: me metía en la cama muerta de sueño, me despertaba al poco rato, por culpa de alguna pesadilla o de algún sobresalto que no podía explicar, y comenzaba a dar vueltas y más vueltas en la cama sin conseguir dormir de nuevo. Eso fue exactamente lo que me ocurrió una de aquellas noches en que Olvido parecía cargada de misterios.

Yo había mirado el reloj hacía un momento. Eran más de las dos de la mañana. A Olvido le sonó el móvil y yo me hice la dormida. Se incorporó de un respingo en la cama, se protegió la boca para hablar y dijo en susurros: «¿Qué quieres?... ¿Estás loco o qué?... ¿Qué hora es?... Durmiendo, idiota, ¿a ti qué te parece?... Estás como una cabra, tío (risitas). ¿Seguro que no te ha visto nadie?... Espera, espera, ¿dónde dices?... Bueno, ya veremos». Y colgó al mismo tiempo que apartaba la sábana y ponía los pies en el suelo. Se puso los vaqueros, las sandalias y la camiseta más ajustada que tenía. Entró en el baño para orinar, perfumarse y peinar su larga melena (la oí dejar el cepillo, con mucho cuidado, sobre el cristal). Luego salió, accionó con sigilo el picaporte de la puerta y metió la llave por el otro lado para cerrar sin dar un portazo. Tenía la respiración agitada y olía a perfume, una marca cara y empalagosa que impregnó el aire de la habitación en sólo un momento.

Otro motivo más para odiar a Olvido: no soporto los olores fuertes. Mucho más los olores fuertes de los que no puedes librarte, como aquél.

Como de costumbre, no conseguí dormir en toda la noche. A mis propias obsesiones (mi madre, mi padre, Miranda, la rabia de estar allí...) se sumaron las preguntas de aquella escapada nocturna. ¿Quién la había llamado? ¿Adónde había ido? ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué corría un riesgo tan enorme? Es imposible dormir con tantas preguntas en la cabeza. A pesar de todo, de puro agotamiento, conseguí conciliar un sueño muy breve pasadas las seis de la mañana. Olvido seguía sin volver.

Cuando abrí los ojos, eran las ocho menos veinte, el sol se desparramaba sobre la colcha y corría el agua de la ducha. La camiseta ajustada, los vaqueros y las sandalias de Olvido estaban otra vez en la silla. Antes de que pudiera pensar nada, me sobresaltaron unos fuertes golpes en la puerta. Al otro lado sonaba la voz del director y no parecía de muy buen humor precisamente.

Abrí. Fabio entró como una exhalación. Lo acompañaba un hombre al que no había visto nunca (luego supe que era el director del «otro lado». Es decir, del centro masculino).

- ¿Dónde está tu compañera? -fue su modo de decir buenos días.

- En la ducha -contesté.

- Dile que salga.

Sólo me faltaba contestar «¡A la orden!». Abrí tímidamente la puerta del baño. Olvido estaba desnuda.

- ¿Qué coño haces, gilipollas? ¡Cierra la puerta! -gruñó tan alto que el director debió de oírla.

- El director está aquí y quiere verte -anuncié dándome toda la prisa que podía en ponerme los vaqueros.

No puedo negar que sentí un extraño cosquilleo en el estómago al ver la cara de sorpresa y de ¿miedo? de Olvido.

- ¿El director? -Abrió mucho los ojos y bajó la voz-. ¿Está aquí?

- Al otro lado de la puerta -dije. Cerré y le anuncié a Amarelo-: Ya sale.

Lo siguiente fue intentar escaquearme, claro. Cogí mis cosas, me puse los zapatos y pedí permiso al director para pasar, porque ocupaba casi toda la salida. No me dejó irme. Al contrario, frunció el entrecejo y me preguntó:

- ¿Has notado algo raro esta noche, Manrubia?

- ¿Algo raro? -Yo también fruncí el entrecejo, para no ser menos-. ¿Como qué?

- Movimientos extraños -especificó él.

Decidí hacerme la tonta. Suele dar muy buenos resultados cuando no sabes qué decir o prefieres no decir nada.

- No sé a qué se refiere, señor Amarelo.

El director soltó un bufido. Se le acababa la paciencia. El hombre que esperaba fuera tenía cara de malas pulgas.

- Te lo preguntaré claro, Manrubia. ¿Has visto a Olvido salir de la habitación esta noche?

- ¿Salir? No, ha estado toda la noche en su cama.

El que esperaba fuera intervino para apostillar:

- ¿Y ella qué va a decir? Son compañeras de cuarto, se protegen la una a la otra.

- Yo no protegería a ésa -solté intentando ser lo más creíble posible-, no la soporto.

El director asintió con gravedad, dando a entender que confirmaba mi versión, muy a su pesar.

- De todos modos -dijo él-, no puedes saber si Olvido estaba en su cama o no, porque también estabas dormida.

- Por desgracia, no. Padezco insomnio -proseguí-. No he pegado ojo en toda la noche. ¿No ve qué ojeras tengo? Puedo contarle todo lo que ha pasado aquí. De hecho, no ha pasado nada, porque por las noches esto está más desanimado que un cementerio.

- ¿Estabas despierta a las dos de la madrugada?

- Y a las tres, y a las cuatro, y a las cinco...

- ¿Y estás segura de que no has visto salir a Olvido?

- Segurísima. Dormía como un tronco. ¡Y roncaba como un camionero!

En ese momento se abrió la puerta del cuarto de baño y salió Olvido, con la melena mojada, envuelta en una toalla.

- ¡Vístete, por amor de Dios! -soltó el director.

- Tengo mi ropa en la silla -contestó mi compañera con cara de no haber roto nunca un plato. Y un instante después, con expresión de enorme sorpresa, añadió:- ¿Pasa algo, director?

- ¿Dónde estabas esta madrugada entre las dos y las cinco?

- ¿Dónde estaba? -repitió ella como si pensara una respuesta. Fue rápida de reflejos:- Aquí, durmiendo. ¿Dónde voy a estar?

Lo dijo con una tranquilidad espeluznante, como si mentir de aquella forma fuera lo más natural para ella.

- Ya te he dicho que no aclararíamos nada -dijo el hombre que esperaba fuera-. Vamos.

Pero antes de salir, el director se vio en la necesidad de soltar uno de esos discursitos que justificaban su sueldo. Levantó un dedo índice y dijo:

- Supongo que las dos sabéis que salir de noche está considerado una falta muy grave. Si además, el motivo del paseíto nocturno es entrevistaros con uno de los internos del otro lado, son dos faltas graves. Gravísimas, diría yo. Encubrir a una compañera que actúa mal también lo es. ¿Lo habéis entendido, vosotras dos?

Olvido y yo asentimos. Ella se esforzaba por taparse con la toalla, con cara de criaturita inocente. Parecía escandalizada cuando abrió mucho los ojos y dijo:

- No me puedo creer que haya gente que sale por la noche...

¡Era impresionante! ¡La mejor actuación que había visto en mi vida! Estaba claro que aunque Olvido no quisiera ser actriz, de algún modo, ya lo era.

Por toda respuesta, el director se marchó dando un portazo. Olvido dejó caer la toalla. Completamente desnuda, se sentó en su cama. Estaba pensativa.

- Deberías tener más cuidado -le advertí.

Me miró como si me viera por primera vez.

- Métete en tus asuntos -dijo muy enfurruñada.

Abrí la puerta sin importarme ni lo que hacía ni lo que decía, y antes de salir, repliqué:

- Me debes una, Rus.

* * *

Creo que aquello era demasiado para Olvido. No estaba muy acostumbrada a que nadie hiciera algo por ella. Algo realmente complicado, quiero decir. Sus relaciones con los demás se limitaban a la adulación y el desprecio: la gente la adulaba por ser hija de su madre; ella despreciaba a todo el mundo. Punto. Cuando aparecí yo, no supo dónde clasificarme.

Después de la visita del director, necesitó unas doce horas antes de preguntarme:

- ¿Por qué me defendiste?

Me encogí de hombros.

- No tengo ni la menor idea -dije con absoluta sinceridad.

- Entonces ¿estabas despierta?

- Sí.

- ¿Toda la noche?

- Casi toda.

- Al director le dijiste que sufres de insomnio.

- Es la verdad.

- ¿Y por qué tengo que creerte? -Achinó los ojos.

- ¿Y por qué no?

- Igual dormías como un tronco y te lo has inventado todo.

- ¿Para qué tengo que inventar nada?

- Igual sólo querías caerme bien...

- ¿Caerte...? -Solté una carcajada. ¡Estaba perpleja!-. ¿Y de qué me sirve caerme bien? ¿Me subirán la nota?

- Todo el mundo quiere caerme bien.

- Yo no soy una lameculos como todos los demás. Además, me pareces odiosa.

- Ya, pero soy hija de Cornelia Rus, y la gente pierde el culo por conocer a mi madre. No creo que en eso seas una excepción.

La miré en silencio durante unos cuantos segundos. Creo que sentí lástima, rabia, rencor. Me sentí una estúpida por haberla ayudado. Y más aún porque seguía sin saber por qué lo había hecho.

- Tía, tú tienes un problema grave -respondí apretando los puños. Y di media vuelta.

* * *

Olvido necesitaba tiempo para digerir las cosas. Por lo menos, en aquella época.

Pasamos varias horas sin hablarnos. Dormíamos a un metro de distancia y nos comportábamos como si la otra formara parte del mobiliario de la habitación. Nos esquivábamos la mirada. No nos dirigíamos la palabra. Nos evitábamos en el cuarto de baño. Hasta que una de aquellas noches, después de por lo menos veinticuatro horas de nuestra última y desagradable conversación, ella osó hablarme. Su tono había cambiado a mejor. Ya no estaba a la defensiva todo el tiempo. Ni se comportaba como una bestia al ataque. Incluso parecía vagamente humana.

- Creo que tenías razón. Te debo una -dijo en un susurro, como si le costara muchísimo trabajo pronunciar aquellas palabras.

No respondí. La miré sin ganas, cortante como si todo siguiera igual. Interrogándola con la mirada. Me estaba preguntando: «¿Realmente te cuesta tanto decir “gracias”? Sólo se trata de eso». Pero, por supuesto, no lo dijo. No dijo nada más.

Ella también me miraba, esperando que yo dijera algo. El silencio era muy incómodo.

Al fin, solté:

- Vale.

A lo que ella zanjó:

- Pues ya está. -Y se tumbó sonriente en la cama sin soltar el móvil.

Un final típico de Olvido.

* * *

Supongo que debería hablar de las clases, del día a día, de cómo avanzaba el tiempo en aquel lugar horrible. Está bien: por una vez haré lo que se espera de mí.

El centro ocupaba un edificio rectangular de dos plantas cuyo aspecto exterior recordaba bastante a un ladrillo -incluso en el color- y estaba perfectamente dividido en dos secciones: la masculina y la femenina. Cada parte del edificio tenía su entrada independiente, de modo que los chicos y las chicas no nos veíamos nunca. Por la parte de atrás estaba el patio, también rectangular, dividido por un enorme muro de por lo menos cuatro metros de alto. Viendo el muro desde el patio, lo último que se te ocurría era intentar saltarlo: no sólo no tenía salientes de ninguna clase, sino que estaba rematado por una de esas hileras de cristales rotos puestos de punta. Se me erizaba la piel sólo de pensar en encontrarme ahí arriba de noche.

A pesar de que sabíamos que al otro lado estaba el patio de los chicos, nunca los oíamos, porque nuestras horas de recreo y las suyas no coincidían. En general, todos los horarios, de uno y otro lado, estaban diseñados para que nos ignoráramos mutuamente. De modo que nuestros compañeros sólo eran una presencia fantasmal más en un lugar al que definían más sus ausencias que sus habitantes.

Los días allí eran todos iguales. Un altavoz en los pasillos nos anunciaba a las siete y media que era hora de levantarse. El director tenía la habilidad de conseguir, ya de buena mañana, que todas intentásemos con ahínco rimar palabrotas con su nombre de licor de almendras amargas. La rutina consistía en ducharse e ir a desayunar antes de iniciar las clases de repaso, donde se nos organizaba por niveles. La tentación de no aparecer por el comedor era grande, pero el castigo por no ir a desayunar era desproporcionado (dos semanas ayudando en la cocina) porque en el colegio se consideraba la comida más importante del día.

Por la noche, a partir de las ocho y media, estaba terminantemente prohibido salir de la habitación. Algún viernes programaban una sesión de cine en la sala común, pero las películas eran tan odiosas que lo mejor era quedarse en la habitación leyendo o escuchando música o pensando en tus cosas. Casi siempre era mucho mejor no hacer nada que seguir los consejos de la dirección del centro. Los fines de semana nos dejaban salir. Tampoco mucho, sólo cuatro horas los sábados y tres los domingos. Los horarios eran muy estrictos, e incumplirlos significaba castigo seguro. El castigo favorito del director era mandarte a dormir a las siete, pero había otros: leer libros de esos que nadie quiere leer y escribir resúmenes, o hacer trabajos sobre las cosas más vomitivas. Y si tenías la suerte y el dinero suficiente para tener móvil, te lo secuestraba. Había que estar loca para arriesgarse.

Luego estaban los días de visita, que siempre eran en domingo. Pero ya hablaremos de eso.

* * *

No tenía ninguna duda de que volvería a ocurrir. Si a Olvido le gustaba algo, no se privaba de ello. Supongo que ella no pensaba en los castigos. No del mismo modo que yo, por lo menos. Eso estaba claro.

No tardó ni una semana. La función se repitió con todos los detalles. Hacía un calor sofocante. Yo no podía dormir y daba vueltas y más vueltas a mis obsesiones. Quienes nunca han sufrido insomnio no pueden comprender cómo es: comienzas a pensar idioteces y al poco rato te parecen lo más terrible del mundo. Es como si la oscuridad convirtiera en monstruos las cosas más absurdas. El caso es que eran casi las dos de la madrugada y allí estaba yo, ahogándome en mis peores obsesiones. Olvido sonreía de vez en cuando, parecía muy inquieta esperando a que sonara su móvil. Hasta que de pronto se levantó, se vistió y se puso los vaqueros y las sandalias. Sólo la camiseta era diferente a la otra vez. Antes de salir, se acercó a mi cama y me miró de hito en hito.

- Tú me cubres, ¿verdad? -dijo la muy caradura.

Y se marchó, sin hacer ruido, como una gata.

Regresó pasadas las cinco. Yo, por supuesto, seguía despierta. La puerta se abrió y se cerró en medio de un silencio casi absoluto. Fue directa al baño. Cuando salió, no llevaba los vaqueros y tenía un brillo raro en los ojos. Creí que estaba enamorada, que ésa era la razón de aquel extraño comportamiento. Se acercó otra vez a mí para comprobar si dormía. Entonces pronuncié la frase que llevaba tres horas y veintidós minutos pensando, exactamente desde que cerró la puerta al marcharse.

- Quiero algo a cambio -solté.

Me observó unos segundos en silencio, muy quieta, antes de preguntar:

- ¿A cambio de qué?

- De no delatarte a Fabio.

Se sentó como a cámara lenta. Tenía una sonrisa cínica, como si se estuviera diciendo a sí misma: «Ya sabía que eres como todos los demás, aunque vayas de distinta».

- Dispara -dijo.

- Quiero que me cuentes adónde vas.

No pareció sorprendida.

- ¿Para qué quieres saberlo? -inquirió.

- Curiosidad.

- ¿Y nada más?

Otro silencio. La sonrisa cínica dejó paso al entrecejo fruncido. Se mordía el labio inferior. Dudaba.

- ¿Y cómo sé que no me delatarás igualmente?

Hablaba como en una mala de película de espías. Todo aquello me parecía muy emocionante.

- Ya podría haberlo hecho -contesté.

Olvido se tumbó en la cama. Tenía un cuerpo bonito; las piernas, muy largas; los pechos, muy redondos, ya voluminosos; la larga cabellera, negra y brillante. Creo que todas allí deseábamos ser como ella. Yo no tenía ninguna duda acerca de lo que una chica así podía hacer durante una escapada nocturna. Por aquel entonces, el sexo era algo misterioso, excitante, todo un mundo que me urgía descubrir. No me cabía duda de que Olvido era una experta en el asunto. Por eso estaba deseando que me lo contara todo. Lo había llamado curiosidad. En realidad, creo que comenzaba a ser admiración.

- Voy a hacer algo mejor -contestó lanzando un suspiro y cerrando los ojos-. La próxima vez, vendrás conmigo. Y ahora, ¡a dormir! Sólo tenemos dos horas.

Creo que ése fue el momento en que dejamos de ser dos compañeras de cuarto que se soportan y comenzamos a ser cómplices. Aún nos faltaba mucho para ser amigas. Ya he dicho que con Olvido, las cosas del corazón avanzaban despacio.

* * *

Si en Cumbres Blancas había algo más odioso que la rutina de todos los días, era cuando tocaba visita familiar. Cada dos semanas, la mañana del domingo se habilitaba una zona del comedor para los encuentros. El horario de visitas comenzaba a primera hora, durante el desayuno, y se prolongaba hasta pasada la hora de comer. Si tenías que ir, te avisaban por megafonía.

Olvido y yo llevábamos cuatro semanas sin que nuestro nombre sonase por el

altavoz. Ella mostraba un alivio fingido. Yo lo llevaba bastante peor y no escatimaba insultos hacia Miranda, culpándola de que mi padre no apareciese por allí. Olvido se burlaba de las demás, sobre todo de las que lloraban y rogaban para que las dejaran volver a sus casas, jurando su penúltimo compromiso de no reincidir.

- Son patéticas -soltaba.

- Pero listas -apostillaba yo.

Aquella mañana -cosa rara, rarísima- las dos teníamos visita. Yo, por primera vez. A Olvido la había avisado la secretaria de su madre vía correo electrónico. Cornelia iba a ir a verla porque estaba de paso por España, tras terminar su gira europea y antes de iniciar la americana. No sonaba muy tierno. Yo recibí una llamada de papá, de esas típicas desde el trabajo, con tono neutro y pocas palabras:

- Mañana iremos a verte. Vístete de forma apropiada, por favor. Saldremos a comer -dijo.

Le perdonaba que me dijese qué debía ponerme con tal de que me sacara de aquella cárcel durante un rato. Pero mi alegría se diluyó antes de empezar por culpa del plural del mensaje. *Iremos* a comer. Miranda no se había quedado en casa.

Olvido estaba muy rara. Se cambió dos veces de ropa. Después de varias pruebas, se puso unos vaqueros rotos y una camiseta que le venía muy grande y le quedaba fatal. No era ni mucho menos su estilo. El pelo, suelto. Recogido en una coleta. Otra vez suelto. Recogido. Suelto. Estuvo un buen rato en el baño, haciendo pruebas, mirándose como si esperara que el espejo le hablara de un momento a otro.

- Te queda muy bien la melena... -se me ocurrió decirle.

- A mi madre también le gusta -respondió-. Siempre dice que tengo que lucir el pelo, que no entiende por qué me lo recojo.

Se frotaba las manos. ¿Estaría nerviosa? Todo aquello era tan extraño que no sabía cómo interpretarlo. Su gesto contrariado me informó de que, más allá de la melena suelta, no estaba dispuesta a hacer concesiones con su madre. Sabía que los rotos de su pantalón la enfadarían.

Cuando pronunciaron mi nombre por el altavoz, ella aún esperaba, tumbada en la cama, con el móvil en silencio. No me atreví a preguntarle si quería acompañarme, aunque me habría gustado que lo hiciera. Olvido parecía siempre tan fuerte y yo me sentía tan vulnerable... Pero tenía muy claro que no éramos amigas. Sólo compañeras de cuarto. Y cómplices de diabluras. Así que sólo le pregunté con timidez:

- ¿Tú vienes?

Me dirigió una larga mirada, entendiendo. Me llamaron por segunda vez.

- Baja. Ahora voy -respondió al fin sin apartar la mirada del techo.

Mi padre sonrió cuando me vio. Me pareció sincero. Le di dos besos esquivando su abrazo. Hacía dos minutos que estábamos juntos y ya era evidente que nada había cambiado demasiado.

- Hola, Miranda -saludé intentando no ser muy desagradable.

Papá me preguntó qué tal me iba. Contesté encogiéndome de hombros. ¿Qué iba a decir? Yo no era de las que vertían lágrimas para que las dejaran volver a casa.

- Estás muy guapa -dijo papá apartando un mechón de mi pelo y poniéndomelo tras la oreja.

En cualquier otra circunstancia, me habría gustado aquel comentario suyo, me habría sentido halagada. Pero con Miranda allí, me lo tomé como el veredicto de un jurado. Y la cosa empeoró cuando ella achinó los ojos y dijo:

- Nunca llevas pendientes.

No contesté. No quería darle explicaciones. Me mordí el labio inferior con fuerza y bajé la cabeza. Por eso no vi que Olvido acababa de llegar.

- Su madre no quiso que se los pusieran en el hospital -explicó papá- y Abril permanece fiel a esa voluntad.

- ¿En serio? ¿Tu madre no llevaba pendientes? -pregunto

- Claro que sí -repuse a regañadientes.

- Sólo de los de tipo pinza... -explicó papá.

Con el rabillo del ojo me di cuenta de que Olvido nos observaba. También de su cara de estupefacción. El tema de la conversación debió de parecerle de lo más curioso. O de lo más ridículo, que era lo que me parecía a mí.

- Creo que deberías probar -opinó Miranda-. A veces, las cosas que más rechazamos son las que mejor nos sientan.

Lo dijo en ese tono de «soy-una-tía-estupenda-encantadora-comprensiva-simpática-y-no-entiendo-por-qué-me-odias» que yo no soportaba.

- No he pedido tu opinión -respondí.

Miranda dejó de sonreír de pronto. Olvido esbozó una sonrisa.

- Eso ha sido de mala educación, incluso viniendo de ti -terció papá con un hilo de voz.

- ¡Huy, perdona! No pretendía ser maleducada con quienes me han encerrado aquí -me defendí.

En ese momento, Olvido hizo su aparición.

- Hola. Soy Olvido, la compañera de cuarto de su hija -se presentó.

Mi padre apenas logró balbucear un saludo. Tenía la línea de flotación tocada.

- Hola -dijo-, yo soy su padre. Y ésta es...

- Su madre, claro -rió Olvido como si no se enterase de nada.

- ¡No, no! -repuso ella-. Yo soy Miranda. Abril no es hija mía.

Sólo le faltó decir «gracias a Dios». Papá la miró estupefacto. Miranda parecía incómoda. Miraba los pantalones rotos de Olvido como si fuera a echarse a gritar de un momento a otro. Papá también los miraba, aunque diría que por razones distintas. El pantalón de Olvido, como su encanto, no pasaba fácilmente desapercibido para ningún hombre. Mi padre no era la excepción. Y, por supuesto, Miranda debía de darse cuenta. Igual que yo.

- Bueno. Será mejor que salgamos ya. Tenemos reserva en el restaurante para la una y media -comunicó mi padre en un intento premeditado por desviar la conversación.

Yo dejé que mi corazón comenzara a galopar de contento y lancé la pregunta definitiva:

- ¿Puede venir mi amiga a comer con nosotros?

Era una pregunta incómoda, lo sabía. No podían decir que no delante de Olvido. No había excusas a mano que pudieran esgrimirse. Ambos me fulminaron con la mirada.

- Si se cambia de ropa... -musitó Miranda.

La megafonía interrumpió la escena. Llamaban a Olvido. Supe que algo no iba bien porque le pedían que acudiera al teléfono. En cuanto se separó de nosotros, mi padre dijo:

- Podrías habernos pedido permiso para invitarla. ¿Y si nos apetecía más comer en la intimidad?

Me habría gustado decirle: «Si tú invitas a Miranda, yo puedo invitar a Olvido. Igualmente, no íbamos a comer en la intimidad». Con el rabillo del ojo vi a Amarelo intentando consolar, en vano, a mi compañera de cuarto. Ella le quitó con descaro la mano de su hombro. Estaba claro que ese día tampoco vería a su madre. ¿Una rueda de prensa de última hora, un cambio en los planes de viaje, la comida con algún director famosísimo, una jaqueca repentina? Eran el tipo de explicaciones que solía dar Cornelia Rus. A veces, ni siquiera llamaba en persona, sino que mandaba con el recado a su secretaria.

- Prefiero no ir -le dije de pronto a la parejita feliz-. Me duele la tripa.

Papá me miró como si no supiera si creerme o no. Miranda me miró como si no me creyera en absoluto. Como si acabara de decir: «Hoy hay lentejas en el comedor y no me las perdería por nada del mundo».

Me despedí ante la mirada atónita de mi padre, que no puso mucho empeño en hacerme cambiar de opinión, y el segundo gesto de alivio del día de Miranda.

La verdad era que me daba lo mismo. Si alguien me hubiera preguntado por qué me comportaba así con Miranda, habría dicho: «Porque ella no es importante en la vida de mi padre. De hecho, él no va a tardar en dejarla». ¿Cómo podía saberlo? No podía. Pero tenía una de esas intuiciones mías que nunca fallaban. Sabía que sólo era cuestión de tiempo que saliera de nuestras vidas. Aunque también sospechaba que sería rápidamente sustituida por otra. Mi padre no era del tipo de hombres que se las apañan bien solos.

Cuando entré en nuestra habitación adiviné el desastre. No era llanto lo que oía, sino una especie de gemido gutural y rabioso.

- ¿Pensabas que iba a llorar? -me preguntó Olvido con los ojos encendidos de ira.

No pude decir nada. En la mano derecha llevaba unas enormes tijeras; en la otra, su precioso pelo cortado de un tajo.

- Creo que voy a enviárselo por correo -dijo.

Su risa me heló el corazón.

Creo que ése fue el día en que Olvido y yo comenzamos a ser amigas. Uno de los días más importantes de nuestras vidas.

O de la mía, por lo menos.

* * *

Olvido cumplió su promesa. Una noche en que (para variar) yo estaba durmiendo a pierna suelta, sentí que me agarraba por un hombro y me zarandeaba.

- Despierta o me voy sola -la oí decir.

Me vestí como una autómatas, excitada por la idea de hacer algo prohibido. Algo que pudiera desagradar muchísimo a mi padre y, sobre todo, a Miranda. Si me expulsaban del internado, tendría que volver con ellos y se les acabarían las vacaciones románticas. Por desgracia, no sabía que de Cumbres Blancas nunca expulsaban a nadie. El castigo era quedarse allí.

Nuestras pisadas retumbaban por el pasillo en medio de un silencio sobrecogedor. Bajamos la escalera de puntillas, atravesamos el patio y nos dirigimos al muro que separaba nuestro espacio del colegio masculino. Allí, en una esquina del terreno, había una diminuta zona ajardinada. Apenas un par de setos y tres árboles que cuidaba una guardesa. Uno de los árboles apoyaba sus ramas en la pared divisoria de los dos patios. Al otro lado, se adivinaban algunas ramas. No debía de ser muy difícil, si eras lo bastante ágil, cruzar el muro trepando por sus ramas como un mono. Eso debían de haber hecho los dos chicos que nos esperaban como si fuera lo más normal del mundo, sentados junto al tronco y fumando un par de cigarrillos.

- Ésta es Abril, mi compañera de cuarto -me presentó Olvido-. Ellos son Janko y Marcelo.

Janko era muy rubio, muy alto y tenía un acento raro, aunque hablaba bien el castellano. El otro era moreno, un poco más bajito, y tenía unos ojos grandes y expresivos, que me parecieron muy bonitos. Ya debían de tener dieciocho años. Nada más verlos comencé a preguntarme por qué estaban allí, qué habían hecho para cabrear a sus padres. Y también, cuál de los dos era el novio de Olvido.

- Vamos -dijo el más alto.

Echamos a andar hacia el patio dejando el muro a nuestra espalda. Atravesamos la pista de baloncesto hasta llegar a la entrada del comedor, que miraba a una de las porterías del campo de fútbol. El edificio era de una sola planta, construido en lo que tal vez algún día había sido un gimnasio o unos vestuarios. Tenía una marquesina y un banco de piedra pegado a la pared exterior. Nos sentamos allí, a resguardo de posibles miradas, tan apartados de todo que nadie podía oírnos. Aunque había que ir con cuidado y procurar no levantar la voz, porque el silencio nocturno era total.

Olvido y yo nos sentamos en el banco, ellos en el suelo, frente a nosotras, con las piernas cruzadas. El rubio sacó un paquete de tabaco y nos invitó. El mechero lo llevaba Marcelo. Ofreció fuego a Olvido, como en las películas. Sólo a ella, despacio, mirándola muy fijamente. Olvido parecía relajada. Después, Marcelo sacó una petaca del bolsillo de sus vaqueros. Ginebra. Los cuatro bebimos del gollote. A mí el alcohol no me gustaba y al dar el primer sorbo tuve que reprimir una mueca de asco, pero seguí adelante, por dárme las

de mayor y experimentada.

Después de un rato de silencio, sólo perturbado por el canto de unos grillos lejanos, Olvido preguntó:

- Bueno, ¿qué os parece?

La miraron con los ojos muy abiertos sin saber qué decir.

- Mi amiga. ¿Qué os parece? ¿Es guapa?

Me sentí fatal. Me pregunté para qué me había llevado con ella, qué pretendía en realidad.

- Yo creo que Janko y tú haríais muy buena pareja -me dijo. Luego señaló al rubio, que sólo tenía ojos para ella, y me preguntó:- Abril, ¿a ti Janko te parece guapo?

Me quedé muy cortada.

- No sé... -balbuceé.

- ¡Está claro!, Janko, deberías besarla. -Janko palideció sin saber qué hacer-. ¡Vamos! ¡Ahora mismo! ¿A qué esperas?

Marcelo parecía disfrutar del espectáculo. Janko estaba tan incómodo como yo. Olvido elevaba la voz más de lo prudente.

- ¿No te atreves a besarla o qué?

Janko se incorporó como si fuera a obedecer. Yo me levanté de golpe. Olvido tenía una sonrisa boba pintada en la cara. Creo que la ginebra se le había subido a la cabeza.

- Sólo un beso, Abril, no va a devorarte -me dijo medio canturreando.

Fui tajante. Respondí:

- Yo decido quién me besa, si no te importa.

Janko se detuvo. Me pareció que se alegraba de no tener que continuar. Olvido miró a Marcelo y se encogió de hombros.

- Iba a decirte que nosotros también tendríamos que besarnos, pero si nadie se atreve...

Marcelo saltó en el acto.

- Yo sí me atrevo.

- Ah, qué bien -rió Olvido-. Entonces, empecemos.

Ella cerró los ojos y frunció los labios. Marcelo se levantó del suelo, se compuso la ropa y se acercó.

- Si os besáis, mañana voy a ver al director -saltó Janko.

Olvido abrió los ojos y volvió a ser ella misma.

- ¿Al director? ¿Y qué le contarás? -preguntó-. ¿Que habéis saltado el muro y que hemos estado bebiendo? Igual podrías invitarlo a venir con nosotros.

Janko me miró con desconfianza entrecerrando los ojos.

- ¿Cuántos años tenéis? -preguntó.

- Dieciocho -mintió Olvido.

Mi amiga los aparentaba. Yo, ni en broma.

- Bueno, da igual -zanjó Janko-. De todos modos, estáis incumpliendo las normas del centro.

- ¡Uuuuhh! -ululó Olvido burlona-, ¡estás celoso!

Me quedé estupefacta al oír aquella conclusión. ¿Janko celoso? No era tan descabellado, atendiendo a cómo miraba a mi amiga. ¿Sería posible que Olvido hubiera montado todo aquel numerito, incluido el beso con Marcelo, sólo para darle celos a Janko? ¿Y por qué?

- Lo voy a hacer... -La voz de Janko quería aparentar seguridad, pero no lo conseguía.

Olvido lo ignoró. Se volvió hacia Marcelo.

- Estoy esperando -dijo-. Voy a puntuar tu beso del uno al veinte.

Marcelo se acercó de nuevo a Olvido y esta vez hizo lo que ella le pedía. Le dio un beso. Un beso en los labios. De más de treinta segundos.

Pueden pasar muchas cosas en treinta segundos.

Janko se levantó y se fue, con los puños cerrados, refunfuñando de rabia. Yo tuve por un momento tentaciones de marcharme también, pero me quedé. Sólo unos segundos

más, hasta que Olvido abrió los ojos, miró a su alrededor y preguntó:

- ¿Dónde está Janko?

- Camino del despacho del director, supongo -respondí.

Hizo un gesto con la mano, como si apartara un insecto.

- Bah, ése no hará nada. Lo dice para asustarme. Vamos, es tarde.

- ¿Y mi nota? -preguntó Marcelo, que no entendía nada.

- ¿Qué?

- Has dicho que puntuarías mi beso del uno al veinte.

- Ah, sí... -Olvido tuvo que meditarlo un poco, como si fuera una decisión difícil-.
Un diez.

- Vaya -se decepcionó el otro-. Eso es sólo un aprobado. Pensaba que te había gustado.

- Me ha gustado. Pero de este modo lo harás mejor la próxima vez.

Y echó a andar hacia el edificio del colegio sin prestar atención a nadie. Aunque yo la seguía, claro.

Ya en la habitación, intenté comprender qué habíamos hecho aquella noche.

- ¿Qué ocurrirá si Janko nos denuncia al director?

- Tranquila, no lo hará.

- ¿Y si lo hace?

- No lo hará y punto.

- ¿Cómo lo sabes?

- Porque si nos denuncia, no volverá a verme.

- Eso suponiendo que le queden ganas después de lo de esta noche. ¡Nos has hecho sentir fatal a todos! ¿Por qué lo has hecho?

Se encogió de hombros. Se echó en la cama y cerró los ojos.

- ¿No te lo has pasado bien?

- No mucho.

- Ah. -Parecía muy extrañada-. Duerme -dijo-. Mañana no nos podremos concentrar.

Era su manera de decir: «Basta ya».

Por supuesto, yo no pegué ojo. Demasiadas emociones. Rabia, miedo, estupefacción. Acababa de comprender lo complejo que era el mundo de los sentimientos para Olvido, la necesidad enfermiza que tenía de poner a prueba a todo el mundo, de someter a sus personas más queridas a retos absurdos. No es raro que nadie la haya comprendido del todo. Ni que varios años y unos cuantos matrimonios después, continúe sola.

De: Secretario de Olvido Rus

Para: Abril Manrubia

Asunto: Varias explicaciones

Señorita Manrubia:

Aunque me lo propusiera, no podría responder una por una a todas las preguntas de su correo anterior. ¡Son demasiadas para un pobre secretario como yo, que sólo dedica a la correspondencia una parte de su jornada laboral! Si todos los corresponsales hicieran como usted, no podría hacer otra cosa. Y, por favor, no se enoje porque la comparo con otros. He constatado ya sobradamente que no es usted en absoluto como los demás. Por si acaso no lo ha notado: esto último era un piropro.

Con respecto al paradero de la señora Rus, es probable que usted haya tenido noticia de su presencia en Londres el pasado fin de semana. Ha sido, con todo, un viaje relámpago, por fortuna. Mañana mismo debe encontrarse de nuevo en el rodaje, que entra en su semana más importante. Puedo asegurarle que lo hará. Y no sólo porque yo mismo me he encargado de reservarle los pasajes de avión. Es de justicia decir que la señora Rus jamás ha desatendido uno solo de sus compromisos profesionales. Ni uno, jamás. Aunque esta vez, después de un viaje tan largo y cansado, no sé si se encontrará en las condiciones óptimas de rodar las escenas de acción.

Por lo que atañe a los textos (de naturaleza privada) que usted adjunta a sus mensajes, le diré que los imprimo con cuidado y los guardo en una carpeta que espero poder entregar a la señora Rus en cuanto tenga ocasión. Esas palabras le pertenecen a ella y

no a mí.

Concluyo respondiendo a su pregunta sobre mi castellano, que tanto le inquieta: como le dije, nací en Estados Unidos, aunque de padres cubanos. Eso, unido a que mi formación académica se desarrolló en el campo de la filología, ha dado como resultado cierta solvencia lingüística en nuestro bonito idioma común de la que me siento muy orgulloso. Espero haber disipado esa curiosidad suya que, por otra parte, me divierte. Nadie salvo usted había reparado nunca en mi trabajo, ni en mis palabras, ni siquiera en mi firma. Para quienes buscan un autógrafo de la gran Olvido Rus, su secretario personal es invisible. Nadie había tenido ningún interés en saber quién soy, además de un estorbo o un trámite. Permítame, entonces, que mantenga un poquito más la emoción y me regocije en ella.

Reciba un saludo fraternal. Hasta pronto,

A.

* * *

De: Abril Manrubia

Para: Secretario de Olvido Rus

Asunto: Perpleja y curiosa

Señor Invisible:

Dice que no lo hará, pero sigue usted comparándome con el resto de las personas que escriben a Olvido. Se lo vuelvo a repetir: ¡Yo no soy una fan loca más! A ver si le entra en esa dura mollera de impecable profesional.

Pues ya que me da pie, le voy a confesar mi curiosidad más grande con respecto a usted. ¿Cuál es su relación con Olvido? Quiero decir, su relación más allá de comprarle los billetes para que llegue a tiempo a una fiesta o despachar con ella los asuntos urgentes de la correspondencia diaria. ¿Son amigos? ¿Tienen complicidad? ¿Cree que la conoce bien? ¿Qué siente por ella cuando la ve sin maquillaje, sin fans, sin cámaras que la apuntan? ¿Miedo, lástima, odio?

Bueno, comprenderé que no quiera contármelo. Tengo cierta tendencia a meterme

donde no me llaman, lo sé. Es mi mayor defecto.

¡Es difícil no enterarse de los paseos por el planeta de su «señora Rus» mientras se haga acompañar de la realeza británica! Cuando el sábado la vi en la tele agarrada del brazo del príncipe Harry, no podía creerme que fuera ella. ¿Qué hacía mi amiga en esa fiesta de aristócratas británicos beodos? Tengo entendido que hay gente dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de que el *prince* Harry la incluya en las listas de invitados de sus muy selectas fiestas. ¿Y qué tiene ella que ver con los Windsor? ¿Son tan buena compañía como parecen para una noche loca de verdad? A mí, desde luego, todo esto me parece el escenario de una pesadilla. Pero perdone, no quiero empezar de nuevo con mis preguntas. Ya sabe que cuando comienzo no sé parar y no quiero asustarlo, señor No-Tengo-Respuesta-Para-Todo.

Lo que más me ha dolido, en realidad, es que fuera en Londres. Tengo muchos recuerdos de esa ciudad, y todos tienen que ver con Olvido. Una Olvido, por cierto, que ya se parecía más a la mujer para la que usted trabaja que a la que yo conocí a los dieciséis años, pero que al fin y al cabo era ella misma. Nuestra camaleónica, cambiante, siempre sorprendente señora Rus. En fin, cualquier día se lo cuento para que usted lo meta en su carpetita y finja que no lo ha leído.

Mientras tanto, reciba un abrazo de su amiga.

Abril

De: Secretario de Olvido Rus

Para: Abril Manrubia

Asunto: Dos respuestas cortas

Señorita Manrubia:

Hoy debo ser forzosamente muy breve, ya que me reclaman diversos compromisos, pero deseo dar respuesta a dos de sus inquietudes, aunque sea de un modo somero.

La primera: la relación de la señora Rus con la familia Windsor viene de la mismísima reina de Inglaterra. Fue ella la que invitó a todo el reparto de *The Cloister* al palacio de Buckingham poco después del estreno oficial, y allí mismo nombró a varios lores mientras invitaba a té con pastas a todos los demás. En esa audiencia estaban también los príncipes, William (ya comprometido) y Harry, quien al parecer fue el impulsor de todo. Harry se confesó admirador de Olvido, y entre ellos surgió de inmediato una sana amistad

que se traduce en las fiestas a las que mi jefa es invitada de vez en cuando.

La segunda: lo que siento cuando miro a Olvido sin maquillaje ni focos es pura admiración. Admiración ante una mujer fuerte que ha sabido llegar a lo más alto sin perder la esencia de sí misma. Y también siento que soy un hombre de suerte por poder trabajar para ella. Es toda una experiencia, se lo aseguro.

Espero no haber merecido en este último correo el título de Hombre-sin-respuestas.

Tengo que dejarla, a pesar de que me divierte mucho escribirle. Saludos.

A.

Londres. Hay palabras capaces de evocar recuerdos que creíamos olvidados.

Un día gris de febrero de hace casi diez años. Yo había conseguido dormir después de la peor noche de mi vida. A las siete de la mañana sonó el teléfono.

- ¿Señorita Manrubia?

Un sonido gutural respondió por mí.

- Quisiera hablar con Abril Manrubia, por favor -insistió alguien con acento argentino al otro lado de la conversación.

- Soy yo -reaccioné.

- Me llamo Guillermo. Guillermo Santiago. Santiago es el apellido -matizó con su dicción musical-. Acabo de enviarle un correo con algunas instrucciones. ¿Puede mirarlo?

No entendía nada. Mi silencio desconcertado resultaba muy elocuente. Él aclaró:

- Soy el secretario de Olvido Rus. Le llamo por deseo expreso de ella. Por favor, mire su correo electrónico. Si tiene algún problema, no dude en ponerse en contacto conmigo -dijo. Y colgó.

Al principio, me extrañó que Olvido hubiese contratado a un secretario, aunque pensándolo bien, era muy lógico: se le daba bien mandar y era incapaz de hacer ciertas cosas. Un buen argumento, junto con el dinero, para contratar a alguien que las hiciera en su lugar. Ése era parte de su encanto. Mi amiga podía aprenderse un guión de quinientas páginas en una semana, pero aún se le resistía el carnet de conducir. Cuando le suspendieron por quinta vez el teórico, tiró el libro de la autoescuela por la ventana. Un modo rotundo de decir: «No pienso perder el tiempo en lo que no se me da bien». Quizá por uno de esos misterios insondables, Olvido era actriz y yo no, a pesar de los sueños y los intentos.

Con el tiempo, ella terminó aprobando el teórico. Yo, en cambio, no hice ningún progreso con la interpretación.

En aquella época, la carrera meteórica de Olvido ya había empezado. Un par de cortos la habían dado a conocer en el mercado europeo y le habían permitido interpretar un pequeño papel en una de esas producciones europeas que firman Francia, Inglaterra, Italia y

no sé cuántos países más. La película triunfó en el Reino Unido desde el primer momento, y Olvido pasó de la noche a la mañana del anonimato a la fama. Le ofrecieron un papel en una serie de la BBC. Su inglés era casi perfecto; aun así, dedicó mucho empeño y mucho tesón en mejorar su acento para hacerlo más británico que el de la mismísima reina Isabel. Lo consiguió, y también un papel de mayor importancia y calado.

En aquella época hablábamos mucho por teléfono. Siempre llamaba ella, claro, porque yo no podía permitirme gastar en conferencias. Todo lo contrario: por aquel entonces yo dependía económicamente del dinero que me enviaba mi padre y de la generosidad de Marcos, el chico con el que vivía, tratando de convencerme de que era el amor de mi vida. Mientras tanto, había vuelto a la Universidad y me preguntaba a todas horas cuál era mi verdadera vocación.

En nuestras largas conversaciones telefónicas, Olvido me hablaba, sobre todo, de tres cosas:

1) Su ajetreada vida sentimental (en los ocho meses que llevaba en Londres había tenido nueve novios, incluido un productor de la edad de su madre -Armando- con el que seguía acostándose de tarde en tarde).

2) Los muchos sacrificios que debía hacer para conseguir algo en el mundo del cine (que pasaban por estudiar hasta muy tarde, ir a todas las fiestas, hacer estrictas dietas de adelgazamiento y no sé cuántas torturas más).

3) La opinión que le merecía a su madre su brillante carrera (deplorable, por supuesto). Cornelia no soportaba la televisión, que consideraba degradante. ¿O lo que no soportaba era que su hija comenzara a ser más famosa que ella?

Yo, por mi parte, le hablaba de la universidad y de Marcos. Le contaba mis planes de futuro, que tenían que ver con licenciarme y aprobar unas oposiciones. Ya había decidido que mi auténtica vocación tenía que ver con la enseñanza, aunque aún no podía saber hasta qué punto había acertado.

Lo de Marcos era distinto. Una relación que había comenzado por casualidad y que avanzaba por una inercia extraña, aunque yo no me diera cuenta. O no quisiera reconocerlo. Cuando hablaba de él con Olvido, me empeñaba en autoconvencerme de que era mi príncipe azul. Excepto aquella noche de febrero, la peor de mi vida. Unas horas antes, había pillado a Marcos con otra en nuestra propia casa. Él se había ido, a saber adónde, y yo me había quedado allí, desconsolada. Fue la primera vez que llamé a Olvido a Londres. Necesitaba contarle cómo estaba, cómo mi vida acababa de hacerse añicos.

- Ningún hombre merece que llores por él -sentenció para consolarme.

Recuerdo que cuando terminamos de hablar, casi una hora después, dijo:

- Creo que sé lo que necesitas, Abril. Hacerme una visita.

- Ya, pero yo no puedo...

- Bueno, eso déjalo en mis manos -respondió, tan rotunda como siempre, comenzando a tramar el plan que se materializaría a las pocas horas.

En efecto, por la mañana encontré un par de correos del secretario argentino en la bandeja de entrada de mi ordenador.

«Por indicación de Olvido Rus, le hago llegar la tarjeta de embarque del vuelo con destino Londres. En el aeropuerto encontrará un coche esperándola que la llevará al apartamento de Olvido. Le ruego que espere allí hasta que ella llegue. Si tiene algún problema, mi número de teléfono es...»

Conecté la impresora. Sólo había tarjeta de embarque para un vuelo de ida. En primera clase. Mientras la doblaba con cuidado no podía dejar de pensar que Olvido estaba salvándose de algo terrible. Miré el reloj: mi vuelo para Heathrow despegaba al cabo de tres horas.

Tenía el tiempo justo para hacer la maleta y llamar a mi padre para decirle que me iba.

* * *

Olvido sabía hacer las cosas a lo grande. Dormité durante todo el viaje, mirando por la ventanilla y bebiendo un delicioso champán francés, con la extraña sensación de que era la superviviente de un desastre natural. En el aeropuerto me esperaba un hombre de piel aceitunada que sostenía un cartel con mi nombre. Hablaba castellano, de modo que todo fue muy fácil.

Aún no había tenido que pronunciar una sola palabra en inglés cuando llegamos al apartamento de Olvido. Era un dúplex enorme, calculé que de unos trescientos metros cuadrados, situado en el bloque más alto de Charing Cross Road. El chófer de piel aceitunada llevó mi maleta hasta la puerta, donde una mujer de mediana edad y melena blanca recogida en un moño me dio la bienvenida en un castellano con acento raro que no supe identificar.

- La señora Rus llegará tarde. Le voy a enseñar su cuarto para que pueda instalarse.

Mi habitación era una luminosa estancia de paredes blancas, cama enorme y baño de ensueño. La colcha era naranja, mi color favorito, y no creo que fuera una casualidad.

No había hecho más que entrar en el baño cuando llamó el argentino.

- ¿Todo bien, señorita Manrubia? ¿Hay algo en lo que pueda serle de ayuda?

- No, está todo bien -dije aturdida.

- ¿Prefiere almorzar en casa o fuera?

No supe qué decir. No tenía hambre. Sólo quería que me dejaran en paz. Y ver a Olvido, claro.

- Mejor en casa -repuse.

- En ese caso, le diré a Rose que le prepare algo. ¿Es usted vegetariana también?

- Sí, sí -mentí desconcertada porque imaginé que aquel *también* se estaba refiriendo a Olvido, que nunca había sido vegetariana.

Me eché en la cama y conecté la televisión. La sensación de irrealidad era enorme, como si de pronto estuviera instalada en un sueño y fuera a despertar de un momento a otro. Rose regresó a las doce y media con el anuncio de que tenía lista la comida y una pregunta:

- ¿Desea que se la traiga a la habitación?

- No, no, no será necesario -repuse.

Almorcé sola en un salón con vistas a las azoteas de la ciudad. La decoración era casi minimalista: apenas un par de plantas, un gran jarrón de porcelana de aires orientales, un sofá blanco y una alfombra de pelo largo, también inmaculada. A un lado, la tele más enorme que había visto en mi vida. Al otro, una chimenea desnuda de ornamentos. En el centro, una mesa para diez comensales que en aquel lugar parecía aún mayor de lo que era.

La comida estaba algo insípida para mi gusto, pero bien cocinada. Crema de calabaza de primero y pastel de verduras de segundo. De postre, una ensalada de frutas. Después del té de rigor, dije que iba a salir a dar una vuelta.

- ¿Necesita que un coche la recoja? -preguntó Rose-. El señor Santiago puede enviarle uno al instante...

- No, no, prefiero caminar.

El paseo me despejó. Hacía un frío de mil demonios y caía una aguanieve triste y desapacible. Caminé hasta Trafalgar Square y me refugié en las salas acolchadas de la National Portrait Gallery, donde pasé más de dos horas observando los rostros de los ingleses más célebres de la historia. Cuando salí, era de noche y la ciudad refulgía sobre el pavimento mojado.

Volví a casa caminando, me di una ducha caliente, me puse mi pijama de Snoopy y

me tumbé en la cama a esperar a Olvido. A eso de las ocho, Rose llamó a la puerta. Traía el teléfono en la mano.

- Tiene una llamada -dijo.

Era Olvido.

- ¿Estás bien? ¿Te tratan como te mereces?

- Olvido, todo esto es alucinan...

- Calla, boba, no tengo mucho tiempo. ¿Quieres venir conmigo al estreno de un ballet en el Covent Garden? Te gustará. Me han invitado a última hora y no puedo decir que no. He dicho que iría con una amiga. ¿Qué? ¿Te animas?

- Bueno... -repuse no muy convencida.

- Entonces, ponte muy elegante, ¿de acuerdo? Los ingleses son muy exagerados para estas cosas. Te recogerán dentro de cuarenta minutos. Rose te enseñará el vestidor y te ayudará a elegir. Confía en su criterio, es muy buena. Espero que encuentres algo que te vaya bien. No has engordado, ¿verdad?

- No.

- Bien. Entonces, asunto resuelto. Hasta dentro de un rato.

El vestidor de Olvido era un sueño hecho realidad. Había vestidos maravillosos de todas las marcas conocidas, además de zapatos, complementos y joyas. Rose me aconsejó. Hasta me metió el bajo del vestido que elegí. También me ayudó a recogerme el pelo en un moño y supervisó el maquillaje. La Cenicienta salió convertida en princesa a la hora prevista, con destino al primer estreno de ballet de su vida.

Olvido llevaba un Chanel palabra de honor y varios mechones estratégicamente seleccionados de su recogido le caían sobre los hombros. La sensación de extrañeza que había tenido esa tarde se me olvidó de pronto cuando se acercó a mí con las manos extendidas. Agarraba fuerte las mías y tenía los ojos brillantes.

- ¡Tú con un Gucci! ¡Te sienta mejor que a mí! -fue su saludo.

Me presentó a todo el mundo. Hablaba un inglés perfecto que yo no entendía. Sonreía, firmaba autógrafos, le hacían fotos.

Nos habían reservado un par de asientos en un palco. Cuando apagaron las luces, se acercó a mi oído y susurró:

- Me están matando los zapatos. Como esto dure mucho, los echaré sobre la cabeza

de ese señor calvo de la tercera fila. Aunque mejor no, porque creo que es alguien del gobierno.

* * *

Fue una noche impresionante. No sólo me di cuenta de lo mucho que había cambiado la vida de mi amiga; también de lo fácil que era acostumbrarse a todo aquello. Después del estreno, un coche nos esperaba para llevarnos al dúplex. Rose se había acostado ya y Olvido se metió en la cocina a preparar dos sopas de miso instantáneas. Antes, también ella se había puesto el pijama, que era de Hello Kitty. De pronto, éramos las de siempre y la vida no nos había cambiado nada. Sólo nos había situado en un escenario mucho más lujoso.

- Me lo tienes que contar todo -dijo-. Lo de ese cerdo, quiero decir.

Nos sentamos a la mesa de la cocina, cada una con una taza en la mano, y le hablé de Marcos y de nuestro final.

- Me encontraba fatal y decidí irme a casa. Sin avisar, claro. Llegué bastante más temprano de lo habitual. Supongo que no me esperaba, porque lo encontré en la cocina con una desconocida dándose un festín de comida china. Podría haberme dicho cualquier cosa. Que era una compañera de trabajo, la novia de un amigo, yo qué sé. Pero me miró con una expresión culpable que no supe interpretar. La chica, que se había quedado como congelada, con los palillos a medio camino de la boca, dijo de pronto: «Mejor te espero en el coche». Y se marchó sin ni siquiera mirarme a los ojos.

- ¿Y él no dijo nada? -preguntó Olvido, que no daba crédito.

- Sí, me preguntó por qué había llegado tan temprano y me regañó por no haber avisado.

- Será cabrón. ¿Y tú qué hiciste?

- Preguntarle quién era la chica que acababa de irse. Contestó que no me importaba, que estaba en su casa y podía llevar allí a quien quisiera. Le dije que también era mi casa, ya que vivía allí. Dijo: «Bueno, técnicamente no, en realidad». Entonces me la jugué. Hablé mi orgullo. Dije: «Si quieres, me voy mañana mismo». -Me temblaba la voz sólo de recordarlo. Olvido fruncía el entrecejo mientras abrazaba su taza de sopa con las dos manos-. Respondió: «Creo que será lo mejor».

»Se levantó, recogió las cajas de comida china, dejó la silla en su lugar y se puso la chaqueta. Le pregunté si estaba enrollado con aquella chica. Repuso: «¿Tú qué crees?».

»Creo que nunca me he sentido más humillada. Y nunca he sido protagonista de una escena más absurda. Porque hay que reconocer que todo aquello era estúpido. No me había dado cuenta de cuánto hasta que se lo conté a Olvido, y casi me entraron ganas de reír. Pero aún hubo dos frases más para rematar la peor escena posible. “Te comportas como un crío, ¿cuándo vas a madurar de una vez?”, solté. Entonces me miró con una expresión cargada de odio y espetó: “Estoy harto de que me juzgues. Por eso ha pasado esto. Tú te lo has buscado”. Lo dijo de pronto y sin pensarlo, y en seguida pareció aliviado. “¿Qué me he buscado?”, pregunté. “Que te deje”, dijo él. “¿Que me dejes?”, y el orgullo volvió a tomar las riendas. Añadí: “No, no, de ninguna manera. Te dejo yo, cabrón, pero mañana por la mañana, cuando haya recogido mis cosas”.

Olvido pareció satisfecha cuando le conté esta parte. Y también cuando le dije que entré en el baño y me di una ducha fingiendo una tranquilidad que no sentía ni de lejos. Cuando salí, se había marchado. Entonces, me desmoroné, hice el equipaje, la llamé por teléfono, le dije que era la más desgraciada del mundo y pasé la peor noche de mi vida.

- Necesitas un novio de sustitución -concluyó ella después de escuchar el drama completo, incluidos algunos detalles del noviazgo y de la dulce historia de amor que acababa de irse al traste-. Ocurre como cuando se te estropea el coche: hasta que lo arreglas o te compras otro, hay que disponer de uno que te saque del apuro. Los ingleses son realmente buenos. ¿No te gustaría probar?

Reímos la ocurrencia, pero yo no estaba de humor.

- La verdad es que no -dije-. Creo que mejor me alejo de los hombres durante una temporadita...

- ¿Alejarte? ¡Menuda tontería! ¿Dejarías de comer sólo porque algo te ha sentado mal?

- No...

- Pues es lo mismo. Hay millones de hombres en el mundo. Ya encontrarás otro al que querer con locura. Tú eres buena para eso.

Sorbí mi sopa lentamente. Sabía a lo que Olvido se refería. Y me daba que pensar.

- Igual te suena raro -me atreví a decirle-, pero incluso en los mejores momentos de mi relación con Marcos, cuando a todas horas creía escuchar música de violines y todo eso... incluso entonces pensaba que no era el hombre de mi vida. ¿A ti no te ha pasado nunca nada parecido? ¿Tener un presentimiento que no sabes de dónde surge?

- Yo nunca he tenido presentimientos, Abril. Y los violines me ponen los dientes largos. -Soltó una carcajada-. Tampoco creo en ese rollo del hombre de mi vida. Yo pienso que en mi vida caben varias docenas de hombres. Y en la tuya también. Lo del cabrón de Marcos lo demuestra. Por eso presentías que no era para ti.

- Más bien creo que no lo quería del modo adecuado.

- ¿En serio? ¿Y cuál es ese modo?

Dudé un momento si hablarle o no de él. De Lawrence. De la única vez que he estado enamorada de verdad, sin condiciones ni dudas. Al final, no lo hice. Creo que no me atreví. Le temía demasiado a su cinismo, a su juicio despiadado.

- Sabría reconocerlo si apareciera de nuevo -contesté para no dar más explicaciones-. Ya sabes: otro de mis presentimientos infalibles.

- ¡Voy a empezar a creer en tus presentimientos!

- Hace mucho que deberías haberlo hecho -bromeé.

Olvido sonrió. Sin maquillaje, en pijama y con una sopa de sobre en la mano estaba guapísima.

- Lo que yo digo: sigues siendo un bicho raro.

* * *

Al día siguiente, cuando me desperté, todo había vuelto a su estado normal. Rose me había preparado el desayuno en el salón y Olvido no estaba en casa. Me había dejado una nota. Rose me la entregó junto con las tostadas. Doblada por la mitad, escrita a mano:

Anoche se me olvidó decirte que estaré dos días fuera. Tenemos rodaje en Dublín. Volveré el viernes. Pídele a Rose todo lo que necesites. Haz lo que te dé la gana, pero hazme el favor de ser feliz.

Me decanté por un poco de turismo. Para empezar, elegí la Torre de Londres. Tenía curiosidad por ver el lugar donde Enrique VIII había mandado decapitar a Ana Bolena. El chófer de la piel aceitunada me acompañó y hasta me compró la entrada. Me esperó durante más de tres horas. Luego me devolvió a casa, donde Rose me tenía la comida preparada.

- Permítame sugerirle una visita a la Abadía de Westminster -dijo Rose con esa educación tan inglesa-. Y desde allí puede ir también a las casas del Parlamento. Y a las riberas del Támesis.

Pocas personas hay en el mundo más orgullosas de su ciudad que los londinenses. Decidí seguir los consejos de Rose en todo. Pasé los dos días de ausencia de Olvido yendo de acá para allá, como una turista más. El viernes pregunté a qué hora llegaba mi amiga.

- No ha anunciado su llegada todavía -repuso Rose.

La echaba de menos, pero era divertido vivir de aquel modo. Descubrí que el lujo y la novedad son capaces de curar cualquier cosa. O acaso mi mal no era en realidad tan grave como parecía antes de salir de Madrid.

El viernes me dormí de madrugada viendo a Olvido en una serie de la BBC, donde ya era la actriz revelación de la temporada. Interpretaba a una malvada bellísima que llevaba de cabeza al inocente protagonista, o eso me pareció entender aguzando el oído para comprobar si aquella lengua extraña dejaba de ser tan misteriosa para mí. Me desperté pasadas las nueve, cuando oí unos pasos por el pasillo. Me extrañó que Olvido estuviera allí todavía, porque sabía que los rodajes comenzaban muy temprano, pero a pesar de todo decidí salir. Tenía muchas ganas de decirle que en su casa me encontraba mejor que en ninguna otra parte del mundo y lo mucho que le agradecía todo lo que estaba haciendo por mí.

Seguí el sonido de los pasos por el corredor, hasta la habitación de Olvido, justo a tiempo de ver entrar a toda velocidad a un hombre completamente desnudo que cerró la puerta tras de sí. Me quedé quieta en mitad del pasillo, intentando llegar a alguna conclusión. Como no lo conseguí, decidí ponerme algo más presentable que mi pijama de Snoopy y tomar mi desayuno, como todos los días. Estaba devorando unos huevos revueltos y ojeando el periódico cuando el desconocido apareció en el salón. Ahora iba vestido -vaqueros, camisa blanca, zapatos de piel- y sonreía con aparente tranquilidad. Rose se presentó y le preguntó qué deseaba para desayunar.

- *Only black coffee, please* -repuso él, igual que lo habría hecho de encontrarse en un hotel. Luego se acercó a mí, señaló una silla libre y preguntó-: *Could I...?*

- *Yes, yes!* -repuse con torpeza.

Lo reconocí en el acto. Era uno de los actores de la serie. Interpretaba al hermano pequeño del inocente protagonista. Tenía los ojos más verdes que he visto en mi vida y un hoyuelo irresistible en el mentón. Se peinaba con la raya a un lado, y cuando sonreía, el mundo parecía un sitio estupendo.

- Stephen -saludó, y me tendió una mano.

- Abril. -Se la estreché.

- *Abril? What a nice name, gorgeous! Are you related to Olvido?*

Me hizo gracia cómo pronunció el nombre de mi amiga -Olvidouuuu, alargando

mucho la u final-, pero además de eso, no entendí ni media palabra. Con la sonrisa más mema de mi historia pregunté:

- ¿Hablas español?

- *Spanish?* -Sonrió, encantador, encogiéndose de hombros-. *Unfortunately, not. Only English.*

Puse cara de gran consternación. Habría podido añadir alguna estupidez, tipo: *I don't speak English*, pero me moría de vergüenza sólo de pensarlo. En lugar de eso, esboqué una sonrisa idiota, en lenguaje universal, y terminé de desayunar en silencio. Él debió de notar mi incomodidad, porque apuró su café negro en dos sorbos y se despidió desbordando encanto. Me moría de ganas de preguntarle a Rose si aquella escultura de poco más de veinte años había pasado la noche allí, pero pensé que sería mejor no ser tan impaciente y preguntarle a Olvido.

- Pues claro que ha pasado la noche aquí. ¡No va a venir sólo a desayunar! -Olvido soltó una risotada que me obligó a apartarme el teléfono del oído.

- Está buenísimo -opiné-, casi se me indigesta el desayuno.

- Es guapo, sí -reconoció-, pero demasiado joven para mí. A mí me gustan los hombres más hechos. Si quieres, te lo presto.

Me reí de buena gana. Sólo Olvido era capaz de hablar con tanto descaro de algo así.

- No creo que a él le pareciera buena idea -opiné.

- Qué va. Estaría encantado -repuso-. Se muere por hacer algo que me guste. ¿Quieres que se lo pida?

- ¡Serías capaz!

- Por supuesto. ¿No dices que es guapo?

- Tiene buen culo.

- Cierto. Y tú buen ojo.

- Pero no habla español.

- ¿Y eso qué más da? No necesitas hablar con él.

Reíamos sin parar mientras soltábamos aquella sarta de tonterías. Era como tantos años atrás, en Cumbres Blancas, cuando nos escapábamos por las noches para ver a los chicos del otro lado del muro.

- Y si no te gusta, ¿por qué le das esperanzas? ¡Eres incorregible!

- ¡No le doy esperanzas! -se defendió-, sólo soy educada. Anoche se me pegó como una lapa al acabar el rodaje. Me dio pena darle calabazas.

Lo decía con una mezcla de desprecio y despreocupación. Como si estuviera muy por encima de lo que había pasado entre Stephen y ella la noche anterior.

- Pero te has acostado con él, ¿no?

- ¿Tú qué crees?

- ¿Entonces?

- Lo han echado de la serie. Debe de haber creído que acostándose conmigo hacía méritos para algo. Y entre tú y yo: no hay para tanto.

- Entonces, ¿el pobrecito no ha hecho méritos suficientes?

- Bueno, podría recomendarle a algún productor con quien tengo buena relación. El problema es que es un actor pésimo.

- ¿En serio? No lo parece.

- ¿Lo dices porque es guapísimo?

- No. Lo digo porque he visto la serie.

- Ah, nunca creas lo que ves en la tele. ¡Si supieras cuántas veces repite cada toma! Tenía al director desesperado. Yo creo que fue él quien les pidió a los guionistas que por favor hicieran algo con su personaje para no tener que soportar más pérdidas de tiempo.

- ¿Y qué hicieron?

- Su personaje se suicidó, víctima de una depresión insuperable. No se lo cuentes a nadie, que aún falta para que se emita ese capítulo.

Iba a preguntarle a quién pensaba que se lo podía contar cuando atajó:

- Oye, estoy en un descanso del rodaje y no tengo mucho tiempo. Te llamaba para preguntarte si te apetece que vayamos a cenar.

- ¿Hoy?

- Sí, creo que terminaré temprano. Podría recogerte a las seis y media. Ponte algo elegante.

- Tendré que volver a atracar tu armario. Yo sólo he traído vaqueros.

- Ningún problema. Todo lo que hay en mi casa está a tu disposición. Te veo luego.

Iba a preguntarle adónde íbamos, pero ya había colgado.

Esta vez no necesité a Rose para vestirme. Elegí una falda negra de terciopelo y una blusa de raso de color lavanda. A las seis y media en punto, sonó el timbre. Pero no era Olvido quien pasaba a buscarme, sino un hombre de pelo ligeramente canoso a quien no conocía.

- A Olvido le ha surgido un compromiso de última hora y me ha pedido que la recoja yo. La está esperando.

Su acento lo delató.

- Guillermo. Supongo.

Sonrió por toda respuesta.

- Será cosa de media hora como mucho -dijo-. No se lo tenga en cuenta. Todo esto forma parte de su trabajo. Y del mío.

El restaurante era uno de los más caros de Londres. Cocina francesa, visillos en las ventanas para evitar miradas indiscretas, camareros con librea, carta sin precios, porcelana de Sèvres y cristalería de Baccarat. Me condujeron a través de un pasillo cubierto por una mullida alfombra hasta un salón privado. Me sirvieron unos canapés mientras esperaba. Me comí uno de cada color y me bebí tres copas de champán francés. Ya me sobraban dos cuando llegó Olvido.

- Está claro que quieres impresionarme -la saludé.

- Lo que quiero es compensarte. Siento que apenas estoy por ti.

- Bueno, tienes tu trabajo... Yo lo entiendo.

Le entregó el abrigo a un camarero y se sentó a la mesa mientras otro le arrimaba una silla. Abrió la carta de cócteles, la miró con despreocupación, eligió por las dos, sonrió al camarero y lanzó un largo suspiro de final de jornada.

- ¿Estás mejor? -preguntó como si entonces empezara lo realmente importante-. ¿Quieres que hablemos de Marcos?

- Hace una semana te habría dicho que sí, ya lo sabes.

Puso la mano sobre la mía.

- Estás aprendiendo, Abril.

- Ni siquiera he llorado -le expliqué- y no sé lo que significa.

- Que te ha hecho un favor -sentenció.

De pronto, lo vi tan claro como ella.

- Igual debería volver a casa -dije.

- ¡Ni se te ocurra! ¿Qué tienes que hacer allí? ¿Aguantar a las novias de tu padre?

Puse los ojos en blanco. El sintagma «novias de mi padre» me producía un cansancio terrible. Habíamos hablado de ello muchas veces, Olvido conocía el asunto tan bien como yo.

- De ninguna manera -continuó-. Tú te quedas aquí conmigo. Vamos a pasar un verano estupendo.

¿Verano? ¡Pero si estábamos en marzo! ¿Cuánto tiempo pensaba que iba a quedarme allí?

- Yo me siento muy feliz de tenerte conmigo, Abril. Aunque no te lo demuestre demasiado, haces que me sienta mejor. Me encanta saber que estás en casa y que voy a encontrarte a mi regreso. Me gustaría que te quedaras una buena temporada. ¿Quién te lo impide?

Por desgracia, nadie me lo impedía. Ni siquiera la facultad. Podía estudiar allí, en aquel oasis de blanca tranquilidad de casa de mi amiga, y presentarme a los exámenes cuando quisiera.

- Y si te sientes mal por estar aquí, podrías aprovechar para estudiar inglés -propuso-. Hoy día, sin el inglés no se va a ninguna parte.

Sabía que tenía razón. Y nada me apetecía más que quedarme en Londres. Mientras comenzaba a pensarlo llegó el *maître*. Olvido pidió la cena sin preguntarme, con la seguridad de quien conoce la carta al dedillo. No me pasó por alto que el *maître* se dirigía a ella por su nombre. Cuando ya había elegido todo el menú, incluido un vino alemán carísimo que, dijo, era su favorito, bajó la voz para preguntar:

- Supongo que esta noche esperan la visita de su clienta favorita, ¿verdad?

El *maître* sonrió incómodo.

- Para nosotros no hay clientas favoritas, señorita Rus. Y no estoy seguro de que haya una reserva a su nombre.

- Bueno, en caso de que la haya, ¿querrá usted informarle de que estoy aquí?
-preguntó Olvido, que seguía con su voz de enigma.

- Por supuesto, con sumo gusto, señorita Rus.

Cuando el hombre se retiró la interrogué:

- ¿Quieres encontrarte con alguien?

- No, no -movió la mano como espantando una mosca o un pensamiento inoportuno-, más bien quiero que ella me encuentre a mí. Éste es su restaurante favorito.

Antes de que Olvido me lo dijera, yo ya había adivinado a quién se refería.

- ¿Tu madre?

Puso los ojos en blanco.

- Me he enterado por un compañero de trabajo, ¿te lo puedes creer? ¡Ni siquiera me ha llamado! Se va a quedar con un palmo de narices cuando me vea aquí. Y más contigo.

Por mucho que Olvido quisiera fingir indiferencia, su madre seguía siendo una presencia perturbadora en su vida. Nada de lo que hacía en relación con ella era normal. Como aquella cena, por ejemplo.

- No pienses que estoy aquí sólo por mi madre -dijo adivinando mis pensamientos-. Quería traerte a un sitio realmente especial. Nos lo merecemos, ¿no crees?

- Pero yo no necesito nada de esto... -protesté.

- ¡Tonterías! ¿Quién no necesita de vez en cuando darse un lujo, si puede permitírselo?

- Para mí el lujo es estar contigo, Olvido. Si hubiéramos ido a una pizzería, habría sido lo mismo.

- ¡Huy, una pizzería! -Lo dijo como si fuera lo más extraño del mundo-. ¿Sabes cuánto hace que no piso ninguna? Desde que comencé la dieta. Hará... -calculó mentalmente- unos nueve meses, más o menos.

Se quedó pensativa y me pareció que estaba un poco pálida. Pensé que era el cansancio o los nervios.

- ¿Y eso fue antes o después de hacerte vegetariana?

- Lo del vegetarianismo fue cosa de mi nutricionista. Pero le hago caso estrictamente

hace cosa de seis meses.

- Bueno, no pasa nada. Existen las pizzas vegetarianas.

- Quita, quita -apartó la idea sacudiendo la cabeza-, no me lleves por el mal camino.

Un camarero dejó sobre la mesa dos copas llenas con un líquido de color rojo intenso y una bandeja con seis pequeñas porciones de algo muy imaginativo y completamente irreconocible.

- Nuestras *delicatessen* de verduras de temporada -anunció como si se sintiera orgulloso.

Olvido sonrió.

- Prueba estas maravillas y verás como también tú te haces vegetariana, Abril.

Brindamos por nosotras con el combinado, que era excelente y estaba muy dulce y muy frío. Luego atacamos las sofisticadas verduras de la bandeja. Tenía razón Olvido: estaban deliciosas. Aunque no fui capaz de saber a qué sabían.

No había hecho más que tomar la segunda cuando Olvido amagó una arcada y se llevó la mano a la boca. Ahora estaba pálida como el papel.

- Disculpame, vuelvo en seguida -dijo levantándose.

- ¿Te acompaño? -pregunté.

Pero no me oyó. Salió a toda prisa hacia el baño, dejándome a solas con las delicias de verduras de temporada mientras me preguntaba qué estaba pasando allí. Olvido no había vuelto todavía cuando oí una voz familiar que se aproximaba por el pasillo alfombrado.

- Abril, querida, qué sorpresa -dijo con esa teatralidad habitual que no me era desconocida.

Cornelia Rus llegaba escoltada por el *maître*, que acababa de anunciarle que su hija se encontraba también en el restaurante. Echó un vistazo a la silla vacía y me miró.

- Olvido está en el servicio -expliqué-. Yo he venido a pasar unos días con ella.

- Bárbaro, querida, eso es bárbaro -opinó Cornelia-. Qué elegante estás. Ya veo que con los años has mejorado tu estilo. No te habría reconocido en otra parte.

Los cumplidos de Cornelia Rus eran tan peculiares como ella misma. Por supuesto, no le dije que la ropa que llevaba era de Olvido y que mi estilo continuaba siendo tan deplorable como siempre.

- Usted, sin embargo, está tan radiante como de costumbre -respondí evitando el tuteo, que ella no perdonaba.

Desde el pasillo, Olvido se acercaba tan pálida como se había marchado. A pesar de eso, tuvo fuerzas para esbozar una mueca que quería ser una sonrisa y fingir alegría en el saludo:

- Cornelia, qué sorpresa. ¿Desde cuándo estás en Londres?

- Desde hoy mismo, hija. Pensaba llamarte, pero he perdido el teléfono. ¿Lo puedes creer?

«Menuda excusa idiota», pensé. Creo que Olvido tuvo la misma ocurrencia, porque me dirigió una mirada cargada de intención.

- ¿Y a ti qué te pasa, hija? Estás muy blanca. -Le puso la mano en la frente interpretando el papel de madre perfecta que se preocupa por su hija. Un papel en el que, por cierto, resultaba increíblemente convincente-. ¡Estás sudando! ¿Vienes del baño? ¿No habrás vomitado?

- Estoy muy bien, Cornelia -replicó Olvido, adusta.

- Échame el aliento -dijo Cornelia dejándonos a todos estupefactos, incluido al *maître*.

- Déjalo, no es nada.

- Échame el aliento. Vamos.

Olvido obedeció con cara de fastidio.

- ¡Lo que me figuraba! Has vomitado. -Cornelia frunció los labios en un rictus de disgusto-. Tu problema es que no te alimentas bien, hija. ¿Sigues empeñada en esa tontería de no comer carne? ¿Tú has visto lo delgada que estás? ¿Te has hecho análisis últimamente?

- Estoy bien.

Entonces Cornelia cogió una silla de un rincón y se sentó a nuestra mesa al mismo tiempo que preguntaba:

- ¿Puedo?

Olvido y yo nos quedamos de pie, viendo cómo elegía una de nuestras delicias de verduras de temporada. Un camarero llegó a toda prisa, con un servicio de mesa completo que colocó frente a ella.

- Cornelia, es una cena de amigas... -protestó Olvido.

- Ah, sólo estaré un momento, no os preocupéis. Además, podéis continuar con vuestra conversación. Por mí no dejéis de hacerlo.

Volvimos a sentarnos. A mí todo aquello me divertía, pero Olvido parecía muy incómoda. Y seguía sudando, como su madre había percibido. Cornelia masticaba con fruición y se la veía muy cómoda en su papel de asaltamesas.

- ¿En serio no lleva carne? ¡Pero si sabe a pollo! -exclamó maravillada. De pronto se volvió hacia mí y me preguntó:- ¿Y tú qué tal estás, Abril? ¿Y tu padre?

- Bien. Entretenido en conquistar jovencitas -dije.

- Ah, estos hombres -suspiró Cornelia muy conocedora de la cuestión-, todo el tiempo reafirmandose. ¿Ya no sale con aquella chica tan mona...? ¿Cómo se llamaba?

- Miranda -aclaré. Ella asintió mientras tomaba otra delicia de verduras-. No, lo dejaron hace ya varios años. Papá siempre fue un espíritu libre. Ahora tiene una novia de veinte años. Se llama Mónica.

- ¿Veinte? -Cruzó las manos sobre la mesa dejando bien visibles sus largas uñas de manicura perfecta, el brillante en forma de corazón que adornaba su anular y su Bulgari de oro rosa-. Qué ambicioso es tu padre. Bueno, mientras las elija tan jóvenes puedes estar segura de que no le durarán mucho.

Suspiré antes de continuar.

- No creo que sea así esta vez -dije-. Mónica está embarazada.

Cornelia abrió mucho los ojos.

- Vaya -levantó las finísimas cejas-... así que vas a tener un hermano.

- Hermana. Es niña -intervino Olvido para demostrar lo bien que conocía la historia.

- Hermanastra -apostillé.

- Ya veo que tu padre no se aburre -susurró antes de cambiar de tema-. ¿Y el trabajo? ¿Tú también trabajas en la tele?

- Mi carrera de actriz nunca empezó. Estoy estudiando pedagogía.

Frunció el entrecejo con desdén, como si estudiar pedagogía fuera de una vulgaridad imperdonable.

- Has hecho muy bien -zanjó-. Este trabajo nuestro es muy sacrificado. No todo el mundo sirve -pensó en voz alta.

- Ni a todo el mundo le gusta soportar a actores y a actrices todo el día, con lo presumidos que somos -me defendió Olvido.

Cornelia iba a decir algo, pero calló. Fue Olvido la que tomó la palabra.

- ¿Vas a quedarte mucho? -le preguntó a su madre.

- Sólo hasta mañana. El jueves tengo que estar en París para el homenaje que me han organizado en la Comédie Française. La verdad es que me ilusiona... -Se quedó pensativa un momento-. Quedamos ya tan pocos actores y actrices que hayamos consagrado la vida entera al teatro... El auténtico arte ya no tiene valor para nadie.

Olvido sentía aquellas palabras como una puya. Por eso se defendió.

- El arte verdadero puede estar también en el cine, Cornelia, o en la televisión.

- Ay, hijita, ya hemos hablado muchas veces de eso. Ya conoces mi opinión.

- ¿No ve usted *The Cloisters*? -intervine-. Los críticos dicen que es de las mejores series que se han estrenado jamás. Se rumorea que le van a dar varios Baftas. Y Olvido podría llevarse uno.

Cornelia arqueó las cejas, como si no creyera lo que estaba oyendo. ¿Baftas? ¿Realmente algo de lo que emitía la televisión merecería algún reconocimiento, por pequeño que fuera?

- Ay, no, querida. Olvido lo sabe. Yo no tengo televisor. Me duele decirlo, pero no la he visto actuar en esa serie. Ni siquiera sé de qué trata.

- Pues es una lástima, porque le gustaría mucho. Se sentiría orgullosa de su hija.

Olvido me miraba con cara de perplejidad y de agradecimiento. Aunque, como siempre que la conversación se adentraba por terrenos desagradables para ella, atajó con rapidez:

- Ya sabes que si necesitas alojarte en casa, Rose puede prepararte una habitación -dijo con la frialdad con que habría invitado a una desconocida.

- Muchas gracias, hija -respondió Cornelia secándose los labios con una servilleta mientras sus pulseras tintineaban-, pero ya sabes que prefiero la libertad de los hoteles.

Dicho esto, se levantó, se despidió de mí con dos besos en las mejillas y un muy afectado «Me alegro tanto de verte tan bien, querida». Luego abrazó a Olvido y desapareció

por el pasillo alfombrado, rumbo al salón privado donde la esperaba su cohorte de acompañantes, que ya debía de estar preguntándose qué había sido de ella.

En cuanto nos quedamos a solas, miré a mi amiga con preocupación.

- ¿Estás bien? -le pregunté.

- Un poco mareada. No tengo nada de hambre. ¿Te importa si nos vamos?

Olvido pagó la cuenta como si nos hubiéramos terminado la cena. El aparcacoches del restaurante le dejó en la puerta un Lamborghini amarillo. Condujo hasta casa en un silencio absoluto. Al llegar, fue directa al baño. Me pareció que volvía a vomitar.

Cuando salió se había quitado el maquillaje y llevaba unas mallas negras, calcetines y un suéter grueso de lana que le llegaba por debajo de las rodillas. Yo estaba junto a la puerta de su dormitorio y no me había quitado ni los zapatos.

- No me moveré de aquí hasta que me digas qué te pasa -amenacé muy seria.

Me miró con un brillo raro en los ojos. De pánico, de desconcierto, de tristeza, no sé.

- Creo que estoy embarazada -susurró.

Nos miramos un buen rato, sin pronunciar palabra, pensando en las consecuencias que tendría aquella noticia, en cuál era ahora la siguiente jugada.

- Ni se te ocurra preguntarme quién es el padre -dijo Olvido antes de agarrar mi mano con fuerza y decir-: Por favor, Abril, quédate conmigo.

* * *

Por supuesto, me quedé en Londres. Le pedí a mi padre dinero para matricularme en una academia de inglés, donde a razón de cinco horas al día comencé a perderle el miedo al idioma de Shakespeare. También aguardé a que Olvido decidiera que había llegado el momento de necesitarme. Por el momento, su vida parecía la misma que había encontrado al llegar: los madrugadores rodajes diarios, las reuniones de trabajo diarias, los compromisos sociales diarios. La diferencia estaba de puertas adentro.

Durante aquellas pocas semanas que siguieron al anuncio de su embarazo, pasamos más tiempo juntas, sobre todo por las noches y los fines de semana. Vimos películas en el gigantesco televisor que presidía su salón, salimos varias veces de compras -siempre escoltadas por el bueno de Guillermo-, fuimos al teatro y hasta dimos paseos domingueros

por Hyde Park. Era como si de pronto Olvido hubiera renunciado a la vida social para volver a ser una persona normal, y su estado de ánimo y yo fuéramos la excusa perfecta para ello.

Del embarazo no se hablaba. No directamente, por lo menos. Hasta que un domingo, al volver de nuestro paseo, me informó:

- Hemos terminado el rodaje de la tercera temporada. Mañana por la noche hay una fiesta para celebrarlo. Nos dan dos semanas de vacaciones antes de volver a comenzar.

¡Dos semanas de vacaciones! ¡Dos semanas juntas! Aquello era estupendo.

- ¡Genial! ¿A qué hora es la fiesta? -pregunté, porque las fiestas de Olvido ya eran como una droga para mí.

- No creo que pueda ir, Abril. Mañana a las once van a practicarme un aborto -soltó a bocajarro-. Tengo hora en una clínica privada, buena y discreta. ¿Te importaría acompañarme?

Aquel mismo día supe que Olvido había urdido un plan que no dejaba ni un solo cabo suelto. Había despedido a Guillermo después de pagarle una generosa indemnización. «De todos modos, no estaba del todo satisfecha con su trabajo», se justificó, y le había dado vacaciones a Rose.

- La noticia no puede filtrarse a la prensa bajo ningún concepto -remarcó, muy seria, antes de añadir, mirándome a los ojos con fijeza-: Abril, ¿verdad que puedo confiar en ti?

- ¿Realmente necesitas que te responda? -pregunté.

- Claro que no, boba. Eres la única persona en todo el mundo de quien nunca podría desconfiar.

Una auténtica declaración de intenciones, a la que di tanta importancia como tenía.

* * *

Hay días que no deberían figurar en el calendario.

Olvido tenía una taza de té en la mano. La soltó para arrancar una página de su agenda. No le dije nada del té, pese a que las dos sabíamos que debía estar en ayunas.

Ella misma condujo hasta la clínica. Hasta ese día no había reparado en lo prácticos

que resultan los cristales ahumados. Sobre todo cuando tienes interés en esconderte del mundo. Olvido aparcó el Lamborghini en la plaza número dieciséis del aparcamiento privado de la clínica. La trece estaba mucho más cerca del ascensor, pero hizo como que no la veía. Subimos hasta la quinta planta, por donde accedimos directamente a la zona de quirófanos. Sólo entonces se quitó las gafas de sol. Unas enormes ojeras enmarcaban su mirada. Más que una clínica, aquel lugar parecía un hotel de lujo. No quería ni pensar en lo que debía de costar.

Nos despedimos con un abrazo más largo de lo normal. Le susurré al oído: «Todo irá bien» y ella se limitó a decir:

- Claro.

Al cabo de quince minutos me informaron de que Olvido estaba ya en la sala de observación. Una hora y media más tarde salíamos de la clínica. Directas a casa, casi sin mediar palabra. Se encerró en su habitación y no salió hasta el día siguiente.

A la hora del desayuno estaba como nueva. Se había maquillado, las ojeras eran menos pronunciadas y había recuperado su sonrisa. Se quedó mirándome fijamente, frente a dos tazas de café con leche, y susurró:

- Muchas gracias, Abril. No sé cómo habría pasado esto sin ti.

La abracé para darle ánimos. Hay veces en que las palabras están de más. Sólo al separarnos la miré de nuevo a los ojos y murmuré:

- Tú también lo habrías hecho por mí.

Noté una especie de vacilación en su mirada, un temblor en sus labios. Sonrió.

- Por supuesto -dijo.

Me pareció frágil, vulnerable. Una mujer como cualquier otra, pero cargada de miedos e incertidumbres.

- Nadie ha hecho tanto por mí como tú, Abril -añadió de pronto-. ¡Si hasta estudiaste teatro porque yo te lo pedí!

- ¿Sabes que no me arrepiento de haberlo hecho? Fue una etapa estupenda, ¿no crees? Si volviera a vivirla, no cambiaría nada. ¿Tú sí?

Se quedó pensativa.

- ¿Tú crees que puede cambiarse el pasado? -preguntó entornando los ojos.

- No, claro que no -repuse.

- Pues yo no estoy tan segura -opinó enigmática-. Hay cosas que he hecho de las que no estoy orgullosa. Tal vez aún estoy a tiempo.

Pronunció estas palabras tan bajito que me sonaron a secreto. Tal vez un secreto consigo misma, ya que no parecía hablar conmigo. Me habría gustado preguntarle qué quería decir, pero no lo hice. Cuando dejara de jugar a los misterios, ya me lo comunicaría.

Durante aquellos días en que permanecimos encerradas en casa, mientras ella se recuperaba, tuvimos algún encontronazo con la prensa del corazón, pero Olvido lo atajó con mano de experta. Como el día en que sonó el teléfono fijo. Olvido contestó y casi de inmediato frunció el entrecejo al escuchar lo que alguien tenía que decirle al otro lado. Impostó la voz para hablar. Aunque lo hizo en inglés, me pareció entender bastante bien lo que decía, tal vez porque forzaba el acento de una española que se esfuerza por hablar inglés y no le sale muy bien. Pura interpretación:

- Lo siento, pero Olvido Rus no está en casa en este momento -dijo con una naturalidad pasmosa-. Yo soy Abril, una amiga española. Vine a Londres para hacerme una liposucción y Olvido me acompañó. Seguramente nos viste cuando salíamos de la clínica. No hay ningún misterio. Y, por supuesto, eso del aborto es totalmente falso. -Escuchó, aún con el entrecejo fruncido y añadió-: Mi apellido es Manrubia. Olvido y yo nos conocimos en el colegio y actualmente vivo en Madrid. ¿Con estos datos tienes suficiente para tu artículo? Bien, entonces no tenemos nada más que hablar, buenos días. -Y colgó, aún con el entrecejo fruncido.

Me quedé estupefacta. ¡Se había hecho pasar por mí! ¡Y había proporcionado datos míos a aquel periodista!

- No te molestarán, sólo van a por mí -dijo tan campante. Como yo la miraba ojiplática, se vio en la obligación de preguntar-: ¿Te importa que lo haya hecho? Vamos, no te enfades, acabas de salvarme la vida otra vez. Nos vieron salir juntas de la clínica, ¡qué iba a decir!

Era difícil enfadarse con Olvido. De modo que sonreí y olvidé lo sucedido.

Hubo pocas confidencias durante aquellos días, muchas menos de las que habría cabido esperar de una situación como aquella. Sólo un día, mientras tomábamos el tibio sol londinense en la terraza, mi amiga me preguntó:

- ¿No tienes curiosidad por saber de quién era?

- ¿Qué?

- Mi hijo. ¿No quieres saber quién era el padre?

- Como prefieras, Olvido. Lo único importante para mí eres tú.

Sonrió con tristeza. Me agarró la mano, la estrechó.

- He dejado de ver a Armando -fue todo lo que dijo.

- Me alegro. Era demasiado mayor para ti -dije, imitándola en su modo desenfadado de quitarle importancia a todo lo que tuviera que ver con los hombres.

Me bastaba con ver su cara para saber que este asunto tenía más importancia de lo que ella confesaba. La conocía demasiado bien. Del mismo modo que sabía que su seguridad era sólo fachada. Que por dentro, no podía dejar de pensar en lo que había hecho. Y tal vez en Armando.

- Yo nunca sería una buena madre -susurró-. Soy demasiado egoísta. Las personas como yo deberíamos tener prohibido tener hijos, ¿no crees?

No contesté.

No solía estar de acuerdo con las descripciones que mi amiga hacía de sí misma.

* * *

Así que me quedé en Londres bastante tiempo más. Hasta que terminó mi curso de inglés. Y hasta que Olvido estuvo completamente recuperada.

La última noche le preparé una velada especial.

- Hoy invito yo -le dije-. Iremos a una pizzería. Especialidad en pizzas vegetarianas. No admito un no por respuesta.

Olvido sonrió.

- No pensaba negarme -dijo.

La pizzería se llamaba Pisa Tower y estaba muy cerca del mercado de Camdem Town. El chófer de piel aceitunada nos llevó hasta allí, pero Olvido le pidió que nos dejara en la esquina, «Porque nadie llega a una pizzería en un coche privado conducido por un chófer», dijo.

- ¿A qué hora quiere que las recoja, señorita? -preguntó el hombre.

- No se preocupe por nosotras -repuso mi amiga-. Volveremos dando un paseo.

Aquella respuesta me gustó. Me pareció el mejor plan posible para mi despedida londinense. Mi avión salía al día siguiente antes del mediodía. En Madrid me esperaba una hermanastra por nacer y un montón de exámenes. Aquella noche era, claramente, el final de una etapa. O tal vez de una parte de mi vida.

Las confianzas entre Olvido y yo comenzaron con la primera copa de lambrusco.

- No sé qué voy a hacer sin ti, Abril -dijo con los ojos húmedos.

Noté un nudo en la garganta.

- Yo también te voy a echar de menos. Es fácil acostumbrarse a todas las cosas estupendas que hay en tu vida. En especial -bajé un poco la voz-, el culo de Stephen.

Olvido se acercó a mí y habló en susurros:

- He encontrado otro mejor.

- ¡No!

- ¡Sí!

- ¿Lo conozco?

- ¡Todo el mundo lo conoce! Es...

Pronunció un nombre que me sonaba vagamente, pero que no supe asociar a ningún rostro en concreto. Lo único que me quedaba claro era que se trataba de uno de sus colegas, y uno de los actores más famosos de la BBC. Puse cara de muy impresionada.

- ¿Sales con él?

- Me lo tiro. De momento. -Puso los ojos en blanco-. Pero con éste no me importaría salir. O algo más.

- ¿Algo más? ¿A qué te refieres?

- A cualquier cosa. Incluso casarme. -Debí de poner cara de muy asustada, porque mi amiga añadió-: Bueno, algún día tendré que hacer lo mismo que el resto de la humanidad, ¿no crees? No voy a estar toda mi vida de cama en cama.

- ¿Te ha propuesto algo?

- No. Pero está un poco raro últimamente. Creo que no va a tardar en hacerlo.

Mi amiga no dejaba de maravillarme.

- ¿Cuánto hace que os acostáis juntos? -quise saber.

- Tres días. Sólo nos hemos acostado una vez.

- ¿Y cómo puedes decir con esa seguridad que...?

- Lo sé. Estas cosas se saben.

- ¿Qué cosas?

Suspiró, como si aquella reflexión le costara un horror. O como si le fastidiara hablar de amor como al resto de los mortales.

- ¿El amor verdadero? -preguntó-, ¿no fuiste tú quien me hablaste de las cosas que se saben aunque no se digan? ¡No pienso dejarlo escapar! Cuando algo se ve tan claro, hay que apostar por ello. Vamos teniendo edad de sentar la cabeza.

Asentí. Pensé que Olvido estaba madurando. Las dos, de hecho, sufríamos ese irremediable mal del paso del tiempo. Había llegado la hora de tomarse la vida en serio. La hora de la verdad.

- Tienes razón. Yo lo hice una vez, y aún me arrepiento -confesé.

- ¿Qué hiciste?

- Dejar escapar al amor de mi vida. No pasa un solo día sin que me pregunte qué habrá sido de él, dónde estará, cómo le irán las cosas. Sin que me haga planes de escribirle, llamarlo. Es absurdo, lo sé.

Abrió unos ojos sorprendidos.

- ¿Y por qué no lo haces? ¿Por qué no lo escribes?

- Al principio, por despecho. Luego, por resentimiento. Ahora, porque me da miedo hacer el ridículo.

En ese momento llegaron las pizzas. Una especial vegetal y una *prosciutto*. Olvido arqueó las cejas y lanzó un suspiro.

- ¡No me puedo creer que vaya a hacer esto! -exclamó mirando la comida.

- ¡No es tan grave, mujer! Mañana te habrás olvidado. Come.

- Mañana haré horas extras en el gimnasio. ¿Cuánto se tarda en quemar una montaña de calorías como ésta?

Más risas, más vino, más confidencias. Después del primer bocado a su pizza vegetariana, frunció el entrecejo y titubeó un poco antes de preguntar:

- ¿Estabas hablando de Lawrence?

Chica lista. No tenía ninguna duda de que no tardaría en adivinarlo.

- Sí.

- Entonces, ¿aún piensas en él?

No respondí al instante. La miré como si acabara de llegar de unos cuantos años de distancia. Una de esas miradas que significa: «Mejor no te respondo».

- Peor. Creo que sigo enamorada de él.

- ¿Qué?

Reaccionó como si acabara de confesarle que había robado un banco. Una pareja que cenaba en la mesa de al lado se volvió para mirarnos al mismo tiempo. Bajé la voz para continuar.

- O de su fantasma, ya no lo sé. Puede haber cambiado mucho en este tiempo.

- Pero Abril, ¿tú sabes lo que estás diciendo?

- Demasiado bien.

- ¿Sigues enamorada de un tío al que dejaste hace...? ¡No quiero ni pensarlo!

- Me temo que sí. No me había dado cuenta hasta que corté con Marcos.

- ¿Y qué haces ahí parada? ¿Por qué no averiguas dónde está, qué ha sido de él? Igual él también sigue pensando en ti.

- No lo creo. Además, me da miedo saberlo.

- No sabía que fueras tan cobarde.

- Es difícil ser tan valiente como tú, Olvido.

- Yo no soy valiente. Sólo soy una inconsciente. Tú eres la lista de las dos, ¿no te acuerdas? Demuéstralo.

- ¿Y qué quieres que haga?

- Buscarle.

- ¿Ahora? ¿Y por dónde empiezo?

- Por cualquier parte. Pregunta por él. Hazte con su teléfono. Escribe su nombre en un buscador de Internet. Seguro que no es tan difícil.

Hasta esa noche, siempre que pensaba en la posibilidad de volver a ver a Lawrence, sentía un cosquilleo en el estómago, pero de inmediato descartaba la idea. Por descabellada, por peligrosa. ¿Qué pasaría si le encontraba y no quería saber nada de mí? ¿O si le encontraba instalado en una vida perfecta junto a su mujer ideal y un par de hijos? Aquella noche, sin embargo, las palabras de Olvido crearon un espejismo: aquella locura tal vez era una posibilidad real. Un «ahora o nunca» que valía la pena asumir.

Olvido añadió dándome la razón:

- Si no lo intentas, nunca lo sabrás. Y Lawrence estaba muy enamorado de ti.

- ¿Tú crees?

Hizo una pausa dramática.

- No lo creo -dijo-. Lo sé.

Volvimos dando un paseo, bastante alegres por culpa de las dos botellas de lambrusco que nos habíamos bebido, riendo todo el rato. Cuando llegamos a casa era tardísimo; yo aún tenía que terminar de hacer la maleta y Olvido debía acostarse porque en pocas horas debía salir hacia el rodaje.

- Prométeme que pensarás en todo lo que hemos hablado y no te quedarás de brazos cruzados -me susurró al oído mientras me daba un abrazo largo y apretado.

- Te lo prometo -respondí al borde de las lágrimas.

- Te voy a echar mucho de menos.

- Y yo también.

Aquella noche dormí fatal. Estaba triste. Cuando me desperté por la mañana, cerré la maleta y miré un buen rato por la ventana. No tenía ganas de volver a Madrid, pero debía hacerlo. Aquélla no era mi vida, por muy a gusto que me sintiera en ella.

Salí a despedirme de Rose y a tomarme un café.

- ¿Le preparo unas tostadas o unos huevos revueltos? -preguntó la mujer.

- No, gracias. No tengo hambre. Ayer cené demasiado -repuse.

- Olvido ha dejado esto para usted. -Me mostró un sobre cerrado-. Ha pedido que lo abra camino del aeropuerto. Por cierto, acaba de llamar Paul. El coche estará aquí en veinte minutos.

Paul era el nuevo secretario de Olvido. Un galés de madre española, tan amable y profesional como Guillermo.

Guardé el sobre de Olvido en el pantalón de mis vaqueros, recogí mis cosas, cerré la maleta y bajé a la puerta a esperar mi coche. Siempre me han puesto nerviosa los viajes, soy incapaz de quedarme quieta.

Mientras Londres desfilaba tras la ventanilla y mi alma decía adiós a aquellos maravillosos meses de mi vida, rasgué el sobre. En el interior, una hoja de papel con la letra redonda de Olvido decía así:

Querida Abril:

Hace mucho tiempo que debí decirte esto, pero no me atreví. Al final, resulta que no soy tan valiente como tú crees. Temía perderte. Me avergonzaba de lo que había hecho. Aún me avergüenzo, en realidad. Ya sabes que las emociones no se me dan nada bien. Y esto que voy a decirte es, sobre todo, un asunto de emociones.

Lawrence me gustaba. Me gustó siempre, a pesar de que nunca lo reconocí. No podía soportar que te hubiera elegido a ti, que me rechazara. Me insinué varias veces, me ofrecí sin ningún pudor, pero nunca quiso nada de mí, y me lo hizo ver con aquel encanto personal que desbordaba, diciéndome que te quería a ti. De modo que decidí hacer algo para separaros. No podía soportar veros juntos y felices.

Le delaté al director de la academia. Os delaté. Exageré un poco las cosas: dije que eras mala alumna y que te habías acercado a tu profesor por interés, que te acostabas con él y que salíais juntos. Sabía que el director no iba a tardar en amonestarlos, aunque no pensaba que las consecuencias serían tan graves, sobre todo para ti. Estaba celosa, pero nunca quise hacerte daño, Abril. Te lo prometo.

No me siento orgullosa de lo que hice. Con el tiempo, sé que Lawrence no significaba nada para mí, salvo un capricho absurdo que en su momento no supe comprender. Sé que lo quisiste mucho y que fuiste correspondida. Creo que es una historia excepcional y que haces bien en querer luchar por ella. He decidido ayudarte. Lo he pensado mucho y creo que puedo hacerlo. Será mi modo de compensarte por lo que te hice. De intentar que las cosas vuelvan a ser como antes y de ganarme tu perdón.

En realidad, esta carta podría resumirse en una sola palabra: Perdóname. Fui una

egoísta y una idiota. Pero te quiero, como siempre.

OLVIDO

Lloré mucho después de leer la carta de Olvido. Por supuesto, no la odié. Nada del mundo podía conseguir tal cosa, ni siquiera la confesión de aquella traición antigua. Le di muchas vueltas durante los días que siguieron. No pude llegar a ninguna conclusión.

Una semana después, vi en las noticias que Olvido recibía, muy emocionada y guapísima, su primer Bafta. En la alfombra roja de entrada al teatro donde se celebró la ceremonia, se dejó fotografiar en compañía del famosísimo -y muy atractivo- actor de la BBC. La presentadora se refería a él como «su novio» (aunque muy pronto sería su marido. El primero). Me alegré mucho por ella. Por los dos. Pero no encontré el momento de llamarla para darle la enhorabuena.

De: Abril Manrubia

Para: Secretario de Olvido Rus

Asunto: Angustia

Señor A:

Me estaba duchando cuando he oído que pronunciaban el nombre de Olvido en la tele. No le he prestado atención, creía que seguían hablando de la fiesta del príncipe Harry. Incluso me ha dado tiempo a pensar: «Qué pesados son estos periodistas; ¿no tienen más estupideces de las que ocuparse?». Pero acto seguido me ha llamado mi padre. Hacía mil años que no hablaba con él. «¿Te has enterado de lo de Olvido?», ha preguntado. «¿De qué?» «Ha tenido un accidente. En la tele han dicho que está muy grave.» He corrido al televisor, he buscado uno de esos canales de noticias y me he sentado a esperar a que repitieran lo que mi corazón no quería saber.

Así es como me he enterado de lo ocurrido. Las palabras a veces te matan de dolor, o de miedo. Traumatismo craneoencefálico, estado de coma, operación a vida o muerte, quemaduras, rodaje suspendido, compañeros consternados. Dios, qué habrá de verdad y de mentira en todo esto, ha sido la primera pregunta que ha acudido a mi mente.

Por favor, señor A., imagino que estará muy ocupado en estos momentos, pero

escribame sólo unas líneas que me permitan saber la verdad. ¿Olvido corre riesgo de morir, o de quedar para siempre en una silla de ruedas, como han dicho en el informativo? No tengo otra fuente fiable a la que dirigirme. Podría llamar a Cornelia, pero no creo que ella sepa más que usted. Cada nueva noticia que oigo agrava mi angustia.

Suya,

Abril

De: Secretario de Olvido Rus

Para: Abril Manrubia

Asunto: Sí

Estimada Abril:

Por desgracia, es verdad. El accidente ha sido muy grave, y en estos momentos, los médicos luchan por la vida de la señora Rus. En cuanto conozca más detalles, se los haré saber. Salgo en estos momentos hacia el aeropuerto, donde tomaré un vuelo a Christchurch, el único que he encontrado. Me llevo sus cartas, en la esperanza de que ella se encuentre en condiciones de leerlas. Pienso que le hará bien recordar el cariño que existió entre ustedes y el interés que usted demuestra en renovarlo. Volveré a dar noticias en cuanto me sea posible, lo prometo.

Un abrazo

A.

* * *

De: Abril Manrubia

Para: Secretario de Olvido Rus

Asunto: Me estoy volviendo loca

Querido señor A.:

Sé que debe de estar volando hacia Nueva Zelanda en estos momentos, con el corazón en vilo, tal vez sin acceso al correo electrónico. A pesar de todo, deseo escribirle para decirle que no está solo. Yo pienso en usted todo el tiempo. En usted, con mis cartas en su maleta y en Olvido luchando contra la vida y la muerte. Debo confesarle que esta imagen se me hace casi insoportable. No quiero imaginar a otra Olvido, sino a la que conozco. Ella no soportaría otro tipo de vida. No soportaría depender de nadie. Es demasiado orgullosa, demasiado diva, demasiado extraordinaria para eso. Usted lo sabe tan bien como yo, y seguro que también lo piensa. También se angustia.

Debe saber que aquí, en el país de Olvido, la televisión no para de hablar de ella. Las informaciones son contradictorias, porque todas las cadenas están enzarzadas en esa lucha inmoral por ser los primeros en informar. Ayer, en una tertulia en televisión, alguien dijo que había muerto, sospecho que sólo por conseguir más cuota de audiencia. Luego se disculpó, dijo que había entendido mal el informe médico. Menos mal que yo no lo estaba viendo en ese momento.

He visto unas imágenes de la clínica donde parece que está ingresada. En Nelson, si no he entendido mal. Apostados junto a la entrada, esperando una noticia buena o mala, hay un rebaño de fotógrafos y periodistas. Me ha horrorizado verlos ahí, aguardando su ración de vida de los demás, para hacer con ella cualquier cosa. Qué sabrán ellos lo doloroso que resulta para algunos todo esto.

Lo que he oído es más o menos así: Olvido rechazó utilizar un doble en la escena más arriesgada de la película. Cayó por un barranco desde una altura de no sé cuántos metros (le aseguro que no he querido escucharlo) y sufrió en el momento una fractura de cráneo, de uno de los dos fémures y de un brazo. Algunos hablan de otras lesiones. Dicen que rodó por una ladera y que sufrió quemaduras de tercer grado. No especifican en qué parte del cuerpo, ni de qué extensión. Otros mencionan pérdida del bazo, ceguera transitoria y no sé cuántas cosas más. He visto la sima desde la que cayó, el lugar del aterrizaje y el atrezzo chamuscado. He oído hablar, en un inglés casi incomprensible, al conductor de la ambulancia que la llevó, muerto de tristeza por «el accidente mortal de una de las mejores actrices de nuestro tiempo». Han salido fans encendiendo velas por su recuperación en Londres, en Nueva York, en Madrid. Ha aparecido su primer marido, el segundo, el tercero, todos muy consternados por la triste noticia. Alguno hablaba en pasado, como si Olvido ya hubiera muerto. También han salido directores y compañeros de reparto, y hasta ¡el mismísimo príncipe Harry, deseándole una pronta recuperación!

Ha sido todo un poco raro; ver a toda esa gente famosa hablando de la persona por quien tengo el corazón en vilo. Usted no puede sentirlo así porque ya está acostumbrado a todo esto, pero le aseguro que yo me siento como si viviera una pesadilla. ¿Y sabe qué es lo peor de todo? Que mientras toda esa gente habla de su tristeza ante las cámaras, yo no hago más que pensar: ¿Quién estará junto a Olvido en la clínica megalujosa de Nelson donde se

encuentra ingresada? ¿Quién le tomará la mano mientras despierta? ¿A quién verá cuando abra los ojos?

A usted, señor A., está claro. La única persona del mundo que la admira cuando la ve sin maquillaje. Nada más saber la respuesta con tanta claridad, he corrido a escribirle. Sólo quería desearle buen viaje. Dígale a Olvido que la quiero. Y a usted también un poquito, por lo que está haciendo.

Abril

Las tres semanas de exámenes a que debí enfrentarme al volver de Londres fueron una tortura y al mismo tiempo una liberación. Pude permitirme el lujo de no pensar. Me mantuve obstinadamente fiel a una rutina que me impuse nada más retomar mi vida: era mi modo de no prestar atención a lo que estaba ocurriendo.

Sin lugar al que volver, pensé que instalarme en casa de mi padre podría ser una solución. Me equivoqué. Tuve que dormir en mi antigua habitación, a la que no había vuelto desde los veinte años. Me pareció que la cama había menguado y que los armarios eran ahora más pequeños. Me sentía fatal en aquel lugar. De pronto, mi vida no cabía en el que había sido mi cuarto. Necesitaba un sitio nuevo, sólo para mí. Un sitio mío.

Me enteré por casualidad de que pensaban instalar allí la habitación del bebé. Ya habían comprado la pintura de las paredes -de color melocotón- y una absurda cenefa adhesiva decorada con ositos de peluche. Mónica suspiraba cada vez que miraba estas cosas, amontonadas en el cuarto de baño. Mi padre sonreía con muy poca naturalidad mientras decía:

- No te preocupes por nosotros, Abril. El bebé puede esperar si es necesario. Lo importante ahora es que apruebes tus exámenes y comiences a organizar de verdad tu vida.

Según la fingida amabilidad paterna, «organizar mi vida» significaba en realidad largarme de allí, dejar de interponerme en los planes de su nueva familia feliz, con bebé incluido. Aquellas palabras también dejaban bien clara la poca consideración que tenía hacia lo que había hecho hasta aquel momento. Para mi padre, mi vida era como un cuarto lleno de trastos. Había que poner orden de una vez. Lo único que había hecho hasta aquel momento era una soberana y total pérdida de tiempo.

Un día, al ir a entrar en mi cuarto, Mónica me salió al paso con una caja de cartón en las manos y su sonrisa hipócrita pintada en la cara.

- Te dejo esto aquí -dijo con un tono de voz melifluido que daba ganas de asesinarla-. Tal vez quieras aprovechar algún descanso para clasificar estas cosas. Estoy segura de que querrás conservar algunas.

Estaban haciendo limpieza de armarios. Iban a comprar muebles nuevos para el bebé y todo lo antiguo estorbaba.

Le hice caso a mi madrastra de veinte años. Me bastó con media caja para meter las cosas que quería salvar. El resto las arrojé a la basura. Por mí, toda mi vida en aquella

habitación podía irse al contenedor. Las fotos las guardé en una carpeta. Me deshice de dos bolsas llenas de peluches polvorientos.

Algunos días, la novia de mi padre llamaba a la puerta y me preguntaba si quería almorzar con ella, pero yo prefería llevarme un triste sándwich a mi habitación. Sentía que no era sincera, y tampoco era difícil de entender que lo fuese porque yo no se lo ponía fácil. Su prominente barriga ocupaba todo mi campo de visión, y ella se la acariciaba sin parar sólo por fastidiarme (o tal vez no era por eso, pero me fastidiaba de todas maneras). Me quedaba bien claro cuál era mi papel allí. Ni siquiera el de invitada. Era una intrusa en mi propia casa.

El día que salía a toda prisa a hacer el examen de pedagogía social, tropecé en el pasillo con varias tablas y dos trozos de barandilla de madera.

- ¿Te acuerdas? -preguntó mi padre señalando aquellos despojos-. Es tu cuna.

- Ya, sí -repuse, aunque no me había dado cuenta.

- Eras tan llorona que por las noches mamá sacaba la pierna por debajo de las sábanas y te mecía. Si dejaba de hacerlo un solo minuto, te ponías a berrear.

Me pareció un poco tarde para conocer esta historia, que me hizo sentir unas enormes ganas de llorar, como cuando era bebé. Creo que fue ese día cuando decidí marcharme. Era absurdo seguir allí, esperando no sabía qué. Había que tomar decisiones adultas, por difíciles que fueran. Me sentía como si fuera a saltar al vacío y sin paracaídas.

Cuarenta y ocho horas después, al salir del examen de orientación profesional -el último-, comencé a valorar en serio mis opciones. Descarté seguir estudiando. Por primera vez, había que decantarse por lo práctico. No tenía dinero para un alquiler ni quería pedírselo a mi padre. Podría haberle pedido ayuda a Olvido, pero aquella carta que leí camino del aeropuerto me había quitado las ganas de hablar con ella, y presentía que así iba a seguir siendo durante una larga temporada.

De modo que me fui hasta el tablón de anuncios de la facultad para buscar algún piso compartido, lo más lejos posible de mi vieja casa. Había varios. Anoté media docena de números y llamé al primero de ellos:

Estudiante argentino alquila habitación con baño y derecho a cocina en el barrio de Chueca. Económico. Bien comunicado. Buen ambiente (todos estudiantes).

- Lo siento, esta mañana alquilé la habitación -me dijo en un tono que sonó compungido de verdad.

Probé con el segundo. Nadie respondió. El tercero se anunciaba como «piso de chicos», pero decidí probar suerte por si acaso. Me dijeron que no admitían mujeres.

- ¿Y eso por qué? ¿Qué tenéis en contra de las mujeres? -pregunté.

- Uh, cariño, en realidad, nada -dijo una voz cantarina y amanerada al otro lado-. Pero cada mujer de más es un hombretón de menos, ¡y eso es lo malo!

Al colgar, de un humor de perros, me di cuenta de que tenía varias llamadas perdidas de Mónica, pero decidí no hacerle caso. No me apetecía hablar con nadie, y menos aún con ella.

Junto al tablón de anuncios estaba la bolsa de trabajo de la facultad. Nunca la había consultado y ni siquiera sabía qué tipo de oportunidades podía encontrar. Fue allí donde leí la convocatoria para una interinidad como educadora en un centro de menores de las afueras de Madrid. No era ningún chollo: tendría que pasar el verano trabajando por un sueldo de miseria, pero ofrecían alojamiento en el mismo internado y tres comidas al día. Ni me lo pensé. Antes de terminar de leer el anuncio, ya estaba llamando al teléfono que aparecía al pie para concertar una cita. Si hubiera llegado hasta el final, habría sabido que el trabajo daba derecho preferente para optar a una de las plazas que iban a sacar en septiembre, de cara al curso escolar ordinario.

Me convocaron para una entrevista al día siguiente y me dieron un número, el 46. Supuse que correspondía al total de aspirantes que optábamos al puesto. Intenté hacerlo lo mejor posible, pero no salí muy satisfecha.

Cuando llegué a casa encontré el piso en silencio y una nota sobre la mesa de la cocina:

No me encuentro bien. No os localizo,

ni a Abril ni a ti. Me voy al hospital.

Me llevé el papel porque estaban anotados el teléfono y la dirección del centro médico. Mónica era muy previsor, había que reconocerlo. Desde el taxi intenté hablar con mi padre, pero tenía el móvil apagado. Recordé que estaba en uno de sus viajes relámpago de trabajo y que a esas horas estaría en una de sus importantísimas reuniones, o tal vez en algún avión, de vuelta a casa. También Mónica tenía el teléfono fuera de combate.

Al llegar al hospital fui directamente al mostrador de admisiones y pregunté por ella. Mientras me informaban de la cesárea de urgencia que habían tenido que practicarle, me sudaban las manos y me costaba pensar. Aunque se encontraba bien, la novia de papá

seguía en observación, pero la niña ya estaba en el nido. Me dieron un número de habitación y subí atropelladamente a la planta de maternidad. Mi propia voz me sonó rarísima cuando pregunté por la hija recién nacida de Mónica Querol Pajares.

- ¿Eres de la familia? -me preguntó la enfermera.

No titubeé. Mi voz sonó firme cuando repuse:

- Es mi hermana.

La enfermera sonrió.

- En ese caso, te la traeré. Estarás deseando conocerla. -Y salió de la habitación.

Volvió al momento empujando una cuna transparente con ruedas. Mi hermana lloraba con quejidos diminutos como ella misma.

- Tiene hambre. Tendrás que darle su primer biberón.

Me enseñó a sostener al bebé, me puso el biberón en la mano y se marchó. Allí, sentada en un sillón de hospital, con mi hermana en brazos y aquella gran responsabilidad, me sentí feliz como no recordaba haberlo sido nunca antes. Sentí ganas de llorar, y también una inmensa ternura, distinta a todo cuanto hubiera sentido por alguien a lo largo de mi vida. Y un presentimiento que apareció con la fuerza de una verdad y que traduje en palabras de inmediato, en un murmullo que me sorprendió incluso a mí:

- Vas a ser importante en mi vida, hermanita, lo sé.

Intenté cumplir aquel cometido inesperado lo mejor que supe y no debí de hacerlo tan mal, porque la pequeña comió y luego se quedó dormida en mis brazos.

Al poco rato trajeron a Mónica, aún adormilada.

- No veo sin mis gafas -fueron sus primeras palabras, y pensé que parecía una niña, y más vulnerable que nunca-. Búscalas entre mis cosas, por favor.

Se puso las gafas sobre la nariz y a continuación miró con atención a su hija, dormida en mis brazos.

- Sabes más que yo -añadió.

Asentí en silencio, con una sonrisa. Dejé con cuidado a la niña en su cuna. Su olor a vida recién estrenada me acompañó el resto del día.

- Se llama Julia -informó Mónica-, ¿te gusta?

- Mucho -respondí.

- Ay, qué bien. Porque quiero que te guste.

Este comentario me llenó de una felicidad extraña. Era como si Julia hubiera venido al mundo a poner las cosas en su sitio, incluida la curiosa relación entre su joven madre y yo.

Mi padre apareció en la clínica tres horas después. Se había enterado por un mensaje que grabé en su buzón de voz. Traía un ramo de flores del que sobresalía un enorme peluche rosa. Casi lo tiró al suelo cuando vio a la niña, pero ya no me importó.

Me fui a casa de madrugada, después de despedirme de mi padre mientras tomábamos algo en la cafetería del hospital. Aproveché para contarle mis planes recién decididos. Me deseó suerte con la entrevista.

- Estoy seguro de que te contratarán -dijo muy convencido, y añadió-: Yo lo haría nada más verte.

Pensé que la paternidad reciente había ablandado a mi padre. Lo besé en las mejillas, le di las gracias, le dije que me despidiera de Mónica. También a mí me había ablandado la compañía de Julia. Menudo poder el suyo. Sólo una aparición le había bastado para demostrar lo muy influyente que iba a ser en nuestras vidas. Como las grandes actrices imponen su presencia nada más entrar en escena.

* * *

Mi padre no se equivocó. Me dieron el trabajo. Tuve la sensación, por primera vez en mi vida, de que las cosas salían bien de entrada. Una semana después de la entrevista firmé el contrato. Cuando lo hice, ya me había instalado en la residencia que sería mi hogar durante los próximos dos años y medio.

Me sentí en seguida cómoda en el centro, un colegio para jóvenes con dificultades de todo tipo. La mayoría provenían de familias deshechas -*desestructuradas* es la palabra que suele utilizarse-, muchos estaban fichados por la policía, alguno tenía antecedentes. A mí no me costaba ningún esfuerzo identificarme con ellos, comprender su poco apego a la gente, su falta de confianza y autoestima, su asco por la vida. Habría podido convertirme en una de ellos, no estuve tan lejos. Entre las paredes del colegio encontré mucho más que un trabajo. Encontré mi verdadera vocación en la vida.

Pero aún me quedaba algo pendiente. Hay asuntos que no se olvidan, aunque tengas que dejarlos para más tarde. Son cuentas que contrajiste alguna vez contigo misma, como

losas pesadas, y cuanto más tiempo los llevas auestas más exhausta te sientes. Hay que enfrentarse a ellos, liberarse, aunque a veces resulte doloroso. Lawrence era para mí uno de esos asuntos.

Desde que leí la carta de Olvido dándome la sorprendente noticia de sus malas artes, la verdadera causa del alejamiento de Lawrence, sentí la necesidad de buscar a mi antiguo profesor de expresión corporal. El amor de mi vida, el único que había conocido, y al que había dejado escapar por culpa de unas circunstancias que nada tuvieron que ver conmigo. Sentía una mezcla de tristeza y rabia que me impulsaba a seguir adelante hasta dar con él, si eso era posible.

Busqué en mi «caja de los recuerdos olvidados». Sí ya sé que ese nombre es una cursilada, pero así llamaba a una caja de hojalata llena de cosas que quería conservar pero que no me apetecía ver todos los días. Una especie de baúl de los recuerdos agrdulces donde conservaba cartas, notas, algunas fotos de mamá, de mis padres juntos, de cuando era pequeña... También había una piedra. Una piedra lisa, plana, pulida, negra y brillante, que Olvido me regaló en una ocasión muy especial. Fue el único regalo que me hizo. Y casi en el fondo, aquella carta sin sello que Lawrence había dejado en mi buzón antes de marcharse. Decidí seguir las señas que contenía aquella carta, a pesar del tiempo transcurrido, a pesar de que era muy improbable que continuara viviendo en el mismo sitio, a pesar de todas las razones lógicas que me repetí una y otra vez. Era una locura, pero era lo único que se me ocurría.

Claro que antes de emprender aquel viaje incierto, hice lo que habría hecho cualquiera en mi lugar: escribí el nombre de Lawrence en un buscador de Internet. Aparecieron algunas fotos (varias de su etapa neoyorquina) y algunas referencias breves de su estancia en Alemania, incluyendo unas cuantas actuaciones en teatros que no me sonaban de nada. Al parecer, Lawrence no tenía página personal ni debía de ser amigo de dejar rastros más personales en la red.

Con mi primer sueldo, y aprovechando un largo fin de semana, compré un billete a Berlín. Estuve a punto de no subir al avión cuando anunciaron mi vuelo por megafonía. Me sentí estúpida por aquel arrebato. Si un día antes lo veía todo claro, ahora me dominaba el miedo al fracaso. O tal vez era al ridículo. Al fin, logré controlar mi pánico. Me consolé: «Sólo quiero tomar una cerveza con él y aclarar las cosas, no pretendo lanzarme a sus brazos ni pedirle matrimonio». Sólo hablaríamos de los viejos tiempos y podría volverme a Madrid metida en mi caparazón de cangrejo, a tratar con adolescentes en riesgo de exclusión social, con la conciencia más tranquila. Éste podría ser nuestro primer tema de conversación. Y con un poco de suerte, me invitaría a pasar la noche en su piso, como amigos, eso sí, y no tendría que volver al aeropuerto a dormir en cualquier asiento de la terminal internacional.

Dejé el coche de alquiler en un aparcamiento público cerca de Rheinstrasse. La dirección que él mismo me había apuntado no debía de quedar lejos, si hacía caso al plano de la ciudad que había conseguido en el punto de información. Las señas correspondían a una escuela de interpretación y arte dramático. Me sorprendió comprobarlo, porque al

principio había creído que me dirigía a un apartamento o algo así. No era la dirección de su casa lo que Lawrence había apuntado, sino la de su trabajo. Antes de entrar, me detuve en una cafetería y me adecené un poco en el baño. Me cambié de camiseta y me puse un poco de rímel. Hacía tanto tiempo que no compraba una revista que no imaginaba que regalasen productos de cosmética. Tiré la revista, que no había leído, y pagué el café, aunque apenas lo había probado. No podía tragar nada. El edificio de la escuela de teatro era enorme y gris, uno de esos bloques de inspiración soviética que abundan en el centro de la capital alemana y que son testigos mudos de otro tiempo, de otro mundo. Pasé un rato deambulando por el vestíbulo y fantaseando con que Lawrence aparecería rodeado de estudiantes, que me miraría desde lejos y que se acercaría a mí emocionado, aunque algo confuso, mientras una música de violines que sólo él y yo oiríamos sonaba de fondo.

El directorio expuesto en la entrada sólo informaba de la ubicación de los departamentos, así que no tenía más remedio que acercarme a una de las ventanillas y demostrar que era capaz de hacerme entender en inglés. Lo malo no fue el idioma, sino el resultado de mis pesquisas: el profesor Lawrence Sherman había finalizado su contrato el pasado mes de mayo y ya no daba clases en la escuela. La política de privacidad del centro no permitía facilitar sus señas, pero además, me aseguró la mujer de la conserjería, «tampoco disponemos de ellas». Podía, eso sí, dejar una nota que le entregarían en caso de que regresara por la escuela. Intenté que me dijeran, al menos, si aún se encontraba en Berlín, pero no supieron darme más detalles.

Deambulé un rato de acá para allá, hice un poco de turismo, pero estaba tan triste que ni siquiera me impresionó la visión del inmenso Tiergarten desde lo alto de la Columna de la Victoria, rematada por el ángel dorado. Mi vuelo de vuelta para Madrid salía a las seis de la madrugada, así que dormí algo en el aeropuerto. Sin saber por qué me compré una guía de la ciudad, así podría martirizarme un poco más tomando conciencia de las cosas que no había visto. Cuando iba a pagar, la vi. Deslumbrante, con un vestido palabra de honor, la melena negra suelta y, de fondo, el mismo suntuoso castillo donde se habían casado Tom Cruise y Katie Holmes. Reconocí al novio en seguida. Era el acompañante de la alfombra roja. Pensé que la revista anunciaba la boda de ambos, pero al llegar a España me di cuenta de que en el tiempo que yo había estado inmersa en estudiar y obtener mi primer trabajo, la vida de mi amiga se había precipitado. Las revistas del corazón no hablaban de boda, sino de divorcio. Su primer matrimonio sólo había durado cuatro meses, y había entrado en crisis en el momento en que ella conoció a Philip K. Hutch, el productor más influyente de la televisión americana, con quien -aseguraban las revistas- estaba manteniendo un tórrido romance. Unos *paparazzi* sin escrúpulos fotografiaron a la pareja en una escapada a no sé qué isla paradisíaca y publicaron las fotos antes de que Olvido llegara de nuevo a casa, de modo que como recibimiento encontró los papeles del divorcio que su marido le había dejado sobre la mesa de la cocina. De todo esto me enteré por las revistas del corazón, que nunca había leído con tanto afán. También supe que mientras todos estos *tsunamis* arrasaban la vida de mi amiga, Cornelia Rus estrenaba *Las Troyanas* en Nueva York delante del mismísimo presidente del senado estadounidense.

Regresé sola y resignada, pensando que la vida no era muy justa conmigo. Por supuesto, tampoco esta vez se me pasó por la cabeza llamar a Olvido. Creo que seguía sin

perdonarla. O puede que no estuviera dispuesta a escuchar su propia crónica, que imaginaba cínica y despreocupada, de su vida sentimental.

Luego, el tiempo comenzó su avance imparable. En el trabajo tuve suerte. Estaba en el lugar preciso cuando más falta hacía. A los dos años de estar allí quedó vacante la plaza de dirección. Me presenté, convencida de que era demasiado joven y tenía muy poca experiencia para que me la dieran. Pero me equivoqué otra vez.

Me sorprendí varias veces tecleando el nombre de Lawrence en la barra del buscador por si había novedades, aunque apenas conseguí saber nada más. Poco a poco, fui perdiendo la esperanza. O se me olvidó aquel capricho absurdo. O me sumergí en una montaña de trabajo. Supongo que las cosas se enfrían sin que podamos evitarlo. Nunca se me dio demasiado bien la perseverancia. Eso no cambia con los años.

De: Secretario de Olvido Rus

Para: Abril Manrubia

Asunto: Noticias

Señorita Manrubia:

Siento no ser portador de buenas noticias. Esta vez las revistas se han quedado cortas. La lesión de Olvido reviste mucha más gravedad de lo que se ha dicho. Lo más serio ha sido, sin duda, que han tenido que extirparle el bazo, aunque parece que no se teme por el riñón que también quedó afectado por el golpe. Creo que a ella deben de preocuparle mucho más las quemaduras, aunque no diga nada. No se asuste, no son lo más grave. Ha perdido algo de cabello y uno de sus brazos necesita injertos de piel. La están tratando de ambas cosas.

Ahora se encuentra fuera de peligro, aunque tiene para una temporadita de hospital. No sé si en el centro médico de Nelson, donde nos encontramos ahora, o en otra parte, porque es posible que la trasladen a una clínica privada de Wellington en cuanto esté estabilizada. Tiene mucho empeño en que la vea un cirujano plástico de su confianza y tenga por seguro que no parará hasta conseguirlo. De modo que la recuperación va para largo. Lamentablemente, no puedo decirle de cuántos días estamos hablando.

Por ahora, no he podido verla. Los médicos me mantienen informado de su estado, pero en la unidad de cuidados intensivos no permiten el paso sino a los familiares directos. Me han insinuado, además, que podrían hacer una excepción si ella insistiera, pero estoy seguro de que no lo hará. Si estuviera en manos de Olvido, prohibiría que la vieran incluso los médicos y las enfermeras que la atienden.

De modo que aguardo las buenas noticias en la puerta. Tal vez si Cornelia Rus aparece, podré recibir impresiones más directas. La llamé ayer para contarle la gravedad del asunto, pero no pude contactar con ella. Al fin decidí escribirle un correo electrónico a su secretario. Me tomé la libertad de decirle que debería acudir a visitar a su hija. Por ahora, no me ha contestado. De modo que lo único que podemos hacer, señorita Manrubia, es esperar.

Ojalá mi corazón pudiera tener la certeza de que pronto llegarán noticias más tranquilizadoras. Mientras tanto, tenga la seguridad de que estoy donde debo estar y hago todo lo que puedo. Y que la mantendré informada de cualquier novedad. Un abrazo amistoso.

A.

* * *

De: Abril Manrubia

Para: Secretario de Olvido Rus

Asunto: No entiendo nada

Querido señor A.:

Por más vueltas que le doy, no consigo entender cómo ha podido ocurrir esto.

¿No firma Olvido contratos en los que se especifica muy claramente que ella no debe correr ningún riesgo durante el rodaje? ¿No hay una especialista que la dobla en las escenas de riesgo? ¿No debería ponerse mucho cuidado en que las estrellas no arriesguen su vida? ¿Quién se encarga de revisar los contratos de Olvido para ver si se cumplen unas mínimas exigencias de seguridad?

Disculpe el tono de este mensaje. Creo que esto me ha afectado más de lo que pensaba. Comprendo lo que dice con respecto a la voluntad de Olvido de que no la vea nadie. Creo, sinceramente, que debe usted resignarse a quedarse en la puerta. Puede que Olvido no valore su gesto, pero yo sí.

Por favor, dígame que ha habido alguna mejoría, aunque sea ínfima.

Abril

De: Secretario de Olvido Rus

Para: Abril Manrubia

Asunto: Algunas explicaciones

Estimada señorita Manrubia:

Acierta usted. Olvido firma contratos que protegen su integridad física durante los rodajes, que yo mismo superviso y discuto con las productoras y que se siguen al pie de la letra, por expresa voluntad de todas las partes.

Sin embargo, no hay contrato que no pueda incumplirse.

No entiendo qué demonios pasó esta vez. En principio, ella no tenía que rodar esa escena. En el contrato se especificaba con claridad. Pero Sophia Coleman, la única especialista a quien permite doblarla, no llegó a tiempo a la filmación de los exteriores y Olvido no quiso que buscaran a otra. Además, algunas zonas del Parque Kahurangi son inaccesibles en cualquier vehículo que no sea un helicóptero, e incluso a pie. Actuó sin decírmelo, por eso no pude intervenir, ni tuve la oportunidad de disuadirla. Tomó la arriesgada decisión de hacerlo ella misma, parece ser que contra la voluntad de los productores y del mismo director de la película, pero usted la conoce y sabe que cuando toma una decisión no es fácil convencerla de lo contrario. Me pregunto qué le ocurría, qué quería demostrar. Sólo sé lo mismo que usted: que corrió un gran riesgo y que tuvo mala suerte. Ya conoce las consecuencias.

Por supuesto, toda la información que le estoy dando es confidencial, me veo obligado a rogarle que no la difunda por ningún medio. Y con respecto a la frase que acabo de escribir, le ruego que comprenda que sólo hago mi trabajo.

Por desgracia, no hay novedades. La señora Rus se encuentra estable pero continúa sedada la mayor parte del tiempo. Los médicos pronuncian mucho la palabra «paciencia», hasta el extremo de que voy a perder la poca que me queda. Les he preguntado si Olvido tiene algún mensaje para mí y sólo me han dicho que aún es pronto. No sé qué significan esas palabras. Tal vez no es muy consciente de lo que le ha ocurrido. Comienzo a sentir una gran impotencia, pero no me rindo.

Confiemos en que sea sólo cuestión de horas.

Amistosamente,

A.

* * *

De: Abril Manrubia

Para: Secretario de Olvido Rus

Asunto: ¿Se ablanda el señor misterioso?

Señor A.:

Casi todo lo que hemos hablado usted y yo desde que comenzamos esta extrañísima correspondencia ha sido confidencial. Ahórrese los discursos, por favor. No le cuento lo que ocurre ni a mi gato.

¿He leído bien? ¿Se permite usted terminar su carta con la expresión «amistosamente»? ¿Se está ablandando, querido señor A.? ¡Si incluso manifiesta abiertamente que le ha dolido mi desconfianza! ¿Le voy cayendo mejor acaso? ¿Aún no ha llegado el momento de confesarme su nombre? Comenzaré a pensar que se hace el interesante.

Dígame que Olvido mejora, por favor.

Abril

De: Secretario de Olvido Rus

Para: Abril Manrubia

Asunto: Algunas concesiones

Señorita Manrubia:

Creo que técnicamente podemos decir que Olvido mejora día a día, pero con demasiada lentitud para corazones impacientes como el suyo o como el mío. Sigo sin verla, pero monto guardia día y noche frente a la puerta de la Unidad de Cuidados Intensivos. Si por fin decidieran trasladarla a otra planta del hospital, yo sería el primero en saberlo. Y en verla salir, claro.

Me consterna no recibir noticias de Cornelia Rus. ¿Por casualidad tiene usted otras señas tuyas, o un teléfono personal en el que pudiera localizarla? No quiero meterme donde no me llaman, pero considero que ya debería haber venido.

Debo aclararle un par de cosas. La primera, que soy humano. A veces parece que lo duda usted. Un humano que trata de hacer bien su trabajo. La segunda, que usted jamás me ha despertado antipatía de ninguna clase, más bien todo lo contrario. Sin embargo, la naturaleza delicada de nuestra relación me obliga a guardar ciertas formas, que usted interpreta como frialdad o recelo. Nada más lejos de la realidad, se lo aseguro. Si nuestra relación no se debiera a unas normas que la señora Rus considera esenciales, podría usted comprobar la verdadera naturaleza de mi carácter y hasta de mis sentimientos.

A pesar de todo lo anterior, sigo considerando que mi nombre no es relevante.

Reciba un abrazo,

A.

De: Abril Manrubia

Para: Secretario de Olvido Rus

Asunto: Cornelia

Señor A.:

Por desgracia no dispongo de ninguna otra dirección de Cornelia, ni mucho menos de su número de teléfono. Aunque debo decirle que su ausencia no me sorprende tanto como a usted, por terrible que resulte.

Lo que sí me sorprende y me emociona, señor A., es su lealtad. ¿Estar día y noche frente a la puerta de cuidados intensivos forma parte de su trabajo? No tengo ninguna duda

de que es usted un buen profesional. Pero, por encima de todo, creo que es usted una buena persona. Tal vez de las mejores que he conocido. Por eso quiero disculparme por mis recriminaciones, si alguna vez le han ofendido. Sólo han sido fruto de mi preocupación. Sin usted, la mundialmente famosa, rica, hermosa, talentosa, codiciada, premiada, admirada, perseguida Olvido Rus se encontraría completamente sola. Usted lo sabe tan bien como yo, y por eso no la abandona. Porque tiene buen corazón. Le aseguro que me conmueve mucho su papel en todo esto. Y en nombre de Olvido y de aquellos que la queremos, se lo agradezco de verdad.

Reciba un abrazo de su amiga,

Abril

De: Secretario de Olvido Rus

Para: Abril Manrubia

Asunto: Al fin noticias

¡Al fin tengo algo bueno que decirle, Abril! Estoy seguro de que se alegrará mucho. También para mí ha sido una gran alegría.

Olvido ha sido trasladada a otra planta. Me lo han dicho hoy a primera hora y hace apenas un rato que la han sacado de la UCI en una camilla. Ella me ha visto en el pasillo y ha hecho un gesto a los enfermeros para que detuvieran la camilla delante de mí. Me ha agarrado la mano y me ha dado las gracias. «Gracias por no dejarme sola -ha dicho-, no lo olvidaré.» Iba a responder algo, pero las palabras no me salían. No sólo por la sorpresa que me ha suscitado este agradecimiento, sino por la impresión de verla por primera vez tan distinta. Creo que se ha dado cuenta, porque ha hecho otro gesto a los camilleros y se la han llevado de allí.

Ahora sólo espero poder verla con más calma. Me gustaría saber por ella misma cómo se siente y qué planes tiene. No haga caso a lo que vea por televisión o lo que lea en la prensa. Hay decenas de periodistas montando guardia a todas horas junto al hospital, pero ninguno de ellos sabe nada de lo que está ocurriendo aquí. También espero tener ocasión de contarle a la señora Rus de sus muchas cartas de estos días, de su cariño intacto a pesar del tiempo que llevan sin verse y de su preocupación constante. Tengo a buen recaudo todo lo que me ha enviado. Estará en manos de su amiga hoy mismo. Estoy seguro de que leer todo lo que usted ha escrito le hará mucho bien y contribuirá a su recuperación. Por favor, continúe escribiendo sus recuerdos. Hágalo por ella.

También hemos recibido noticias de Cornelia Rus, con la distancia y frialdad que

usted vaticinó. Comienzo a pensar que esta mujer no tiene sentimientos. Envió un gran ramo de flores, ¿se lo puede creer? Un ramo exageradamente grande, innecesario, ostentoso, con una tarjeta en la que podía leerse:

Pienso mucho en ti, querida hija. Estoy segura de que no tardarás en volver a ser la de siempre. Rezo por tu recuperación todos los días. Te quiero.

Cornelia.

Según la normativa del hospital, el ramo no podía quedarse en la habitación y lo dejaron en el pasillo. Pero era tan grande que obstaculizaba el paso de camillas y sillas de ruedas, de modo que lo recolocaron en un vestíbulo. De allí también fue desalojado, porque algunos pacientes se quejaron de que las hortensias les provocaban alergia. De modo que terminé por dar la orden de que lo llevaran al jardín o lo arrojaran a la basura. Una enfermera tuvo la idea de desmontarlo y repartir las flores por distintas plantas de la clínica, así que ahora todo este centro hospitalario está adornado con flores frescas, gentileza de una de las actrices más famosas y egocéntricas de la galaxia.

Tengo que hacer una referencia, aunque sea breve, a lo que usted me dijo en su último correo. Cree usted que soy una buena persona. Le agradezco que me vea de ese modo, y no sabe cuánto. Estos días, será por el cansancio, siento que me abandonan los ánimos por primera vez. Aunque sigo pensando que cualquiera en mi lugar obraría del mismo modo. Usted lo haría, si estuviera aquí y no a miles de kilómetros de distancia. En más de una ocasión me he sorprendido pensando en lo mucho que me gustaría poder compartir con usted esta espera y esta angustia. Espero que no le importe que se lo confiese de este modo tan directo.

Sólo le pido que no magnifique lo que estoy haciendo aquí. Tengo mis razones, muy poderosas, para permanecer en este pasillo. Todo el tiempo que haga falta.

Le envío mi cariño.

A.

De: Abril Manrubia

Para: Secretario de Olvido Rus

Asunto: Razones

Querido A.:

He decidido tutearte. No puedo seguir llamando de usted a alguien a quien siento casi como un alma gemela.

Sólo quería decirte que comienzo a intuir a qué razones te refieres en tu último correo. A decir verdad, lo sospecho desde hace mucho, casi desde nuestros primeros mensajes, aunque hasta ahora no he tenido la confirmación de mis sospechas. No me digas cómo lo supe, tengo una habilidad especial para comprender el corazón de las personas, incluso de aquellas a quienes apenas conozco. Y mis intuiciones no fallan nunca, debes saberlo antes de que sea demasiado tarde. En todo caso, no temas que sea indiscreta. No es asunto mío lo que tus palabras han traslucido con tanta claridad. Por mí nadie sabrá ni media palabra, ni siquiera la interesada.

En la televisión hablan de una rueda de prensa en la que el equipo médico del hospital aclarará el estado de salud de Olvido. He visto también la nube de periodistas apostados frente a la puerta, como me dijiste en tu correo de ayer. Tanto mi novio como yo hemos quedado impresionados. Nos daría miedo salir de ahí si estuviéramos en tu lugar.

Me dejas preocupada, sin embargo, cuando dices que la viste «distinta». ¿A qué te refieres? ¿Tan mal está? Espero ansiosa tus noticias.

Abril

De: Secretario de Olvido Rus

Para: Abril Manrubia

Asunto: Un ruego

Estimada señorita Manrubia:

Hoy he podido ver a la señora Rus durante unos minutos. Hemos mantenido una conversación muy formal, de trabajo, en la que hemos despachado varios asuntos urgentes. Ni rastro del emotivo agradecimiento del otro día. Hoy casi parecía enfadada. Le alegrará saber que se encuentra plenamente consciente y muy resuelta a encarrilar sus asuntos de

nuevo. Uno de los más importantes para ella es la discreción. Ha conseguido que su abogado y representante -un fiero de Boston a quien nada ni nadie se le resiste- obligue al hospital a firmar un contrato de confidencialidad en el que todos los profesionales, incluido el director, se comprometen a no desvelar ningún detalle de su estado, a menos que ellos lo supervisen. Sólo tres enfermeras tienen autorizada la entrada a la habitación. El abogado ha dado su visto bueno al parte médico que leerán hoy los especialistas y se ha cerrado media planta para garantizar la seguridad y el secreto.

Dicho de un modo más rápido: Olvido no quiere que nadie la vea. Yo soy una excepción, no atiendo a comprender por qué motivo, pero mis visitas a su cuarto se miden en minutos. Sólo los estrictamente necesarios para despachar las cuestiones más urgentes. La buena noticia del día es que su amiga ya está en posesión de sus papeles. Se los ha entregado en mano hoy mismo. Me ha parecido que le agradaba recibirlos, aunque no ha pronunciado palabra. Sólo un somero «Gracias». De modo que estamos a la espera.

Le confieso que a mí también me da miedo salir del hospital. Aunque mi trabajo siempre ha discurrido en la más absoluta discreción, algunos de esos periodistas saben que trabajo para la señora Rus. Sé lo que pasaría si me tuvieran a tiro: me acosarían con preguntas, me harían fotos, querrían saber hasta el detalle más escabroso. No soporto ese tipo de presión, ni la notoriedad, y siempre los rehúyo. Si tuviera que salir de aquí, lo haría desde el aparcamiento, y procuraría pasar frente a ellos tan aprisa como pudiera. Por fortuna, en clínicas como ésta, este tipo de cosas están previstas. Aunque, por ahora, no pienso moverme de aquí.

Por último, me desconcierta al referirse a mis «razones», supuestamente relacionadas con el corazón, con tanta seguridad. No sé qué le dicen sus intuiciones que yo no sepa, pero mi vinculación con la señora Rus es meramente profesional, como ha quedado claro en más de una ocasión, y así seguirá siendo. Me temo que la realidad es menos interesante y menos romántica de lo que su imaginación quiere creer.

Con respecto a la rueda de prensa, sospecho que ha sido la dirección del centro la que ha filtrado esta información. Si hubiera dependido sólo de mí, se habrían hecho las cosas de otro modo. Sin embargo, el jefe de la unidad de quemados, acompañado del responsable de la planta de cuidados intensivos, comparecerá hoy ante la prensa para leer el parte médico oficial. Todo verdades demasiado maquilladas para que nadie se asuste. Pura ficción.

La mantendré informada en la medida de mis posibilidades, claro está.

A.

P.S. No piense que eludo el tema que tanto la preocupa, es sólo que detesto ser

portador de malas noticias. Me impresioné, como sabe, al ver a la señora Rus por primera vez. Está muy delgada, los vendajes son muy aparatosos, su rostro está desfigurado por el golpe... A pesar de todo, hoy me pareció algo más repuesta. Estoy seguro de que en unos días volverá a ser la de siempre. ¿No le dice nada al respecto su infalible intuición?

De: Abril Manrubia

Para: Secretario de Olvido Rus

Asunto: Demasiadas dudas

He visto (en directo) la comparecencia del equipo médico. El responsable de cuidados intensivos tiene cabeza de tortuga. El jefe de la unidad de quemados titubeaba demasiado para resultar creíble. Tanto mi novio como yo hemos pensado que mentían, o escondían información, y hemos llegado a la conclusión de que no valía la pena tomarlos en serio.

¿Has podido verlo? ¿Tienes un televisor ahí donde estás? ¿Dónde duermes? ¿Y desde dónde contestas los mensajes de correo electrónico?

¿Sabes si Olvido ha leído mis cartas?

Abril

P.S. Por ahora mi intuición sólo me dice que las cosas no van bien. Te agradezco, a pesar de todo, la sinceridad. Es de valientes ser sincero cuando la verdad duele.

* * *

De: Secretario de Olvido Rus

Para: Abril Manrubia

Asunto: Al fin noticias

Mis conclusiones tras la comparecencia de los doctores son exactamente las mismas a las que han llegado usted y su novio. He seguido la rueda de prensa desde la cafetería del hospital, un lugar razonablemente cómodo donde los familiares pueden comer, asearse un poco (tiene baños equipados con duchas) e incluso echar una cabezada en unos cómodos sofás habilitados para ese fin. No me puedo quejar, pues como y descanso más de lo que mi cuerpo necesita. A veces contesto el correo desde aquí (hay una estupenda conexión inalámbrica).

La última de sus dudas es más difícil de disipar, puesto que hoy no he podido ver a la señora Rus. He pedido permiso para entrar en su cuarto, pero me lo ha denegado alegando que hoy no se encuentra de humor para despachar asuntos de trabajo. Lo respeto y acato su decisión, por supuesto. Yo, como todos nosotros, sólo deseo verla restablecida. Las enfermeras a las que he preguntado no han sabido darme razón de si ha leído o está leyendo las páginas que le entregué. Ninguna de ellas se caracteriza por su simpatía, ni son comunicativas en absoluto (supongo que por temor a las represalias, después de firmar el pacto de confidencialidad), así que tengo que ganármelas para que me cuenten algo de lo que ocurre dentro de la habitación 310, que es la nuestra. O mejor, debo decir la de mi jefa.

Espero poder verla mañana y traerle noticias más satisfactorias. Me despido por hoy.

Su amigo,

A.

P.S. Me agradan, sin saber por qué, las referencias que hace a «su novio». Imagino una larga historia detrás de esa relación, aunque nada sé de ella. Nada, salvo lo que he leído en sus correos. Sea como sea, me alegro por los dos. Transmítale mis felicitaciones de cara al inminente enlace.

De: Abril Manrubia

Para: Secretario de Olvido Rus

Asunto: Cornelia

¡No me lo puedo creer! ¡Cornelia Rus acaba de salir en televisión, afectada como la

heroína de una tragedia griega, hablando de lo feliz que se siente porque Olvido ha salido de «el peor trance de su vida»! Inmediatamente ha aprovechado para dejar caer, como por casualidad, que la semana que viene está previsto el estreno parisino de *Yerma*, la historia de una maternidad atormentada e imposible, «en cierto modo, como la mía», ha añadido, con un rictus amargo en los labios. Ha dicho que le dedicará las tres primeras funciones a su hija, deseándole un pronto restablecimiento, porque lo mejor que puede hacer por ella es continuar con su vida normal. ¡Qué hipocresía! ¡Qué desfachatez la de esta mujer, atreverse a utilizar la desgracia de Olvido para darse publicidad a sí misma! ¡Me han entrado ganas de abofetearla!

Hablando de bofetones. A veces, también me dan ganas de darte a ti un buen pescozón, querido A. ¿Eres consciente de las cosas que escribes? ¿Frases como: «Transmítale mis felicitaciones de cara al inminente enlace»? Pero ¿de qué siglo sales? ¿Es necesario que me hables como si fueras un personaje de Dickens? A pesar de todo, le he transmitido tu alegría a mi novio. Dice que eres todo un personaje y que le gustaría conocerte, y yo coincidí plenamente con él. Nos gustaría invitarte a nuestra boda, si no tienes nada mejor que hacer. Así tendríamos, por fin, ocasión de conocernos. Por cierto, ambos queremos saber tu edad. Te aseguro que no nos extrañaría en absoluto saber que tienes ciento ochenta años. Un abrazo de los dos, señor Antediluviano.

Abril

De: Secretario de Olvido Rus

Para: Abril Manrubia

Asunto: Planes de futuro

Estimada señorita Manrubia:

Ayer se acercó a mí la enfermera de mañana y me dijo, escuetamente: «Olvido Rus quiere verlo».

Me alegró mucho que me llamara, como puede imaginar, porque interpreté que se encontraba mejor y deseaba retomar sus asuntos. En esta ocasión fue una entrevista muy corta, muy directa al grano, aunque muy cordial. Olvido siempre ha tenido las ideas muy claras, ya lo sabe. A pesar de ello, pude hacer referencia a los papeles que usted le envió. Ha sido el único instante en que me pareció ver en sus labios un gesto parecido a la serenidad. Los ha leído, dice, y piensa darles salida. Éstas fueron exactamente sus palabras, «darles salida», antes de indicarme que este asunto no me concierne y pasar al siguiente

tema.

Sólo quería decírselo cuanto antes. ¡Bravo, Abril! ¡Esa casi sonrisa en los labios de su amiga significa muchas cosas! Seguramente esos papeles son lo único valioso que posee en estos momentos de su vida, aunque ella no se haya dado cuenta todavía. Y por lo mucho que la conozco, puedo asegurarle que ese eufemismo incomprensible, «darles salida», significa en realidad que está pensando en qué y cuándo contestarle y, lo más seguro, deseando hacerlo. Su monumental orgullo comienza a ablandarse. Todo un triunfo por su parte.

Tenga un poco de paciencia con ella. Está atravesando un momento terrible, sin duda el peor de su vida. Préstale ayuda aunque no se la pida. Ya sabe que siempre se le ha dado fatal reconocer que la necesita. Se ahogaría antes de pedir socorro.

Le hago llegar mi saludo más afectuoso.

A.

De: Abril Manrubia

Para: Secretario de Olvido Rus

Asunto: Entre líneas

Señor A.:

¿Por qué tu mensaje me parece tan amargo? Lo he leído varias veces y la sensación no cambia. ¿Hay algo, por casualidad, que no te atreves a decirme? ¿Le ocurre algo a Olvido que prefieres callar? ¿O a ti?

¿Por qué dices que cuide de ella? ¿Acaso no vas a hacerlo tú, como siempre?

¿Y ninguna referencia a la invitación a nuestra boda? Viniendo de ti, me extraña ese olvido. Presiento que algo no va bien y no me gusta nada, porque ya sabes que mis presentimientos no suelen equivocarse.

Sea lo que sea, prefiero saberlo. Tu angustia llega hasta mí a través de tus comedidas palabras de siempre.

Por favor: habla claro.

Te mando un abrazo.

Abril

A Olvido siempre se le dio fatal pedir ayuda. Lo sabemos todos los que la hemos querido alguna vez y, más aún, nos hemos tomado la molestia de intentar comprenderla. Ante los reveses de la vida, la postura de Olvido siempre fue huir hacia delante, ocuparse en otra cosa, volcar toda su energía en algo. Para ella, pedir ayuda era impensable. No quería ni sabía ni podía ni era lo bastante fuerte para permitirse un solo momento de debilidad.

Desde que mi amiga me dejó escrito aquello de «Reserva los próximos cuatro días. Nos vamos juntas a un lugar perdido donde nos curaremos todas las heridas del alma», sospeché que algo muy grave le estaba ocurriendo también a ella y que no quería decírmelo.

Olvido no me reveló adónde íbamos. Compró ella misma los billetes de avión y me citó en la T4.

- Es una sorpresa -anunció.

Yo no insistí en saber. La dejé hacer, liberada de tener que pensar, y, por una vez, no ser yo quien tomase las decisiones. Bastante me había equivocado ya. Aterrizamos en Milán después de una película y dos capuchinos que no sabían a café. Pensé que Olvido quería llevarme de compras o algo parecido, lo cual no era raro en ella. Esta vez me equivoqué de medio a medio.

Alquilamos un coche en el mismo aeropuerto y pusimos rumbo al norte. Paramos en el supermercado de una zona comercial a las afueras de la ciudad para llenar el maletero de comida. Al poco rato nos encontrábamos bordeando el lago de Como y recorriendo una carretera serpenteante con vistas a un paisaje de belleza sobrenatural. Esperamos un rato junto a un muelle, hasta que un vigilante nos dio la orden de embarcar el coche en la bodega de un trasbordador.

- No hace falta que bajes, son sólo unos minutos.

Nunca había viajado en la tripa de un barco. Me sentía Jonás dentro de la ballena.

- Se puede bordear el lago -explicó mi amiga-, pero se tarda mucho más y no es tan divertido.

Una vez al otro lado, recorrimos unos diez kilómetros de carretera sinuosa al borde de las aguas. El lugar era espectacular. Aguas calmas, vegetación exuberante, un sol

brillante bañándolo todo y pequeños pueblos salpicando la costa de blanco y gris.

- Aquello de allí es Bellagio, uno de los pueblos más turísticos del lago -explicó Olvido, señalando un pequeño núcleo urbano a orillas del agua.

Nuestro destino era un lugar llamado Tremezzo. Se suponía que era un pequeño pueblo de un centenar de habitantes, pero en realidad estaba formado por casas y villas dispersas.

- Aquí tienen sus mansiones algunos de los actores más famosos del mundo. En verano, los *paparazzi* se divierten fotografiándolos en sus yates o en las terrazas de sus casas con vistas al lago. Les gusta traer aquí a sus amantes -rió Olvido.

- No me extraña -apostillé, subyugada por la belleza del lugar.

El coche se adentró por un camino de gravilla hasta una enorme verja de hierro. Olvido tocó la bocina dos veces y en seguida apareció un hombre que se apresuró a abrir. Mi amiga lo saludó con una sonrisa diáfana y él, tímido, le devolvió el saludo. Era un hombre viejo, apocado, de piel cuarteada por el sol, que se adornaba la cabeza con una gorra.

- Ya hemos llegado -dijo mi amiga con una sonrisa pícaro en los labios-. ¿Te esperabas algo así?

Al otro lado de la entrada continuaba el camino de gravilla hasta una especie de plazoleta. Más allá empezaba un jardín de inspiración francesa delimitado por dos hileras de altos y frondosos cipreses. Un poco después se alzaba una villa tan espectacular como las que habíamos visto por el camino. Era un edificio de dos plantas, rematado por un tejado a dos aguas. Se accedía a él por una escalinata de aires vagamente rústicos que daba paso a una elegante balaustrada. Sobre la entrada principal miraban al jardín cinco grandes ventanales, y sobre éstos, un frontón coronado por tres elegantes estatuas. Era como estar en el escenario de *Il Gattopardo*.

Casi me desmayo cuando entendí que no era una broma. Aquél era el lugar donde íbamos a quedarnos los siguientes cuatro días. Cuando contemplé el lago desde la ventana de nuestra habitación, supe de qué hablaba mi amiga al decir que aquel lugar curaba todos los males del alma.

- Esto es maravilloso -balbuceé.

- Lo es -dijo deshaciendo el equipaje-. Creo que este sitio es lo único en que coincido con Cornelia. Aunque ella ya no viene casi nunca.

- Entonces, ese hombre que nos ha abierto la puerta...

- Giulio, el guarda. Él y su mujer se encargan de cuidar de todo esto desde hace

años. Cornelia les tiene mucha confianza. Viven en Nesso, pero pasan por aquí todos los días a ocuparse de todo.

- Parece un trabajo tranquilo -dije.

- No creas. Que Cornelia no venga por aquí no significa que la casa esté vacía. Le gusta prestársela a sus amigos, y ya sabes que la vida social de mi madre es intensa. Además, de vez en cuando la alquila para algún rodaje. Ya he perdido la cuenta de los anuncios que se han rodado aquí. Siempre le ha gustado despertar la admiración ajena.

- Vaya, todo esto es alucinante. -Yo no salía de mi asombro. No podía creer que fuera a dormir en un lugar como aquél.

Lo primero que hicimos fue visitar toda la villa, como si fuera un museo. La planta baja estaba tal y como Cornelia la encontró al comprar la finca. Salones enormes de suelos descascarillados y artesonados increíbles, paredes que pedían a gritos una mano de pintura, las antiguas cocinas, tan viejas como poco prácticas, las cuerdas vacías, un único baño situado en una galería exterior de la parte trasera...

- En la época en que se construyó esta casa, los cuartos de baño no eran la última moda -explicó Olvido.

En la primera planta, en cambio, las cosas eran muy distintas. Cornelia había sometido todas las habitaciones a una reforma cuidadosa y elegante. Había construido seis baños completos, una cocina moderna totalmente equipada y había dado un toque distinguido -como ella misma- a una decoración, por otra parte, basada en los mínimos elementos. Además del cuarto de Cornelia, donde nos instalamos, había ocho habitaciones más para invitados. La cocina se extendía en una especie de salita de estar con sofá y televisor. Todo allí estaba ordenado y limpio. Era algo así como un apartamento dentro de aquel edificio de proporciones faraónicas. Durante aquellos cuatro días, la cocina y su salita anexa fue nuestro espacio para todo.

Se notaba que mi amiga disfrutaba con la visita y con la historia del lugar:

- Cornelia le compró esta villa a precio de ganga a un amigo suyo director de cine, quien la heredó de su familia. Parece que eran gente de mucho dinero, de Milán, medio aristócratas o algo así. Yo aún no había nacido. Fue el mayor capricho de su vida. Comenzó a pasar temporadas aquí, mientras hacía todas las reformas que has visto. De vez en cuando le gusta decir que vendrá aquí cuando se retire, aunque dudo que lo haga.

- ¿Por qué no? Es un lugar precioso.

Olvido soltó una risita.

- ¿Tú crees de verdad que va a retirarse algún día? -Impostó la voz y añadió:- Cornelia Rus morirá en el escenario, ¡como el gran Molière!

Habíamos regresado a la cocina y mi amiga dispuso sobre uno de los mostradores todos los ingredientes que necesitábamos para preparar una succulenta comida. Me pidió que cortara albahaca y puso un cuchillo en mis manos. Mientras intentaba no quedar como la cocinera más inexperta del universo, Olvido me miró, como congelada, con un paquete de almendras en la mano y los ojos perdidos en el azul cristalino del lago, y añadió:

- Es un lugar especial. Cornelia me contó una vez que aquí comenzó mi historia.

- ¿Tu historia? -pregunté sin entender, quizá porque me había bebido ya un gran vaso de lambrusco rosado y muy frío.

- Fue aquí donde me concibieron -prosiguió-. No está mal, ¿verdad? Será por eso que es mi lugar favorito sobre la Tierra, aunque quede tan lejos del mundo real. No hay pena que este paisaje no cure. Ni relación que no se haga más estrecha. -Soltó una risita añorada-. ¡Yo soy la mejor prueba de ello!

- No me resulta muy difícil imaginar a tu madre aquí -añadí.

- Es verdad, aunque creo que al comprar la villa quería impresionar a mi padre. Sospecho que se le resistió bastante, y no estaba nada acostumbrada a ello. Cuando al fin se le puso a tiro, lo trajo a su lago particular. Ya ves, ni siquiera Cornelia Rus pudo sustraerse al influjo de la fiebre del amor. -Puso los ojos en blanco y soltó un suspiro afectado. Luego añadió-: Eso, por lo menos, demuestra que no es extraterrestre.

- ¡Ya sé lo que le falta! -salté de pronto. Olvido me miró de hito en hito. Proseguí-: ¡Un nombre! ¡Todas las villas de por esta zona tienen uno! ¿Cómo se llama esa tan famosa que hemos visto al venir hacia aquí?

- ¿Villa Carlotta?

- ¡Esa misma! La tuya tiene que tener uno también. ¿O ya lo habías pensado?

- No, la verdad es que no -reconoció.

- Entonces la podemos llamar Villa Olvido.

- ¿No sería mejor Villa Cornelia?

- Para mí este lugar será siempre tu lugar. El nuestro. Además, ¿no hemos venido aquí a olvidar nuestras penas? El nombre le viene como anillo al dedo.

- Es un buen lugar para olvidar, es cierto... -musitó ella.

- Entonces no se hable más. Tienes que ponerlo en una placa, junto a la entrada: Villa Olvido -zanjé-. ¡Es perfecto!

Después de la cena -que estuvo a la altura del escenario-, salimos a pasear. Fuimos hasta el lago, nos sentamos en el diminuto embarcadero privado, y metimos los pies en el agua helada. No se veía una alma. Anocheceía y las luces de Bellagio, irreales, comenzaban a encenderse en el cercano horizonte. Cuando empezamos a sentir dolor en los pies por culpa del frío decidimos volver a casa, con los zapatos en la mano, caminando sobre la hierba. Una imagen bucólica que nadie retrató. No hacía falta. Yo tenía una postal parecida enmarcada en mi habitación. Dos chicas jóvenes de espaldas, caminando con los pies descalzos por un paisaje verde a la luz del atardecer. Me gustaba imaginar sus caras, parecían más que amigas: hermanas. Como lo éramos entonces Olvido y yo.

* * *

- La casa es bonita de verdad. Tu madre tiene muy buen gusto. -Olvido frunció el entrecejo, disgustada con mi comentario-. ¿Le gusta cocinar?

- ¿Cocinar? -Arqueó las cejas-. Qué vulgaridad. ¿La gran Cornelia Rus oliendo a ajo y cebolla?

- O peor -imaginé-: Fregando una sartén con un estropajo.

- ¡Eso es una imposibilidad metafísica! -rió Olvido.

- Entonces, ¿la cocina? Parece la cocina de alguien que se siente a gusto entre fogones.

Olvido meditó un momento la respuesta.

- Supongo que, como todo, quiso hacer las cosas a lo grande. O puede que a quien le gustara cocinar fuera a mi padre.

- Nunca me has hablado de él.

- Hay poco que contar. Creo que fue el único arrebato de verdad que ha tenido mi madre. Y luego, nunca más.

- ¿Lo quiso?

- Más bien debió de enamorarse como una colegiala, perdió el control. -Hablaba en susurros, como si en lugar de contarme a mí aquella historia, se la estuviera contando a ella misma-. Ya la conoces. Cuando quiere algo, lo consigue. Creo que mi padre se le resistió bastante, y ella no paró hasta traerlo aquí. Pasaron todo un verano escondidos en este rincón del mundo. Tres meses llenos de pasión.

- Parece el argumento de una película -opiné.

- Creo que Cornelia nunca se perdonó lo que hizo.

- ¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que hizo?

- Perder el control. Concebirme. Dejarse gobernar por una pasión pasajera. Cuando supo que estaba embarazada, le dijo a su amante que todo se había terminado. Nunca ha soportado que nadie se meta en su vida.

Había anochecido, pero no hacía frío. Pusimos un mantel floreado sobre la mesa. Y sobre las flores, un plato con *melanzane*, otro con queso, un pan candeal y una botella de vino de la Toscana. Comimos con las manos, partiendo el pan como en las escenas bíblicas. Olvido tenía ganas de hablar y yo no quise interrumpirla.

- A veces me pregunto por qué decidió tenerme, por qué no abortó. -El canto de los grillos llenaba sus silencios. Yo sabía que no esperaba de mí ninguna respuesta, sólo quería que la escuchara. Era la primera vez que hablaba con aquella brutal sinceridad. Prosiguió-. Igual pensó que sería agradable tener a alguien esperándola en casa cada vez que llegaba de viaje. O puede que necesitara sentirse una mujer normal, como las demás, por lo menos para poder hablar de su hija a los periodistas en las ruedas de prensa. O tal vez sólo quería tener algo que reprocharle a mi padre toda la vida. -Se quedó callada un segundo antes de terminar la frase-. Algo que la hiciera parecer una sacrificada y pobre mujer. Cuando le convenía, claro.

- Lo que dices es terrible -musité-. Incluso viniendo de tu madre.

- Ven. Te voy a enseñar lo que hacía de pequeña.

Fue a la habitación de Cornelia y regresó con dos almohadas, dos juegos de sábanas y dos mantas. Bajó a toda prisa la escalera hasta el porche, yo la seguí alborozada hasta el jardín con la botella y las copas en la mano. Extendió las sábanas bajas sobre el césped, colocó en su lugar las almohadas y lo cubrió todo con otras dos sábanas y las mantas.

- Su cama está lista, señorita Manrubia -dijo señalando el lecho improvisado con una reverencia.

Allí, bien tapadas, bajo la pálida luz de una luna imperfecta, proseguimos con las confidencias. Olvido me contó muchísimas cosas de su infancia en aquel lugar, donde pasó todos los veranos en compañía de alguna cuidadora contratada, jugando en aquel jardín paradisíaco que a ella no siempre se lo parecía, bañándose en el lago bajo la atenta mirada de la niñera de turno, aprendiendo a valerse por sí misma, paladeando una soledad que ya nunca la abandonaría.

- Por las tardes, me quedaba mirado al horizonte, allí donde se ve un trocito de la carretera, por si veía llegar el coche de Cornelia. A veces, ella me prometía que vendría a

pasar conmigo algún fin de semana. O que agotaría los días de agosto en mi compañía y no haríamos nada, salvo contar turistas despistados que buscaban Villa Carlotta, o adivinar a qué se parecen las nubes. No sé por qué me decía esas cosas si no pensaba cumplirlas. Yo la creía. La esperaba noche y día, pero no aparecía nunca. Siempre tenía algo más importante que hacer. Me llamaba por teléfono para decirme que la gira se había alargado o que tenía que volar de inmediato a Singapur, donde debía conocer a un director joven muy importante. A mí todo aquello me parecía intrascendente. Muchas veces me dormía llorando, cansada de echarla de menos. En este lugar aprendí a aceptar la verdad. La única verdad de mi vida.

La miré fijamente, preguntándole con los ojos a qué verdad se refería. Tenía una tristeza muy antigua dibujada en el rostro.

- Que mi madre nunca me quiso.

Aquella noche, sobre las cuadrículas del jardín francés y las sábanas de nuestra cama rara, Olvido volvió a ser aquella niña que echaba de menos a su madre. Intenté encontrar palabras que calmaran un desconsuelo demasiado profundo, pero como era de esperar, no lo conseguí.

- Hay gente que no sabe querer sin hacer daño -susurré.

- Entonces, no debió dejarme nacer -zanjó ella, fría como el filo de un cuchillo.

Me pareció que tenía voz nasal. Escruté sus mejillas, pero no me pareció ver rastro de lágrimas. Pensé que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por contenerse y añadí:

- Lloro si quieres, Olvido. Estoy aquí para consolarte.

Pareció molesta.

- ¿Llorar? ¿Por Cornelia? -Soltó una carcajada que sonó falsa-. Ya no la echo de menos. Es una extraña para mí. Se lo ha ganado a pulso.

Olvido me contó las historias más terribles de su vida. Algunas ni siquiera podía recordarlas, pero le dolían tanto o más que las otras. Como el día en que, recién nacida, Cornelia la dejó con una enfermera contratada para la ocasión y se largó a una clínica a recuperar su figura. Tres semanas después reapareció con un Dior rojo ceñidísimo, confeccionado en exclusiva para ella, con el que quería gritarle al mundo: «Cornelia ha vuelto».

- Hay fotos que demuestran lo que te estoy diciendo, si sientes curiosidad por verlas -aclaró mi amiga-. La agente de Cornelia se encargó de llamar a todos los periodistas, que la estaban esperando a la entrada del hotel de cinco estrellas donde se alojaba. Mi padre se enteró de la nueva situación a través de las revistas. Un rápido cálculo de fechas le hizo sospechar que aquella criaturita metida en un carrito de Armani que una niñera paseaba por

la Quinta Avenida mientras su madre triunfaba en los teatros de Broadway, podía ser su hija. Le pidió explicaciones a Cornelia y ésta le contestó a través de un burofax de su abogado. Era su hija, pero no le permitía reconocerla ni darle su apellido ni ejercer como padre. Podría conocerme, pero cuando yo tuviera la edad suficiente. Para Cornelia, «la edad suficiente» fueron los doce años.

- ¿Conociste a tu padre a los doce años? -Cada vez estaba más embelesada con aquella historia, no podía evitarlo. Olvido asintió.

- Fue patético. Quedamos en el hotel Ritz de Madrid. Me pareció un hombre tímido y bastante guapo. Estaba nerviosísimo. Me cayó bien desde el principio. Cornelia estaba tan distante como siempre, lo miraba como a uno de sus admiradores. Ese día comencé una relación con él que no se ha interrumpido nunca.

- ¿Todavía lo ves?

- De vez en cuando. Ya no viaja tanto como antes, y vive en el estado de Michigan, en un lugar llamado Gran Rapids. No es fácil ir hasta allí, ¿sabes?

Meneé la cabeza.

- Lo que no entiendo es cómo tu padre aceptó las duras condiciones de Cornelia. Podría haber exigido una prueba de paternidad y darte sus apellidos de todos modos. O, por lo menos, podría haber conseguido un régimen de visitas. Nadie podría habérselo negado. Eres su hija.

- No lo entiendes, Abril. Él no quería nada de eso. En el fondo, las duras condiciones de Cornelia fueron un alivio para él. Para los dos. -Mi silencio era fruto de mi desconcierto. Olvido hablaba en susurros, silabeando cada palabra:- ¿Aún no caes? Mi padre estaba casado. Tenía otros cuatro hijos legítimos. Y ninguna intención de alterar el aparente orden que reinaba en su vida para hacerse cargo de mí. Qué triste, ¿verdad?

- Sin embargo, quiso conocerte y ha mantenido la relación contigo.

- Al principio, me veía a escondidas. Una vez cada trimestre, más o menos, Cornelia o alguien del servicio me llevaba hasta algún hotel donde mi padre me estaba esperando para invitarme a un refresco y preguntarme cómo me iban las cosas. A mí me gustaba ir porque me hacía regalos. Y también me daba dinero para que me comprara algo de mi gusto. Hablábamos. Una vez me dijo en qué hotel iba a alojarse, con toda su familia, durante la gira de no sé qué espectáculo que iba a comenzar. Supongo que ni por un momento pensó que yo pudiera presentarme allí. Pero lo hice. Me pasé diez horas apostada frente a la puerta de su hotel, viendo a sus otros hijos entrar y salir a su lado, preguntándome en qué habitación estarían, si podían verme desde allí, qué pensarían de mí. Incluso vi a su mujer, una rubia demasiado delgada, pero muy elegante, que salía de su brazo. Pensé que no se parecía en nada a mi madre.

»Cornelia por poco se muere del disgusto cuando él la llamó para explicarle lo que estaba haciendo su hijita. Un par de agentes de la policía me llevaron a casa. Ella tuvo que disculparse ante su antiguo amante y aguantar su bochornosa reprimenda. Por poco acabo con su cómoda vida de hombre que engaña a su mujer. Después de eso, mi madre decidió enviarme a Cumbres Blancas. Tres años después, la rubia descafeinada murió y todo fue mucho más fácil. Ahora sólo engañamos a mis hermanastros. Ya no quedamos en hoteles: ahora me invita a comer en algún restaurante carísimo. Creo que le gusta pensar que aún puede impresionarme. Aunque ya no lo consigue, claro. De hecho, hace años que dejó de lograrlo.

- ¿Tú lo quieres?

- Siento aprecio por él.

- ¿Y no te duele saber que tiene otros hijos?

- Ya todo me da lo mismo, Abril. A veces siento que mi corazón es como una piedra. Uno de esos cantos rodados que el agua arrastra hasta la orilla, liso y suave de tanto dar vueltas y golpearse contra las profundidades, y a la vez completamente insensible.

Su confesión me hizo llorar de tristeza y de rabia. Nunca le confesaría la lástima que sentí por ella. Olvido no soportaba la compasión. También en eso se parecía a su madre. Otra cosa que me callé.

* * *

Cocinamos mucho durante aquellos cuatro días. De hecho, fue lo único que planificamos: las comidas. Nos deleitamos preparándolas, como si se tratara de una ceremonia íntima que servía de catarsis para todo lo que estaba ocurriendo en nuestras almas. Y también degustándolas, como un premio.

Por aquel entonces, Olvido había decidido hacerse vegetariana. Y estaba aprendiendo a cortar como los verdaderos cocineros. Mientras la veía mover el cuchillo adelante y atrás sobre un manojo de inocentes espinacas, no podía dejar de pensar que mi amiga era perfeccionista para todo. Cocinar a su lado también era intentar emular a los mejores chefs del mundo, o no le merecía la pena empezar.

El último día de nuestra estancia en Villa Olvido, como la llamamos desde entonces, cayó una de esas tormentas de primavera a las que no parece que el mundo haya de sobrevivir. La naturaleza olía mejor que nunca, y el agua componía una sinfonía sobre la balastrada del porche que se extendía más allá, a los embarcaderos privados. Nosotras cocinábamos en silencio, ajenas a todo, mientras tras los cristales de la ventana se

desarrollaba un espectáculo formidable.

De pronto, Olvido rompió el silencio para lanzar una pregunta a bocajarro:

- ¿Por qué nunca hablas de tu padre?

Me pilló por sorpresa. Balbuceé al responder:

- No lo sé. Me duele hacerlo.

- ¿Conmigo también?

- Con todo el mundo.

- Yo no soy todo el mundo.

- Claro que no.

- Con Lawrence te pasa lo mismo. No quieres hablar de él.

- No sirve de nada hablar de lo que no tiene remedio.

No nos mirábamos. Estábamos cada una a lo suyo. Olvido concentrada en una ensalada de espinacas con parmesano; yo tratando de desentrañar los misterios de un paquete de tofu que mi amiga había dejado en mis manos. Era la primera vez que veía algo tan raro.

Necesité un rato para decidirme. Estábamos a punto de dar cuenta de una tarta de queso con arándanos -mi mayor especialidad- que se enfriaba en la nevera desde la tarde anterior.

- Esta receta la aprendí de mi madre -dije-. Era la mejor cocinera del mundo.

Olvido siguió comiendo en silencio, disfrutando con aquella mezcla de sabores dulces y salados, como si pensara lo mismo que yo: que la vida es a menudo muy parecida, sal y azúcar combinados sin ningún orden ni concierto. Y como si supiera que su silencio me ayudaría a hablar, a contarle lo que quería saber.

- Nadie me dijo nunca que mi madre estaba tan enferma, pero yo me daba cuenta de muchas cosas. La veía apagarse por momentos. Los oía discutir más que antes. A ratos pensaba que se iban a divorciar. Oía a mi madre llorar en el baño. La primera vez que pasó una noche en el hospital pensé que nos había abandonado. No entiendo por qué no me contaron la verdad desde el principio.

Olvido callaba. Escuchaba. Masticaba más despacio. Estaba muy seria, con aquellos grandes ojos fijos en mí.

- Mi padre se volvió más reservado, más taciturno. Apenas hablaba. Nunca de la enfermedad de mamá. Cuando la ingresaron para no volver, trató de aparentar naturalidad volcándose en mí. Me agobiaba. Me sentía controlada, aprisionada. No era con él con quien quería estar, sino con ella. Quería quedarme en el hospital, a su lado. Es curioso, Olvido. Anteanoche me contaste que te escapaste y te apostaste frente a un hotel para ver a tu padre. Yo también me escapé, desobedecí a propósito, hice todo lo contrario de lo que mi padre esperaba de mí. Pero a diferencia de lo que te ocurrió a ti, yo me siento feliz de haberlo hecho.

Olvido había dejado el tenedor sobre el plato y me escuchaba absorta, en exclusiva. Lo interpreté como un pequeño triunfo.

- Recorrí corriendo la distancia que separaba nuestra casa del hospital -proseguí-. Tardé más de media hora, pero no me perdí ni una sola vez. Estaba segura de cuál era el camino, y eso que nunca antes había salido sola. La enfermera de planta me preguntó al verme dónde estaba mi padre y respondí que había ido a buscar aparcamiento. Dije que deseaba ver a mi madre. Una enfermera se sentó a mi lado y me explicó que no podían dejarme entrar sola en cuidados intensivos. Después me acompañó hasta un banco, me dedicó un par de sonrisas y, tras comprobar que atendía a su orden, se olvidó de mí. Aproveché la hora de entrada de los familiares para colarme. Mi madre estaba muy flaca y tenía la piel amarillenta. Respiraba con dificultad. A su alrededor había un montón de máquinas con pantallas raras que emitían pitidos. Me acerqué a ella con el corazón latiéndome en la garganta, como un caballo, y unas ganas inmensas de llorar que supe reprimir para no ponerla triste. Ella abrió un poco los ojos al verme, como si no se creyera que estaba allí, y sonrió. Sonrió como yo recordaba y su sonrisa la hizo parecer joven y guapa otra vez. Su sonrisa era lo único de ella que no había cambiado. Entreabrió los labios resecos y dijo:

- Abril, estoy tan feliz de tenerte conmigo...

Me acerqué a ella y la abracé como pude. Ella apretó débilmente su brazo derecho contra mí y añadió:

- Tan feliz...

Luego emitió un suspiro que me pareció de alivio. Algo increíblemente plácido. Un médico me pidió que me apartara. Mi madre ahora parecía dormida con los ojos abiertos. Yo sabía que no lo estaba. Aguardé en una sala de espera mientras los médicos y las enfermeras corrían de un lado para otro. Luego llegó mi padre, me regañó por haberme escapado, lloró por la muerte de su mujer, me abrazó y volvió a regañarme. Todo era muy raro. Pero en mi corazón yo no podía dejar de pensar en las últimas palabras de mamá: «Tan feliz». Y en que yo había tenido algo que ver con ellas. -Hice una pausa larga, comí un par de cucharadas del pastel con sabor a la vida misma, me enfrenté a la mirada de Olvido, me enjugué las lágrimas de los ojos y dije-: Nunca pensé que podría contarle esto a nadie.

- Yo no soy nadie -dijo mi amiga.

- Desde luego que no.

- Hay cosas que tarde o temprano se deben decir. Sé bien de qué hablo. ¿La echas de menos?

- Todos los días. Fue la última persona a quien mi sola presencia hacía feliz.

- ¿La última? Lo dudo -dijo Olvido con una seguridad extraña.

Sabía de quién hablaba aunque no pronunciara ningún nombre. Hay nombres que no hace falta pronunciar, porque siempre están presentes, llenan todas las conversaciones incluso desde la ausencia. O puede que sea exactamente eso lo que los hace tan tangibles: su ausencia es insoportable.

- Si quieres a alguien de un modo especial, no lo dejas escapar.

Olvido frunció el entrecejo.

- ¿Lo dices por él?

- ¿Por quién? -Hice un movimiento ambiguo con la mano en el aire-. Lo digo por mí, naturalmente.

- Abril, sobre Lawrence... -balbuceó.

- ¡Agua pasada! -zanjó resuelta-. No merece la pena hablar de él. ¡Ya está superado!

Olvido me miraba con el entrecejo fruncido. No se fiaba de mis palabras. Y hacía bien, porque ni yo misma me creía lo que estaba diciendo. ¿Lawrence, agua pasada? ¿A quién quería engañar? Si seguía llorando por él todas las noches. Si aún no podía creer que no estuviera a mi lado, que se hubiera ido a pesar de todo.

- Ah, pues me alegro. No soporto verte sufrir -concluyó Olvido creyendo lo que acababa de decirle.

Terminé mi tarta, recogí los platos y los lavé con la energía que me había insuflado la conversación.

- ¿Qué ibas a decirme? -pregunté.

- Ah, nada. No tiene importancia. -Dio un respingo-. ¿Qué hacemos ahora? ¡Hace un tiempo de perros! ¿Echamos una partida al Trivial?

Acepté. Yo al Trivial era imbatible. Iba a ganarle sin ningún esfuerzo.

* * *

Por la mañana, Olvido me pidió el cargador del móvil. Cuando lo conectó tenía cincuenta y siete llamadas perdidas de su oficina, al menos treinta de los productores de la serie, y tantos mensajes que le llevó un buen rato leerlos. Cuando ella se cansó, acabé de leerlos yo. En voz alta. Al principio eran de preocupación; después, de consternación, y por último, de pura desesperación. Cuando le leí uno de los últimos, que rubricaba una importantísima firma de abogados, se preocupó de verdad:

En nombre de la productora Cinépolis, cuyos intereses representa nuestro despacho, debemos advertirle de que en caso de no presentarse usted en el rodaje el próximo jueves, nos veremos obligados a rescindir el contrato vigente por incumplimiento.

- ¡Llama ahora mismo! -la conminé.

Soltó un bufido de fastidio, como si aquello fuera lo más odioso que le habían pedido en toda su vida.

- Pensaba que tenías unos días libres.

- ¡Y los tenía! Me los di yo misma -repuso.

- ¡Olvido!

Mi amiga la incorregible, la caprichosa, la que se salía siempre con la suya aunque fuera saltándose las normas. Teníamos mucho en común, ambas lo sabíamos.

- Tienes que volver. -La obligué a ser razonable-. Te juegas demasiado. Venga, responde el mensaje. No me hagas sufrir.

Otro bufido de fastidio.

- De acuerdo, responderé. Pero después de dar un último paseo.

Caminamos sin prisas y casi sin palabras. Dejamos hablar al viento sobre el agua calma, disfrutamos escuchándolo. Dos personas saben que significan mucho la una para la

otra cuando no tienen necesidad de llenar el silencio con cualquier cosa. Compartir el silencio es una muestra de intimidad. Aquel paseo fue algo así como la rúbrica de nuestra amistad. Nos sentamos a observar el horizonte por última vez, sabiendo ya que nuestros minutos en aquel paraíso estaban contados, y saboreamos lo que habíamos compartido. Puede que no se hubieran curado todas las heridas de nuestras almas gemelas, pero se habían aligerado al compartirlas.

Antes de marcharnos, Olvido tomó mi mano, separó los dedos con cuidado y depositó un objeto frío y pesado sobre mi palma.

- Te dije hace un par de noches que tengo el corazón como una piedra -murmuró con los ojos llenos de lágrimas-. Aquí lo tienes. Tú sabrás cuidar de él como nadie en el mundo, Abril. Por favor, prométeme que nunca dejarás de hacerlo.

- Te lo prometo -repuse con un nudo en la garganta, abrumada por aquel gesto suyo.

Me abrazó. Lloramos juntas. Luego nos despedimos y volvimos al mundo real.

No he olvidado. Tengo la piedra frente a mí mientras escribo estas líneas. Es lisa, suave y fría. Sé lo que todo eso significa.

De: Secretario de Olvido Rus

Para: Abril Manrubia

Asunto: Un corazón transparente

Querida Abril:

No deja usted de sorprenderme; es usted excepcionalmente buena psicóloga. No sé cómo lo hace. Es cierto que para usted los corazones ajenos son transparentes. Ha acertado plenamente al pensar que me ocurre algo. Me ocurre algo muy grave, en realidad: Olvido me ha despedido.

Ya le dije que nuestra última entrevista fue muy breve. También muy cordial, casi emotiva. «Te agradezco mucho todo lo que has hecho por mí, pero he decidido prescindir de tus servicios -me dijo-. En las actuales circunstancias, no necesito un secretario. Te he redactado una carta de recomendación. Espero que te abra las puertas de cualquier trabajo al que aspire. Y reitero mi agradecimiento. No se me olvida que eres la única persona que de verdad ha permanecido a mi lado desde el principio. Aunque no acierto a comprender tus motivos, te estoy agradecida de corazón.»

Por supuesto, no me dejó explicarle mis motivos, y creo que no tenía ningún interés real en conocerlos. Lo único que desea es, me temo, quedarse sola. Con respecto a las razones que alegó al despedirme, son arbitrarias, como usted sabe, aunque no quise discutirle nada.

Lamento ser tan directo, pero hay cosas que no pueden suavizarse. Nuestra conversación versó sobre los asuntos que deben quedar despachados antes de mi marcha y el plazo en que ésta debe realizarse. Un plazo muy breve, por cierto. Creo que está deseando librarse de mí, de todos. La situación me ha recordado a lo ocurrido con aquel otro secretario, de nombre Guillermo, según he sabido por lo que usted escribió. Mañana es mi último día al servicio de la señora Rus. Ocupo estas pocas horas en resolver algunos asuntos pendientes y en hacer varias gestiones que me ha encargado ella misma. Mañana regresaré a Estados Unidos.

Debería sentirme aliviado, pero es angustia lo que siento. Una angustia que apenas me deja respirar. No por lo que pueda ocurrirme a mí, sino por lo que será de ella. Su amiga se encuentra sola, Abril. Completamente. Hay decenas de fotografías en la puerta esperándola, pero nadie a su lado que le agarre la mano. Su abogado y representante sólo la llama para darle instrucciones a toda prisa: que no se muestre o perderá los contratos con las grandes marcas de París, que no diga claramente cómo está o dejarán de tenerla en cuenta los directores de Hollywood, que se esconda a toda costa y espere instrucciones de su parte. De todos modos, son consejos inútiles: ella no desea ver a nadie. Se hace la fuerte porque no tiene con quién llorar. No soporta mirarse al espejo y trata a las enfermeras que la atienden con un despotismo insoportable. Nunca la había visto tan mal. Temo que esto sea el final de su carrera. Y, tonto de mí, no puedo dejar de pensar en aquel gesto del primer día, al salir de la UCI, cuando me agarró la mano y me miró de aquel modo diferente, humano, agradecido. He llegado a pensar que me despide porque fui testigo de su debilidad, y Olvido Rus no puede permitirse tal cosa.

Sé que trama algo, aunque no me lo ha dicho, claro. Me ha ordenado que transfiera una importante suma de dinero a sus cuentas en Inglaterra. Me ha pedido que le diga a cualquiera que pregunte por ella que ha decidido tomarse un año sabático. No quiere que le hable a nadie de su estado, no quiere dar a nadie detalles de lo ocurrido. Simplemente, debo enviar un mensaje a todo el mundo diciendo que Olvido Rus ha decidido tomarse unas «merecidas vacaciones». Antes de marcharme, desea que deje lista una respuesta automática en la cuenta de correo de su *Official Website* y que cierre todos sus perfiles en las redes sociales. Quiere borrarse del planeta, desaparecer. Ojalá sólo sea por una temporada.

No sé qué pretende ni adónde va. Puedo imaginar, porque la conozco bien, que moverá cielo y tierra hasta encontrar a un cirujano plástico capaz de devolverle su aspecto de antes del accidente. Y que lo hará en Londres, puesto que lo ha hecho otras veces y necesita tener las cuentas bien provistas. Lo demás lo ignoro. Mañana seré alguien ajeno a ella, a su vida y a cualquier plan que quiera emprender. Aunque sea difícil de creer, una de las cosas que lamento de verdad es no haber llegado a conocerla a usted, Abril. Quiero decir, en persona.

Olvido la necesita más que nunca, aunque es tan cabezota que nunca lo reconocería. Le dejo todos los datos de que dispongo: el número del hospital, el teléfono particular de Olvido (lo tiene muy poca gente, de nuevo mi prudencia me obliga a pedirle que sea discreta) y el de su abogado (que es tan intratable como ella, se lo advierto). Como técnicamente estaré despedido en menos de cuatro horas, ya no incumplo ninguna norma de mi jefa si le facilito toda esta información privilegiada (y si así fuese, creo que a estas alturas me daría lo mismo). Cuide de ella, por favor. Es usted su única amiga. Pero mucho más importante: es usted una buena persona. Haga todo lo que esté en su mano, se lo ruego.

Por último, los asuntos que entre tú y yo han quedado pendientes. El primero, el tratamiento. Ahora ya no hay razón para no tutearnos. Si no lo he hecho hasta hoy era porque entre las estrictas reglas impuestas por Olvido había muchas cuestiones protocolarias. Olvido adora el protocolo. Exigía que se respondieran todos los mensajes con una distancia prudente y gélida. Exigía que hablara de ella utilizando siempre el tratamiento de «señora Rus» y jamás el nombre de pila. Yo procuraba cumplir todas sus normas, aunque me parecieran absurdas y poco naturales. Muy pocas veces me parecían absurdas, debo decirlo, porque yo soy, como tú bien dijiste, un hombre algo desfasado. Como habrás adivinado, también la inicial de mi nombre, escueta y misteriosa, era una imposición. Otra de las manías de la jefa. Aunque debo decirte que tú fuiste la única que se empeñó en saber mi nombre. La única para el que fui visible desde el primer momento. No sabes cuánto te lo agradezco, querida Abril.

Con respecto a la boda, me hace muy feliz la invitación, aunque no sé si sería adecuada mi asistencia. Yo sólo soy un fantasma en tu vida, un escollo que debiste sortear para llegar a tu amiga. Ella es la importante. Si, como sospecho, Olvido asiste al fin a vuestro enlace, creo que yo estaría de más. Por ahora, y espero que no te moleste que lo diga, lo último que deseo es volver a ver a Olvido. Qué curioso, todo en ella son seductorías contradicciones: una mujer incapaz de producir en los demás lo mismo que su nombre proclama. Creo que, por años que pasen, no la olvidaré nunca. Tampoco a ti, Abril. Prometo volver a escribirte en cuanto me vea con ánimos para hacerlo. De momento, también yo voy a desaparecer del mundo una temporadita. Buscaré un trabajo, intentaré ahorrar lo suficiente y cumpliré un viejo sueño infantil: dar la vuelta al mundo. Reapareceré en algún momento, puedes estar segura. Y tú serás la primera en saberlo.

Sólo me queda la despedida, pero la voy a convertir en un deseo: Espero de todo corazón que la vida nos reúna de nuevo alguna vez. La vida está, en ese sentido, en deuda con nosotros.

Tu amigo,

Albert

P.S: Mi edad, otra cosa que sólo te importa a ti. Pronto tendré treinta y nueve. Espero no defraudar expectativas. Ciento ochenta habrían resultado mucho más interesantes

sin duda.

De: Abril Manrubia

Para: Secretario de Olvido Rus

Asunto: Ni hablar

Querido Albert (¡Albert! ¡Eso era! Qué fácil, qué bonito):

¡Ni se te ocurra desaparecer así de mi vida! Pero ¿qué te has creído? ¿Que después de tanto tiempo no tienes para mí, para nosotros, ningún interés por ti mismo? Pues estás muy equivocado. Creo que eres una de las mejores personas que he conocido (además de una de las más inflexibles, decimonónicas, educadas y ridículas), y no estoy dispuesta a perder tu amistad, por mucho que Olvido se haya vuelto loca y te haya despedido.

Así pues: ¡exijo que me facilites ahora mismo tu dirección particular de correo electrónico! Me gustará saber cómo te van las cosas a tu regreso a tu país. No creo que lo tengas difícil para encontrar trabajo, aunque temo que no te resulte fácil superar esta etapa de tu vida. Ya sé que apenas nos conocemos, pero quiero ofrecerte mi ayuda. Tengo bastante experiencia en pérdidas, creo que puedo ser un buen paño de lágrimas si necesitas contarle a alguien lo que te está ocurriendo. Si te sirven de algo mis palabras, pienso que Olvido ha estado ciega y sorda si no se ha dado cuenta en todo este tiempo de lo mucho que la amas. En ninguna parte encontrará a un hombre como tú, y eso que se empeña en buscarlos en los lugares más extraños. Deberías hacérselo ver. No puedes retirarte así, sin que ella sepa lo que se está perdiendo. No lo hagas por ti, sino por ella. Dime que lo pensarás, por lo menos.

Por último, te prometo que intentaré ayudar a Olvido. No va a resultar fácil. Su número de móvil ya no pertenece a ningún usuario. En la clínica no le pasan llamadas. Su abogado no contesta. Se ha hecho el propósito de no existir para el mundo y lo cumplirá hasta sus últimas consecuencias. Permaneceré atenta a la televisión, por si se me ocurre algo que hacer. No garantizo nada, salvo mi intención de conseguirlo.

Quedo a la espera de tus noticias. No me hagas esperar mucho, por favor. Después de todo este tiempo, te siento como un buen amigo.

Abril

* * *

De: Oficina virtual de Olvido Rus

Para: Abril Manrubia

Asunto: Respuesta automática: no responda.

Querido amigo / amiga:

Después de un año de extenuante trabajo, que ha culminado en el incidente que los medios de comunicación han magnificado sin necesidad, Olvido Rus ha resuelto tomarse un año de merecidas vacaciones.

Para asuntos urgentes, rogamos contacten con el mánager y abogado de la señora Rus, de la agencia Stars and Co., de Boston.

Rogamos disculpen las molestias y quedamos muy agradecidos por su atención.

Oficina Virtual de Olvido Rus

No conteste a este mensaje

Entreacto

Nadie es tan joven que no pueda morir hoy

FRANCESCO PETRARCA

El teatro llora la muerte de Cornelia Rus

Los espectadores de todo el mundo lamentan hoy la pérdida de la célebre actriz Cornelia Rus, fallecida a los sesenta y cuatro años de edad, tras sufrir un desfallecimiento mientras interpretaba el papel de Hécuba en la última de las representaciones neoyorquinas de *Las troyanas*.

Según afirman testigos presenciales, la intérprete sufrió un desmayo sobre el escenario al poco rato de comenzar la función, que se interrumpió sólo durante diez minutos. Transcurrido ese lapso, en que la angustia de los asistentes fue creciente, se informó de que la actriz se encontraba bien y que iba a ser trasladada a un centro hospitalario con el fin de realizarle «un chequeo rutinario». La representación se reanudó con normalidad, esta vez con Amanda Garrett -la veterana *cover* de Rus- en el papel de la heroína troyana secuestrada por Odiseo. Según informaron fuentes del teatro, todo ello se llevó a cabo por expreso deseo de la titular de la compañía, que en todo momento quitó importancia a su indisposición.

«Cuando salió de aquí lo hizo sonriendo y despidiéndose de todo el equipo», afirma el empresario, quien horas después no daba crédito al trágico desenlace. La gran intérprete de Eurípides y tantos otros clásicos, considerada una importante renovadora de la escena mundial, murió sólo dos horas más tarde en el hospital Monte Sinaí de Nueva York a causa de un infarto cerebral. La noticia, no hace falta decirlo, causó una gran conmoción en la ciudad de los rascacielos y entre todos aquellos que habían tenido la oportunidad de verla sobre las tablas a lo largo de su carrera.

La capilla ardiente se ha instalado en el vestíbulo del Teatro Ethel Barrymore, precisamente el mismo donde ayer finalizó de tan brusco modo la gira de la compañía, y está previsto que el funeral se celebre dentro de dos días en la Saint Patrick Cathedral, el célebre templo de la Quinta Avenida. Según fuentes consultadas por este periódico, la actriz había dispuesto que su cuerpo fuese incinerado, y sus cenizas, esparcidas en un paraje de íntima significación sobre el que se ha preferido guardar secreto. Esa tarea correspondería a la única hija de la difunta, la también actriz -de éxito internacional, varias veces nominada a los premios de la Academia- Olvido Rus, que en estos días se encuentra convaleciente de un accidente sufrido durante el rodaje de su última película, sin que esta redacción haya podido averiguar nada sobre su paradero. Según el mánager de la artista, afincado en Boston: «Es poco probable que la señora Rus acuda al crematorio para dar el último adiós a su madre». Tampoco pudo confirmar el agente si Olvido Rus enviará a alguien en su lugar o qué miembros de la familia asistirán a esa ceremonia íntima. Sea como sea, lo que parece innegable es que Cornelia Rus tendrá una despedida multitudinaria: la que esta tarde le brindarán sus miles de seguidores, que ya han comenzado a concentrarse en la calle 46, muy cerca de la Octava Avenida, donde tiene su sede el teatro que servirá de última morada al cuerpo de la actriz.

Desde estas líneas, queremos ofrecer a su hija, nuestra admirada Olvido Rus, el más sentido pésame por tan irreparable pérdida y deseárselo, de paso, un pronto restablecimiento. Ella es para todos nosotros la más digna heredera del trabajo de su madre y un bálsamo para nuestro desconsuelo.

Parte II

Nunca es largo el camino que conduce a la casa de un amigo *JUVENAL*

De: Olvido Rus

Para: Abril Manrubia

Asunto: Hola

Queridísima Abril:

Me temo que éste va a ser un mensaje largo. Lo que tengo que contarte no puede condensarse en unas pocas líneas. Más que un correo electrónico, esto va a parecer una de esas largas cartas que escribían las mujeres del siglo XIX para ponerse al corriente de lo ocurrido durante varios años. Yo siento que han pasado años desde la última vez que recibí noticias tuyas, aunque en realidad sólo hayan transcurrido ocho meses. De todos modos, es mucho tiempo, lo sé. El que he necesitado para reunir el valor necesario, volver a crear una cuenta de correo y mandarte estas líneas. Valor para escribirte, para reconocer mis errores, para asumir lo que no tiene remedio, para luchar por aquello que aún lo tiene, para darme cuenta de miles de cosas y para cambiar. Sí, cambiar. Creo que la Olvido Rus que hoy escribe estas líneas es muy distinta de la que tuvo aquel accidente horrible durante el rodaje en Nueva Zelanda. Se parece más a la que tú conociste en Cumbres Blancas hace tanto tiempo. ¿Cómo la definiste?... «Aquella flacucha con talento, un corazón de oro y un genio de mil diablos.» Me gusta pensar que esa chica sigo siendo yo.

Quiero pedirte perdón, lo primero. Por muchas cosas. Por desaparecer de tu vida dos veces. La primera, después de tu viaje a Londres. Aunque, como espero que sepas pronto, sólo desaparecí en parte, porque seguiste muy presente en mis pensamientos. Y también en algunas de mis acciones, aunque puede que nunca lo hayas sospechado. Conocerlas te ayudará a entender por qué no respondía a tus mensajes, por qué no quería (o no podía) verte. Había culpas y pecados (algunos expiados ya) que me avergonzaban. Y no te preocupes si aún no lo entiendes, espero que al final de mi relato todo quede explicado. Mi segunda desaparición es más reciente, sólo hace ocho meses, cuando cerré todas las cuentas de correo a las que me escribías, incluida la oficial de mi página web, y me propuse borrar me de la faz de la Tierra. De pronto, no podía soportarme. No quería que nadie me viera, ni me buscara, ni me compadeciera. ¡Estaba cansada de que todo el mundo me dijera lo que debía hacer! Necesitaba tiempo para restablecerme, para comprender el alcance de lo que me había ocurrido. Durante algunos días sentí tentaciones de borrar me por completo,

como si fuera un rastro prescindible, algo que se puede eliminar con sólo un clic. Fueron días de obsesión y locura, en los que me sentí caer en el más hondo de los abismos. Por fortuna, estaba menos sola de lo que pensaba. En mitad de la oscuridad se encendió una luz muy poderosa. Sin esa claridad inesperada, no habría podido avanzar hacia la salida de aquel túnel tan lúgubre en el que me hallaba. También eso tendré que contártelo, pero cuando llegue el momento. Ahora tengo todo el tiempo del mundo. A veces, un cambio enorme comienza por aprender a valorar el tiempo. No podemos permitir que la vida se nos escape sin haber hecho con ella algo interesante.

Lo que más me duele de todo esto es haberme perdido tu boda con Lawrence. ¿Creías que era una sorpresa para mí? ¡En todo momento supe que tu prometido era Lawrence! ¿Cómo pude saberlo? Ah, ¡tengo aún sorpresas que desvelarte, al fin y al cabo! Espero poder contártelo todo con calma muy pronto, querida Abril. No sabes las ganas que tengo de abrazarte, de mirarte de nuevo a los ojos. ¿Sabes qué me dijo una vez un viejo maestro espiritual? Que si miras con intensidad a los ojos de las buenas personas, reconoces una por una todas las pasiones de su alma. Ojalá tu alma tenga aún cosas que decirme. ¡Porque yo tengo tanto que contarte!

* * *

«Tiene que comer. Mueva la pierna arriba y abajo. Debería peinarse y arreglarse un poco. No puede dejarse caer en el abandono. ¡Ha de recuperar el buen humor! Beba mucha agua. No se mire al espejo bajo ningún concepto. Ignore los espejos, como si no existieran. Mueva la pierna, así, así, arriba y abajo, no pare. ¿Y si lee un poco? ¿Quiere que le traiga una revista de decoración? ¡Leer le ocupará la mente en otra cosa! ¡Tiene que distraerse! ¡Aunque no debería ver la televisión! ¡La televisión no le conviene en absoluto! ¿Ya se ha vuelto a dormir? ¡No se duerma! ¡Debe luchar! ¡Si no lucha, no se recuperará por mucho tiempo que pase! ¡Hágame caso! ¡Arriba ese ánimo, mujer!»

Todo aquello me asqueaba, me daba ganas de morirme.

No hice caso a ninguna de las instrucciones de los médicos y las enfermeras. Obedecer nunca se me dio bien.

La primera vez que me levanté para ir al baño, me miré al espejo.

Fue entonces cuando pensé que lo mejor sería desaparecer. Del todo. Sin dejar rastro.

Y decidí emplearme en ello a fondo.

* * *

De todas las cosas absurdas que marcaron mi relación con mi madre, la peor de todas fue enterarme de su muerte por la televisión. La tenía puesta para saber lo que se decía de mí. Sólo subía el volumen cuando veía una foto mía en la pantalla, o alguna reposición de la ceremonia de los Oscar, enfundada en aquellos estupendos trajes de todos los años... siempre del brazo de algún hombre a quien ni por un momento se le habría ocurrido hacerme una visita en el hospital. Y eso incluía a mi quinto marido, de quien aún no estaba divorciada del todo. Terminé por no subir el volumen y por cerrar los ojos cada vez que me veía. Era como asistir al desfile de un espectro. No hace falta que te diga, querida Abril, que no me sentía muy optimista durante aquellos días.

Hasta que apareció en pantalla una foto de Cornelia seguida de unas imágenes del hospital del Monte Sinaí. Me costó unos instantes comprender lo que veía. Subí el volumen de inmediato y escuché con atención la noticia. Así supe que me había quedado huérfana, aunque en realidad lo era desde que nací. Y también presentí lo que vendría a continuación: las muestras de condolencia, todos los periódicos del mundo hablando de la gran Cornelia Rus, docenas de actos de homenaje en los teatros más importantes del mundo, espectadores derramando lágrimas de dolor verdadero en su capilla ardiente mientras su única hija los observaba, desde una distancia insalvable, sin derramar ni una.

Mi abogado llamó desde Boston. Era el único al que permitía seguir en comunicación conmigo, después de despedir a todos los que trabajaban para mí, incluido mi eficiente secretario personal. El abogado me informó de los pormenores de la herencia de Cornelia, quien había hecho testamento poco después de mi nacimiento nombrándome heredera universal de su fortuna. Nunca cambió el testamento: era todo para mí, sin condiciones. Por el modo en que hablaba el abogado, deduje que la fortuna era cuantiosa. Mucho más de lo que jamás había pensado. Incluía un apartamento en la Quinta Avenida neoyorquina, el dúplex en el paseo de Gracia de Barcelona donde habíamos vivido la mayor parte del tiempo y aquella villa del Lago de Como que tanto tenía que ver con mi historia. Había otras cosas, claro -coches, joyas, la colección de antigüedades de Cornelia-, pero mientras el abogado las enumeraba, para luego hablarme de no sé qué poder notarial absolutamente necesario y de los trámites que seguirían, yo no dejaba de pensar en lo inútil que es en el mundo poseer cosas. Las cosas no nos aportan nada, en realidad. No tienen ningún valor si no puedes compartirlas con alguien. Las cosas no tienen alma.

Acepté la herencia. Otorgué poderes a mi abogado para que hiciera lo que fuera necesario, y me desentendí de inmediato. Todo aquello me daba igual. Le pedí que encargara sesenta y cuatro rosas blancas en la mejor floristería de Nueva York e hiciera que las mandaran a la capilla ardiente de Cornelia. La rosa blanca era su flor favorita. Sin

inscripciones ni nombres. Una flor por cada uno de los años que mi madre reinó sobre la faz de la Tierra. Ése fue mi único tributo a su muerte y también mi modo de despedirme de ella.

Las lágrimas las reservé para la madrugada, cuando nadie pudiera verme. Aunque creo que no lloraba por ella, sino por mí.

* * *

En aquellos días las noticias se clasificaban en malas, muy malas y horribles. Mi abogado las gestionaba todas sin que le temblara el pulso. Mi ausencia en el entierro de Cornelia disparó las especulaciones. En televisión se habló mucho de ello: unos decían que Cornelia y yo nos odiábamos a muerte desde hacía años. Otros, que mi estado de salud era mucho más grave de lo que se había dicho. Hubo quien aseguró que estaba en coma. No desmentí ninguna de esas habladurías. En el fondo, me divertía observar cuánta imaginación tenía la gente. Además, todos llevaban su parte de razón.

Mientras tanto, en todas partes había imágenes retrospectivas. Cornelia de joven. Cornelia empujando mi carrito de Armani. Cornelia llevándome de la mano por un paseo al borde del lago de Como. Cornelia y yo saliendo a cenar por París a mis quince años (celebrábamos algo que no recuerdo, pero yo no quise comer nada y la noche acabó fatal). Mis primeros pinitos en la tele. Mi Bafta, mis tres Goyas, las nominaciones a los Oscar. Los posados en las interminables alfombras rojas, como si la vida se limitara a eso: pasear para que te admiren, aprender a posar, a aparentar, a fingir. Toda una vida desperdiciada en aprender a ser lo que no eres, lo que no fuiste jamás. En ser lo que los demás, que no te conocen, desean que seas.

Me enseñó a posar mi primera representante, Helen. Una texana propietaria de la agencia de modelos más importante del estado de Nueva Jersey.

- Lo primero, no te pongas nunca de lado. De perfil siempre salimos feas. Posa siempre de frente. Camina con seguridad, no dobles las rodillas, pon la espalda recta. Debes detenerte justo en el centro de la nube de fotógrafos. No pongas los pies en paralelo, no separes las rodillas, parecerías un camionero. Es una postura muy desfavorecedora. Tienes que mantener los pies juntos y adelantar una pierna, así, con la rodilla flexionada y el talón en volandas, ahora doblas un poco la cadera hacia un lado, muy bien. Mantente así un minuto, sin dejar de sonreír. Muestra bien el vestido, recuerda que la firma que lo diseñó te ha pagado un dineral para que lo luzcas esta noche. Y no te olvides de los complementos. Una mano debe estar en la cintura, pero con delicadeza. La otra sujetando el bolso, sobre el muslo contrario, bien a la vista de todos. Así lucirán las pulseras y los anillos. Y después de

las fotos, tienes que aprender a marcharte. La retirada es tan importante o más que la aparición. Casi siempre hay una escalera al final de la alfombra roja. Las escaleras son las principales enemigas de la elegancia. Tendrás que aprender a recogerte las faldas de los vestidos con vuelo. Los modistos te dirán cómo hacerlo en cada ocasión. No saques el trasero, no te agaches, no te encorves. Debes subir las escaleras como si no te costara ningún esfuerzo. Y lo más importante, los besos. Todo el mundo te pedirá que le arrojes un beso. Hazlo, pero nunca frunzas los labios. Los fotógrafos te inmortalizarían en ese instante desafortunado en que tienes la boca como el culito de un pollo y esa foto saldría en todas las revistas del mundo. Sería tu ruina. Ninguna verdadera estrella frunce jamás la boca ante los fotógrafos. Llévate la mano a los labios, bésate los dedos y sonríe de inmediato. No soples. Sonríe con naturalidad. Y luego da un cuarto de vuelta, adelanta un hombro y di adiós con la mano, para que se vean de nuevo los anillos. ¡Y ya está! ¿Lo has entendido bien? Si sigues mis instrucciones al pie de la letra, tendrás a las grandes marcas de alta costura a tus pies, querida. No lo olvides.

Las tuve. Las grandes marcas a mis pies. Me ofrecían sumas inmorales por lucir sus prendas. Ponían a mi disposición billetes de avión en primera clase, los mejores hoteles de París y me abrían una cuenta pagada en sus boutiques, para que me vistiera allí y no en otra parte. Si aceptaba hacerles una visita, me trataban como a una reina. Un equipo de estilistas viajaba a donde yo les dijera para probarme los vestidos que iban a prestarme la noche de la gala. A veces me perseguían por medio mundo y yo me olvidaba de las citas. Si tras la gran noche me olvidaba de devolver la ropa -y lo mismo ocurría con las joyas-, nadie me reclamaba nada. Estaba en lo más alto y me sentía con derecho a disfrutar de todos aquellos privilegios. Muy pocas pueden hacerlo. Elegí una firma parisina muy conocida. No porque me gustara más que otras, sino porque me adulaban más. Y gastaban en mí y en mis caprichos cantidades enormes de dinero.

«Ah, y una cosa más -me anunció mi abogado al final de una conversación que había resultado agotadora-. Han llamado de París. La firma de alta costura ha decidido rescindir el contrato temporalmente. Por lo menos, hasta saber cómo te recuperas de tus lesiones. Dicen que es para no presionarte. Me piden que te comunique lo mucho que lo lamentan.»

A pesar de la diferencia horaria, no me perdí la última gala de los Oscar. Permanecí frente al televisor toda la noche. Una de las nominadas a actriz de reparto llevaba el vestido y los complementos de mi antigua firma. Su atuendo lució mucho en la alfombra roja, porque la presentadora la detuvo un minuto para formularle las típicas preguntas sobre su candidatura. El de actriz de reparto es siempre el primer premio importante de la noche. El vestido brillaba con luz propia cuando la candidata subió al escenario a recoger su estatuilla. En el discursito de rigor, entre lágrimas, le dio las gracias a su modisto parisino «por haber confiado en ella sin apenas conocerla». Dijo el nombre de la firma. Dos veces. Era una criatura rubia y veinteañera, de formas perfectas, ojos azules y una ambición que saltaba a la vista y superaba con creces a sus demás dones. Las lágrimas la hicieron parecer aún más guapa. Cumplió sus tiempos a la perfección y se retiró más erguida que una sota de la baraja, entre un gran aplauso del respetable.

«Esto me va a costar superarlo», me dije cuando mi sucesora desapareció entre bambalinas.

* * *

Apenas recibí regalos durante mi estancia en el hospital. No soportaba ser el objeto de la conmiseración de los demás. Di órdenes estrictas de que todas las flores que llegaran para mí fueran regaladas de inmediato. Me guardaban las tarjetas de los remitentes y al principio las abría, pero pronto me cansé de hacerlo. No deparaban sorpresas: todos eran productores, directores, responsables de publicaciones de cine, cadenas de televisión... regalos interesados, en mayor o menor grado.

Sólo uno llamó mi atención y despertó mi curiosidad. Un paquete pequeño, rectangular, envuelto en un suntuoso papel dorado y adornado con un gran lazo de terciopelo rojo. No traía tarjeta, sólo el sello de haber pasado los controles de seguridad del hospital. Era demasiado grande para ser una joya. Demasiado pequeño para una caja de bombones. Lo abrí con curiosidad. Dentro del envoltorio había una caja de cartón reciclado. En su interior, una hojita de papel doblada en cuatro. Estaba escrita en letras mayúsculas:

BAJO EL ENVOLTORIO MÁS OSTENTOSO LATE LA

BELLEZA DE LO AUTÉNTICO. ÉSTE ES UN REGALO

ATREVIDO PARA LA MUJER MÁS BELLA DEL MUNDO.

Dentro de la caja había algo más. Una pieza de puzle, de cartón. En el anverso sólo había unas aguas imposibles de identificar, de color verde botella. La observé con interés, antes de devolverla a la caja, junto con la nota. Más que «atrevido», como rezaba el papel, me pareció absurdo, descabellado. Incluso pretencioso. ¿Quién podría haberme enviado algo así? Desde luego, tenía que ser alguien cercano, porque muy poca gente conocía mi paradero. ¿Era el regalo de un loco? Sólo un tiempo atrás, me lo habría parecido. Habría dado órdenes de no recibir ningún otro regalo. Me habría sentido amenazada, violentada. Ahora, en cambio, me descubrí valorando la sencillez, la originalidad, la osadía. Y el misterio. Un misterio encantador que me hizo pensar en otra cosa por primera vez en muchos días.

* * *

Una de mis únicas distracciones mientras permanecí en el hospital fue recordar. Recordar unos años de mi vida que el tiempo había convertido en una niebla espesa. Tanto que leer tus palabras fue como revivirlo. No, más bien fue como vivirlo por primera vez. Me parece casi ciencia ficción que recuerdes mis gestos, mis palabras, que sepas describir con tanta precisión lo que sentiste hace tantos años. Serías una gran guionista, no lo dudes. Las historias de ficción siempre se escriben con lo que dejaron en la memoria y en el corazón las historias reales.

¿Sabes que volví a ver a Janko? Fue mucho tiempo después, en un restaurante carísimo de alguna ciudad inglesa que ha desaparecido de mi memoria. No sé qué hacía yo allí, cenando con un productor, dos guionistas y una actriz rubia que estaba de celebración porque acababa de operarse todo el cuerpo. ¡Menuda compañía! Se acercó a mí una pareja que llevaba un carrito de bebé. Eché un vistazo al bebé, que era rubio y dormía como un bendito. Cuando volví a mirar a la pareja pensé: «Es tan rubio como el padre», pero ni así caí en la cuenta.

- ¿Cómo os llamáis? -pregunté.

- Yo soy Paula -dijo ella, sonriendo, encantadora.

- Y yo Janko, Olvido. Veo que ya no te acuerdas de mí.

Entonces lo reconocí. Más guapo y rubio que en mi memoria. Me pareció que los años lo habían mejorado.

- Siempre me alegro cuando te veo en la tele. Y le digo a Paula: mira, ahí está la chica más loca que he conocido nunca -dijo sonriéndole a su hermosa mujer.

Rubiqué la obligada dedicatoria, les pregunté por el niño, escuché algunas batallitas de pareja, supe que estaban intentando darle un hermanito a su retoño, que vivían en un pueblo cercano a Londres, que era la primera vez que acudían a ese restaurante, alabamos el poder de las casualidades y nos despedimos con muchos besos, después de darnos la enhorabuena mutuamente.

- Eres nuestra actriz favorita -dijo ella, cándida, antes de marcharse con su familia.

Janko me dedicó una mueca encantadora, con guiño de ojo incluido. Lo interpreté como un homenaje a los viejos tiempos.

Cuando volví a la mesa, donde la actriz operada hablaba de asuntos banales, pensé: «Debí acostarme con ese bombón cuando tuve la oportunidad».

* * *

Recuerdo con nitidez cuándo comencé a respetarte aunque, por supuesto, no te lo dije nunca. Después de que me encubrieses busqué tu expediente en la oficina de Amarelo. Saber de tus amistades peligrosas y de tu faceta de niña mala te hizo sumar enteros a mis ojos de rebelde sin causa. Después tampoco estuvo mal que me ayudases con las clases de historia. Te juro que me ahogaba en la biblioteca mientras tú parecías estar en tu hábitat natural. Si no llega a ser por ti, no habría entregado a tiempo ni un solo trabajo.

Siempre parecías dispuesta a escribir dos versiones de aquellas largas parrafadas sobre la revolución que tocase, como si fuera lo más normal del mundo hacer el trabajo de las dos. No recuerdo habértelo agradecido nunca. ¿Lo hice? Tampoco recuerdo haberte devuelto el favor, además de la escasa ayuda que te brindaba de vez en cuando con el inglés, que era tu talón de Aquiles. Nunca comprendí cómo una persona tan dotada para todo lo intelectual como tú podía ser tan torpe con los idiomas.

* * *

Aunque te suene a lugar común, lo que más recuerdo de Cumbres Blancas es nuestra despedida. Aquel día de principios de septiembre en que las dos nos levantamos sabiendo que debíamos separarnos y que tal vez no volveríamos a vernos. ¡Se tiene un sentido muy dramático de la existencia a los dieciséis años! A pesar de todo, fue una separación dolorosa. Por lo menos, para mí.

Ésta es la escena que ha retenido mi memoria todos estos años: el chófer y la secretaria de turno de mi madre esperando para llevarme a casa. A unos pocos metros, tu padre consultando insistentemente el reloj. Si supieras la envidia que te tenía porque tu padre estaba allí, con o sin Miranda. Tú clavabas la mirada en el suelo y dabas rítmicos golpecitos con la pierna, como siempre que estás nerviosa.

- Te voy a echar mucho de menos -dijiste al fin y me abrazaste muy fuerte.

Logré musitar un débil:

- Yo también, tonta. -Y añadí-: Pero vamos a volver a vernos, seguro.

- Segurísimo -repetiste.

Después diste media vuelta y te subiste al coche de tu padre sin mirar atrás. Me pareció que te enjugabas las lágrimas. Sentí que a mi corazón le costaba separarse de ti.

Nunca te habría dicho esto entonces, Abril, aunque lo sentí por primera vez durante aquel estrecho abrazo. Hasta antes de conocerte nunca le importé a nadie. Nunca por mí misma, quiero decir. Después de despedirme de ti, supe que nunca me acostumbraría a eso. Ha sido así. Nunca he aprendido a que me quieran. No sé cómo tomarlo, cómo actuar. Estar sola me provoca menos quebraderos de cabeza. Cierto y triste. El resumen de mi vida.

A diferencia de lo que te ocurrió a ti, tuve suerte de no volver a Cumbres Blancas. Me redimí de mis pecados. Prometí a Cornelia que no volvería a escaparme ni la pondría en apuros frente a mi padre. La convencí para que me enviara a otra parte durante los meses de verano en que para ella era una carga insoportable. Comencé a frecuentar las residencias en el extranjero. A idioma por año sin contar el inglés, que dominaba desde pequeña: italiano, francés, alemán... Conocí a gente interesante, vi mundo y me alejé de Cornelia más aún. Algo que nos gustaba a las dos, en lo que siempre estábamos de acuerdo.

¿Conservas alguna de aquellas largas cartas manuscritas que nos escribíamos? Estoy convencida de que deben de estar en algún rincón de mi piso de Barcelona. ¿Qué nos contábamos? Yo recuerdo que hacíamos muchos planes: vivir juntas, estudiar juntas, casarnos con dos hermanos gemelos. ¿No te parece casi un milagro que supiéramos mantener viva una amistad tan temprana, a pesar del tiempo transcurrido y la distancia que nos separaba? Yo he pensado mucho en aquellas niñas en las últimas semanas, Abril. En las dos amigas que se despidieron entre lágrimas después de aquel verano en Cumbres Blancas jurándose que volverían a verse. Creo que es por ellas por lo que estoy aquí, escribiendo este mensaje compulsivo y demasiado largo. No podemos decepcionarlas.

* * *

Durante los días que pasé en el hospital, sólo una idea me obsesionaba: Londres. Quería marcharme como fuera. Escapar. En Nelson me sentía desamparada, lejos de todo, rodeada de gente extraña. Tenía que largarme. Con o sin permiso de los médicos, que se empeñaban en recordarme que mis lesiones necesitaban su tiempo y repetían mucho la palabra «paciencia». Odiosa palabra. Yo no quería oír hablar de ello. Sólo deseaba volver a

mirarme al espejo sin que me dieran ganas de llorar. Implantarme pelo, ponerme en manos del mejor dermatólogo del Reino Unido, reconstruirme la nariz. Reconstruirme entera. Volver a ser yo.

No te lo vas a creer, pero tuvo que intervenir el desagradable de mi abogado desde Boston. Incluso amenazó a los médicos con demandarlos si no firmaban mi traslado al Reino Unido inmediatamente. Tal vez no era necesario armar tanto barullo, pero la verdad es que consiguió el alta y yo me salí con la mía. Logré que me trasladaran a Londres en un avión privado del hospital. De la factura se ocupó la productora de la película que dejé a medias. Ya sabrás que se estrenó poco después, tras una labor impresionante de los guionistas. Conocí todos los cambios argumentales al poco de someterme a la primera operación. El director me llamó personalmente para contármelo.

- Hemos reescrito el final -dijo-. Ahora tu personaje muere en la selva y es sustituido por otra agente secreta. Ha quedado muy bien. La gente llorará tu muerte como la de toda una heroína.

No supe si debía alegrarme de ser una heroína. Aún no sabía quién sería mi sustituta. O puede que no quisiera decírmelo para evitar tener que enfrentarse a mi reacción. Le dije que no me parecía bien. Que me habría gustado tener la oportunidad de terminar mi trabajo.

- No podemos esperarte, Olvido -repuso-. Cada día que pasa perdemos un montón de dinero. Tenemos que estrenar en la fecha prevista como sea. Piénsalo; así es mejor para todos. Tú necesitas tranquilidad para ponerte bien.

Así es la gran industria del cine. El show siempre continúa. Ninguna ausencia paraliza un engranaje tan gigantesco. Lo tomas o lo dejas.

De modo que mi personaje, en la nueva versión, muere en acto de servicio en un accidente terrible en el que además se incendia un helicóptero. En pantalla grande, la escena quedaba realmente espectacular, según me dijeron. Tenía, además, el morbo añadido de ser real, la verdadera desgracia que acabó con la carrera de la gran Olvido Rus.

Yo no querría perderme por nada del mundo una película como ésa. Quiero decir que comprendo a la gente que fue a verla. Mucha gente en todo el mundo. La película consiguió la mayor recaudación de una película de Hollywood en los últimos veinte años.

* * *

En Londres, alquilé a precio de oro un pequeño apartamento en la propia clínica.

Allí comencé a sentirme un poco mejor, lejos de miradas indiscretas o compasivas.

Lo peor vino después, cuando comenzaron las operaciones y las entrevistas con los cirujanos plásticos, que se empeñaban en explicarme hasta la extenuación cada uno de los pasos que daríamos. Me mostraban cómo iba a quedar mi rostro en simuladores virtuales y constantemente me daban motivos para tirar la toalla. Pero mi cabezonería era mayor que mi miedo.

Lo peor fue darme cuenta de que la que debía de ser yo no se parecía a mí. El día que lo descubrí me cubrí la cabeza con un pañuelo, me puse unas enormes gafas de sol y salí a la calle. Caminaba con dificultad porque había perdido fuerza en la pierna, pero lo que me impedía avanzar no tenía que ver con el tono muscular. Tenía pánico al anonimato. Me decía a mí misma que no deseaba que los fans me asaltaran, pero nadie me reconocía, y aquello fue el golpe más duro de todos. ¿Tanto había cambiado? ¿Tan mal estaba, al fin y al cabo? Sí, sí, la respuesta era sí, un sí rotundo que yo no quería aceptar. ¿A quién estaba engañando? Aquella excursión kamikaze era una demostración más de mi locura. Llamé a la clínica desesperada para que alguien fuese a por mí, aunque sólo me había alejado dos calles. A partir de ese día, acepté la ayuda psicológica. La acepté como quien sabe que debe ducharse o que hay que comer. ¿Podía curarme? Comenzaba a dudarle de verdad.

Largas intervenciones, insufribles postoperatorios. Llegó el momento de afrontar lo que más me perturbaba: mi pelo. Los microinjertos eran débiles, no se parecían en nada a mi melena y no tenían brillo. Eran como una pelusa y, además, los implantes a menudo no funcionaban. Debía esperar seis meses para realizar otro tratamiento similar, seguir una dieta horrible -lentejas, brócoli, zanahorias, pipas...- y engullir vitaminas como si fuera un pura sangre preparándose para las carreras.

Por nada del mundo quería pasar por todo aquello a la vista de nadie. Los productores de la serie empezaban a ponerse nerviosos. Los responsables de mi oficina de prensa y mi abogado eran incapaces de detener la avalancha. A pesar de mis deseos de desaparecer, cada vez eran más los que querían hablar conmigo en persona, sin intermediarios. Todo esto con el objetivo de sopesar el futuro de mi vinculación con la productora. En realidad necesitaban comprobar con sus propios ojos si podría seguir trabajando. Si merecía la pena esperarme o mejor buscaban otra cara bonita que ocupara mi lugar. Aprender que no soy insustituible ya era demasiado para mí.

Antes de que me diesen el alta, resolví las últimas cuestiones. Qué hacer con mis nuevas propiedades. Decidí que lo mejor sería que permanecieran todas abiertas, dando la impresión de que yo podía aparecer por allí en cualquier momento. Nombré personal nuevo de mantenimiento. Ninguno de ellos sabía para quién trabajaba, y eso me salvaba de la curiosidad y de la indiscreción. Mi abogado se encargó de todo. Cambié de teléfono para evitar molestias. De haber podido, me habría aletargado como un oso cuando hiberna. Mi vida entera se detuvo, como una de esas escenas que se congelan en la pantalla al apretar el botón de pausa.

Llegada a ese punto, sólo había un lugar del mundo al que deseaba ir. Un lugar en el

que curar mis heridas, reponerme y olvidar. Para eso lo bautizamos una vez, ¿verdad? Para olvidar.

* * *

La segunda pieza de puzle llegó en una caja idéntica a la primera. Papel dorado, lazo de terciopelo, caja de cartón. La nota -de nuevo con letras mayúsculas- esta vez decía:

UNA PIEZA QUE NO ENCAJA NOS FORMULA PREGUNTAS.

OJALÁ PUDIERA DARTE LAS RESPUESTAS.

De nuevo, no llevaba remite. Me dijeron que el paquete lo había traído una empresa de mensajería. Iba a llamar para preguntar por el misterioso cliente, pero me detuve. De pronto, me sentí ridícula. No sería más que un admirador. Uno mejor informado que el resto, y con más imaginación. No merecía la pérdida de tiempo. Además, tenía cosas más importantes en que pensar.

* * *

No sabía que Cornelia había mandado instalar un teléfono en la villa del lago. Al fin y al cabo, tal vez era verdad que la estaba preparando para el día en que se jubilara, y eso incluía su oficina móvil, por supuesto.

Supe que había teléfono en la casa porque comenzó a sonar. Estaba en la sala junto a la cocina, ocupada en leer viejas revistas de gastronomía mientras me tomaba uno de esos brebajes de vitaminas que me había recetado el dermatólogo. Sabía a rayos. De pronto, sonó el primer timbrado, como si viniera de otro mundo. Salí al pasillo, de donde parecía provenir, y descubrí el aparato, un moderno inalámbrico, instalado sobre uno de esos muebles barrocos que tanto gustaban a Cornelia y que se empeñaba en comprar en los

anticuarios de medio mundo. Ella decía que los rescataba. A mí me parecían tan feos que no merecían ni un vistazo.

Cuando conseguí llegar al aparato, las llamadas se habían agotado. El número que figuraba en el pequeño rectángulo iluminado no me sonaba de nada. Lo miré durante un instante, hasta que la pantalla digital se apagó, como si esperara alguna otra reacción por su parte. Entonces, empezó a sonar de nuevo. Era el mismo número. Esta vez descolgué. Desconcertada, con timidez. Y por alguna extraña razón, lo hice del mismo modo en que solía contestar Cornelia. Incluso me salió su cantinela teatral y su voz nasal cuando dije:

- ¿Alóooooo?

Un desconcierto me respondió al otro lado. Repetí el saludo, esta vez con mi propio estilo.

- ¿Sí? ¿Hola?

- ¡Olvido! Por un momento he pensado que el fantasma de tu madre contestaba al teléfono. ¡Qué susto!

Era Peter. Mi padre. Hablaba en español con marcado acento estadounidense. Me pasé al inglés para facilitarle las cosas.

- La verdad es que yo también -intenté reírme.

- ¿Cómo estás? -preguntó.

- Viva.

- ¿Y eso te alegra o te enfurece?

- Tengo ratos de todo.

Un silencio tímido o emocionado o incómodo dejó paso a lo que esperaba de él:

- No he podido darte el pésame por la muerte de Cornelia.

- Y yo a ti tampoco.

Se hizo una pausa. Como si los dos calibráramos quién merecía más las condolencias. Esta vez hablé yo:

- ¿Cómo te va?

- No me puedo quejar -repuso con un tono de voz más distendido, como si los ánimos se fueran relajando-. Disfruto de mi edad dorada. Soy un abuelo cascarrabias.

- ¿Ya tienes nietos?

- Siete.

¡Caray! Caí en la cuenta de que hacía mucho que no hablaba con Peter. Mejor, porque nuestras conversaciones eran más bien una sinfonía de silencios. El diálogo de dos personas demasiado distantes para encontrar algo que decirse.

- Yo no voy a hacer que aumente esa cifra, me temo.

- ¿Estás segura?

- Completamente.

- Con los años, he aprendido a no fiarme de las mujeres cuando hacen afirmaciones categóricas con respecto a esta cuestión.

Otra pausa, alguna risa. Ganas, por parte de ambos, de fingir que aquella era una conversación normal, entre personas normales que se tienen afecto. No nos salía muy bien. Pero me parecía percibir cierta voluntad por parte de ambos por mejorar las cosas. Sin Cornelia sería más fácil.

- Estaba preocupado -continuó-, las revistas dicen cosas horribles de ti.

- La mayoría se quedan cortas. Ha sido terrible.

- Hablas en pasado. Es buena señal.

- Creo que voy a tener que aprender a hacerlo de ahora en adelante. La Olvido Rus que todos conocían ya es historia. La de ahora es fea, gorda y no tiene bazo.

- Se puede vivir sin bazo. Lo de fea y gorda, sencillamente, no me lo creo.

- Espera a verme.

- Tienes un talento enorme para el drama, como Cornelia. No creo ni media palabra. El día que salgas de ahí y decidas que el mundo es digno de ti, dejarás a todos deslumbrados. Y no sólo por tu belleza exterior, sino por cosas más importantes. -Hizo una pausa tal vez esperando respuesta por mi parte, pero no llegó, así que prosiguió-: Eres una mujer muy fuerte. Sé que no te rendirás sin presentar batalla.

Era un lugar común, pero me gustó percibir aquella seguridad en sus palabras. Fue como una de aquellas inyecciones de vitaminas a las que me estaba acostumbrando. La mejor de todas.

- Gracias por la confianza -balbucí.

- ¿Sabes que tenía la certeza de que te encontraría ahí?

De pronto caí en la cuenta de algo:

- ¿Y cómo conseguiste el teléfono? -inquirí.

Contestó con una naturalidad desconcertante.

- Me lo dio tu madre. Lo mandó instalar hace unos meses, por si le pasaba algo. Últimamente estaba delicada.

- ¿Delicada de qué?

- Del corazón. Había tenido un par de sustos. Creo que estaba más preocupada de lo que quería reconocer. ¿No te dijo nada?

- No.

- Típico de ella. Ya sabes cómo era.

- Sí.

- Incapaz de pedir ayuda. Me temo que te pareces mucho a tu madre.

- No en todo -me apresuré a decir.

Incluso ahora que no estaba, Cornelia no dejaba de sorprenderme. Había pasado toda su vida fingiendo ignorar a ese hombre y lo primero que hacía al instalar un teléfono en su retiro dorado era darle el número. Y contarle que estaba delicada del corazón.

- ¿Admites visitas? -preguntó Peter a bocajarro.

Tuve que pensarlo. No tenía ganas de ver a nadie. Mejor: no quería que nadie me viera. No soportaba mi nuevo aspecto físico. Había engordado unos cuantos kilos, mi pelo ni por asomo recordaba al que era antes del accidente y aún me quedaban dos operaciones. Hasta que todo eso terminara, no quería ni oír hablar de visitas. Y menos de Peter.

- Tal vez más adelante.

- De acuerdo.

- ¿Te importa?

- Un poco, pero estoy acostumbrado. Cuídate, ¿de acuerdo?

- Lo mismo.

Y colgamos. Me quedé un rato pensando en el sentido de aquella llamada y en las ganas de hablar de Peter. Tal vez le pasaba como a tanta gente: ahora que Cornelia había muerto se daba cuenta de que la echaba de menos y sólo pretendía avivar conmigo su nostalgia. Algo a lo que yo, desde luego, no estaba dispuesta. La nostalgia nunca formó parte de mi dieta.

Volví a mis revistas de gastronomía y a mi zumo de rayos y truenos.

Los hombres no dejan nunca de desconcertarnos. Ni siquiera cuando son abuelos.

* * *

En realidad, no es cierto que esté sola en la villa. Tengo a los guardeses, Giulio y Franca, mis ángeles de la guarda. Llevan aquí desde que Cornelia los contrató hace más de treinta años y han envejecido mirando este paisaje. El lago les ha dejado un brillo de serenidad en los ojos y una sonrisa calma que no se borra nunca de sus rostros surcados de arrugas. Siempre se han encargado de todo, saben todos los secretos de la casa y a mí me conocen desde niña, lo mismo que conocían bien -y admiraban- a mi madre. Me conmovieron las lágrimas de Franca cuando me vio llegar. Pensé que lloraba por Cornelia, pero me dijo que había pasado mucho miedo cuando supo de mi accidente, que había temido por mi vida y había rogado a Dios por que pronto pudieran verme de regreso en la villa. Sus ruegos, me dijo, se habían cumplido. «Has hecho bien en venir -añadió-, Giulio y yo te cuidaremos como cuando eras pequeña y el lago hará el resto.»

Franca cocina para mí desde el primer día. Sus guisos son contundentes y muchas veces no puedo terminarlos. Me costó un horror explicarle por qué no como carne. Creo que se contrarió, que pensó que es otro de mis caprichos. En todo caso, respetó mi voluntad. Franca prepara la mejor salsa pesto del mundo.

Giulio viene a verme todos los días, por la mañana y al caer la tarde, a asegurarse de que no necesito nada y ver que está todo bien. *Tutto bene, signorina?*, pregunta desde el umbral de la puerta. *Tutto bene, Giulio. Grazie mille*, respondo yo, imitando esa cantinela del norte que tanto me gusta. *Arrivederci, signorina*, dice él. *Arrivederci, Giulio*, respondo yo. Y así hasta el día siguiente en que todo vuelve a comenzar sin variaciones, con una seguridad maravillosa de que las cosas van a seguir así.

* * *

Siento que va siendo hora de enviarte esta larga confesión, pero temo hacerlo. ¿Te tengo miedo? Desde luego que no. Sé que te alegrará saber por fin de mí. Le temo a mi soledad. Si te envío estas líneas, estaré completamente sola. Los días aquí se harán interminables. No tendrá sentido nada. Por eso sigo resistiéndome a desprenderme de ellas.

* * *

La tercera caja me dejó aún más desconcertada que las dos anteriores. Apareció en la escalera del porche a primera hora de la mañana. Me la entregó el guarda, con una gran cara de desconcierto, encogiéndose de hombros. El envoltorio era el de las otras veces: papel dorado y brillante, lazo de terciopelo. Esta vez el paquete era más grande, como una caja de bombones. En el interior había no una pieza, sino varias. Conté veinte. Las dejé sobre la superficie de la mesa y las estudié con cuidado antes de leer la nota. Esta vez sólo decía:

EL FUTURO TAMBIÉN ES UN PUZLE.

PARA ARMARLO SÓLO SE NECESITA VALOR.

Me preparé un sándwich y me senté en la terraza con las nuevas piezas diseminadas sobre la mesa. Las removí como se mueven las fichas del dominó, buscando al azar alguna pista por la que comenzar a formar algo parecido a una imagen. Arena, vegetación y el azul del mar: ésas eran las posibilidades que se ofrecían a mis ojos. Intenté casar dos piezas. Vi que coincidían, pero no me servía de nada. Parecían partes de un paisaje, aunque resultaba imposible saberlo. Busqué las anteriores, las que recibí en primer lugar, pero nada mejoró. Más agua y más verdor retándome desde la superficie de madera lisa. Intenté pensar si había algún sentido en todo aquello. Busqué en mi memoria un recuerdo, una palabra que dirigiese el rumbo de mis cavilaciones. Me encontré manoseando cada trocito de imagen: ¿una duna?, ¿un montículo? Hasta que di con una que parecía un codo. ¿Un codo? ¡Entonces la arena no era arena, sino piel! Mi descubrimiento me llenó de entusiasmo. ¿Eso cambiaba las cosas? Sí, las cambiaba, pero ¿qué sentido tenía? La solución parecía lejos aún. De pronto, aquel juego me pareció pueril. Una pérdida de tiempo.

Cansada de buscar, en un arranque de furia hice volar todas las piezas por los aires. Luego las recogí del suelo revueltas entre el pan integral y los trocitos de tofu marinado al limón. Las eché de nuevo a la caja y las tiré al cubo de la basura. Luego las saqué de allí, las dejé cuidadosamente sobre la mesa de la cocina y me fui a la cama, preguntándome quién o qué era tan importante para ponerme así.

* * *

Más sobre hombres desconcertantes. Me llama mi abogado desde Boston para decirme que de mis cinco ex maridos, cuatro le han preguntado por mí. Él ha sido prudente, dice, y ha preservado mi derecho a la intimidad. Ha anotado sus teléfonos actuales por si deseo llamarlos para dar noticias personalmente. Le he dicho que no quiero sus teléfonos, pero que si tiene ocasión les agradezca el interés.

Puedo imaginar quién es el que no ha preguntado. Tommy. Pobre Tommy, el primero, el que tú viste en televisión poco después de regresar de Londres. Creo que cambié de estado civil sólo por curiosidad, por saber qué se sentía siendo una mujer casada, por comprobar si los demás me trataban de otro modo después de ese paso. Por supuesto, elegí un actor menos popular que yo, con una carrera más incipiente. A pesar de la publicidad que consiguió a mi lado, creo que le hice un flaco favor. Era guapísimo, eso sí. Pero incluso los más guapos aburren. Lo dejé a los cuatro meses por un productor de más de sesenta años. Creo que todavía me odia.

Philip K. Hutch, el productor. Tenía sesenta y dos cuando nos casamos, el mismo día de su cumpleaños. Nos fuimos de viaje de luna de miel a Honolulu. Antes de ser su mujer ya sabía que me iba a aburrir con él en la cama. Buscaba un padre, no un marido. Él lo sabía. Por eso no se extrañó cuando lo engañé varias veces con hombres más jóvenes que él. Uno de ellos fue Konrad, el tercero. Philip K. era demasiado para mí, un hombre formidable. Después de divorciarme de él, siguió ejerciendo de padre conmigo. Le pedía consejos de vez en cuando, lo escuchaba como a nadie. Sólo cuando se casó de nuevo dejé de hacerlo. No creo que él pueda dejar de verme jamás como a una niña malcriada. Así me comporté con él. Pero le estoy muy agradecida.

Konrad. Un infierno. Bailarín, obsesionado con su físico. Ambicioso hasta la extenuación. Éramos dos titanes conviviendo en un palmo de terreno. Nuestras discusiones eran tan violentas que los vecinos llegaron a denunciarnos. Cuando venía la policía, él los invitaba a un trago y les explicaba que su esposa era actriz y estábamos ensayando un nuevo guión. Cuando me veían aparecer, todo se diluía. Me pedían autógrafos para sus hijos, para su mujer, para su madre, rechazaban la media copita de oporto que les servía Konrad y se iban a casa tan contentos como si se la hubieran tomado. De vez en cuando,

cambiábamos de apartamento, sin movernos nunca de Manhattan. Nuestro matrimonio duró siete meses, cuatro mudanzas y doscientas setenta y cuatro discusiones.

Luego vino una temporada de soledad. Divorcio tras divorcio, sentía que necesitaba reencontrarme a mí misma. Me retiré a un templo budista, aprendí a meditar, me conocí un poco mejor y huí despavorida de mí misma. Pagué por esos conocimientos un precio astronómico. También me acosté con mi maestro espiritual, pero eso fue otra cosa. Él lo llamó «intercambio de sabiduría». Estuvo bastante bien.

Me casé de nuevo un año después. Fue mi matrimonio más duradero. El cuarto. Juan Isidro, un cubano que llegó a Miami en patera, pero que hizo fortuna regentando una cadena de restaurantes de comida latinoamericana. A su lado la vida era diversión constante. Las fiestas que organizaba eran las mejores que he conocido en la vida. Viajaba sin parar, como yo, y sólo de vez en cuando coincidíamos en alguna parte. A veces pienso que no nos divorciamos porque apenas nos veíamos. La crisis comenzó cuando me habló de tener hijos. El asunto surgió de pronto en su cabeza, como una de esas tormentas tropicales que todos los otoños se forman sobre el mar Caribe, y en seguida cobró dimensiones espeluznantes, de verdadera obsesión. Hablaba de ello todo el tiempo, me presionaba, me acusaba de ser «una hembra anormal» (así lo decía él). Fue el principio del fin. Un día le dejé claro que no tendría hijos. Nunca. Pronuncié la palabra varias veces, con vehemencia: «Nunca, nunca, nunca, ¿te queda claro, mi amor?». Se marchó de casa dando un portazo. Al día siguiente su abogado me llamó para pronunciar de nuevo la palabra de mi vida: divorcio.

Fue una ruptura poco civilizada, Juan Isidro se había convertido de pronto en una especie de ser vengativo dispuesto a hacerme pagar sus frustraciones. La verdad es que no reconocía al hombre con el que había convivido varios años, aunque eso les ocurre a muchas mujeres que se divorcian. Las personas somos complejas y nunca agotamos nuestra capacidad de sorprender a los demás, incluso a los más íntimos. Nuestros abogados tuvieron que negociar mucho, discutir todos los puntos de los acuerdos prematrimoniales, hacer inventarios de bienes, revisarlos con sumo cuidado y seguir negociando hasta la extenuación. Fue largo y tedioso, y en muchas ocasiones se solicitó mi presencia. Vi muchas veces al abogado de Juan Isidro antes de nuestra primera cita a solas. Antes de eso ya me había dado cuenta de cómo me miraba, lo atractivo que era, lo mucho que me estaba ayudando a pesar de las locuras de su cliente... Se llamaba Mark, era medio irlandés y fue mi marido durante un año y medio. El quinto y último. Iba a escribir «por ahora», pero me he dado cuenta de que cinco maridos es más que suficiente.

* * *

A veces me sorprende lamentándome por no haber tenido hijos. ¿Hijos yo? ¿Te lo imaginas? Peter no me tomó muy en serio cuando le dije que por mí no aumentará su número de nietos. Pero estoy absolutamente convencida. Soy demasiado egoísta para tener hijos. Hay personas que nunca deberían cometer ese error. Mi madre era una de ellas. Yo no deseo seguir sus pasos.

A pesar de todo, a veces echo de menos los hijos que nunca tuve. Creo que me estoy volviendo una persona absurda. ¿Habría cura para esa dolencia?

* * *

La penúltima caja llegó por correo. La recogió Giulio en la oficina del pueblo, porque era demasiado grande para dejarla en ningún buzón. Me sorprendió el cambio en el método de envío y traté en vano de buscarle alguna explicación.

Por lo demás, era todo igual que las otras veces, sin sorpresas. El papel, el lazo. Era del tamaño de una caja de zapatos. Contenía un montón de piezas, sospeché al instante que se trataba del puzle completo, pero me equivoqué.

La nota decía:

SE ACERCA LA HORA DE LA VERDAD.

LO QUE A TI TE FALTA ES LO QUE YO MÁS DESEO.

LO QUE A MÍ ME FALTA ES VALOR PARA DECÍRTELO.

Busqué una lupa que recordaba haber visto en el cajón de un escritorio y, en la cocina, una bandeja grande para colocar todas las piezas y que no se extraviase ninguna entre tanto movimiento. El puzle estaba completo y sólo había que poner cada pequeño fragmento en su lugar, que no era poco. Comencé como cuando era niña, colocando las piezas inconfundibles, o sea: las cuatro esquinas. Después fui separando a un lado todas las que correspondían a los bordes y por último imaginé que el azul del mar, más oscuro, iría en la parte inferior y el cielo, de color más claro, arriba.

El resultado fue desesperanzador a simple vista, pero no me di por vencida. Estaba

decidida a saber algo más, a saberlo todo. Por ejemplo, a quién correspondía la desnudez de una espalda que ya se comenzaba a formar ante mis ojos, o en qué mar se reflejaba el cielo azul. Pero, sobre todo, quería saber quién me había enviado aquello y por qué. A quién podía importarle yo lo bastante para tomarse tantas molestias, para poner tanto esmero en el envoltorio, tanto cuidado en el resultado de ese juego que, lo quisiera o no, me había cautivado. Comencé a pensar que, quienquiera que fuese, debía de tratarse de alguien muy especial.

Una vez armado el esqueleto del puzle todo fue increíblemente fácil. Llevaba enfrascada en mi minuciosa labor más de una hora cuando reparé en que el sol se ocultaba y que no había luz para ver bien. Acerqué una lámpara de pie hasta la mesa. Cuando cada una de las pequeñas porciones estuvo en su lugar, me dejé caer en la silla y respiré hondo. Faltaba una pieza, sólo una. Pensé que la había perdido. La busqué en cada una de las cajas, en el suelo, en la mesa, pero no estaba por ninguna parte. ¿Y si esa ausencia era buscada? Después de todo, la nota hablaba de algo que faltaba. Aun sin ese diminuto pedazo, todo tenía sentido. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? La imagen de mi espalda desnuda al sol del Caribe me desveló al fin el enigma.

¡Era una foto mía! El puzle reproducía una imagen que se había publicado en todas las revistas y en las agencias de prensa del mundo entero. Formaba parte de un reportaje donde se me veía en biquini, posando en una playa paradisíaca de la isla de Trinidad. Pero quien fuera había elegido una de las fotos menos llamativas, en la que se me veía de espaldas. Podía ser yo o cualquiera, porque la chica de la foto no tenía rostro. ¿O tal vez mi remitente misterioso había querido evitarlo pensando en mi estado de ánimo?

¿Y ahora qué? Me inquietaba pensar qué sería lo próximo, o peor, que el juego terminase ahí. Además, ¿por qué faltaba una pieza? Entonces me di cuenta de algo. La pieza que faltaba, de haber estado en mi poder, habría mostrado sólo un pedazo de piel y un pedazo diminuto de la tira -amarilla- del biquini. ¿Tenía algún significado que faltara precisamente esa pieza? ¿Y si mi jugador misterioso me estaba, en realidad, lanzando un mensaje?

Releí sus últimas palabras en letras mayúsculas y sentí un escalofrío: «Lo que a ti te falta es lo que yo más deseo. Lo que a mí me falta es valor para decírtelo». Entonces caí en la cuenta de lo que me faltaba. A qué correspondía la pieza que no estaba sobre la mesa.

Al corazón.

* * *

Te voy a contar algo increíble. Ayer subí a la buhardilla en busca de más revistas viejas de cocina. Lo paso muy bien leyendo esas viejas recetas y viendo transcurrir las horas tras los ventanales. No sé qué habría sido de mí durante estos días sin ellas. Ni sin las revistas ni sin los ventanales. Ayer Franca me dijo que podía haber más «papel viejo» en la buhardilla, junto a los mil cachivaches que Cornelia guardaba allí. «Nunca tiraba nada, ya lo sabes tú bien», añadió. De pronto, esa buhardilla repleta de trastos del pasado me despertó una curiosidad enorme.

- ¿Quieres que vaya a ver? -insistió Franca.

- No hace falta -repuse-, iré yo.

La mujer sonrió al retirarse. Adiviné lo que podía estar pensando mientras se alejaba: que sólo un par de semanas atrás yo no habría consentido en subir, que lo hacía porque me encontraba mejor y que saltaba a la vista que estoy recuperándome muy de prisa. Hasta mi pelo está más espeso y brillante. Es como si mi cuerpo hubiera decidido volver a la vida.

La subida a la buhardilla se hace por una estrecha escalerilla de madera, más crujiente que el hojaldre. Se trata de un espacio bajo el tejado, lo bastante grande para cobijar a una persona de pie, repleto de trastos. Encontré las revistas que buscaba y curioseé aquí y allá entre las muchas cosas almacenadas. El afán por guardarlo todo de Cornelia me pareció enfermizo. Pensé que necesitaría toda la vida para clasificar tanto cachivache y que lo mejor era no intentarlo siquiera.

Pero, de pronto, algo llamó mi atención. Un baúl de viaje de color azul. Era metálico y se veía bastante nuevo. No debía de hacer mucho tiempo que había sido depositado allí. Lo abrí llena de curiosidad. Dentro había dos pijamas de hombre, un cepillo de dientes metido en su vaso, una maquinilla de afeitar, varios pares de zapatos, ropa -masculina-, unos prismáticos, unas zapatillas, varias novelas de detectives... Tomé uno de los libros. Estaba en inglés. En la primera página había una firma y una fecha. La fecha era del año pasado. En la firma se leía bien el nombre de Peter.

Lo llamé de inmediato.

- He encontrado un baúl con tus cosas en la buhardilla -informé.

- Ni se te ocurra tirarlas -fue su respuesta.

- No pensaba hacerlo. Pero no entiendo qué hacen aquí.

- Era típico de tu madre. Esconder en la buhardilla lo que no quería ver. También era maniática del orden, ya lo sabes. Le molestaba tener cosas por medio que en ese momento no iba a utilizar.

- ¿Os volvíais a ver?

Se hizo un silencio expectante, tal vez tenso. Le oía respirar al otro lado de la conversación. Casi podía oírle pensar. ¿Tal vez temía herir mis sentimientos?

- ¿La visitaste aquí? -insistí sin dar crédito.

- En realidad, nunca dejé de visitarla.

Me quedé perpleja.

- ¿Cornelia no te lo contó nunca? -preguntó.

- ¡Claro que no! ¡Jamás hablaba de ti! ¡Eras un tema tabú!

- Tenía sus rarezas. Era muy celosa de su intimidad.

- ¿Sus rarezas? Esto es más que una rareza. ¡Soy vuestra hija!

- Ella no habría estado de acuerdo con esa afirmación, ya lo sabes. Eras suya y sólo suya.

Me quedé en silencio, callando un reproche que, por fortuna, no llegó a salir de mis labios.

- No se lo tengas en cuenta -prosiguió Peter, conciliador, manteniendo una calma casi extraterrestre-. Te lo contaré todo cuando me dejes hacerte una visita.

¿Una visita? Le dije que aquélla era su casa. Más de lo que nunca habría pensado.

- Entonces iré pronto, Olvido. Tengo ganas de comprobar con mis propios ojos cómo estás. Y no te preocupes, ni se me pasa por la cabeza convertirme a estas alturas en el padre que nunca he sido para ti. Será como la visita de un amigo. Uno que te quiere un poco más que los demás. ¿Te parece bien?

Me parecía un plan maravilloso.

* * *

De hecho, pensaba que era Peter el día en que Giulio me anunció que un caballero preguntaba por mí.

- ¿Un caballero? ¿Por qué no lo ha hecho subir?

- No quiere. Dice que prefiere esperar abajo.

Bajé la escalera. Para mi sorpresa, en el porche encontré a mi ex secretario. Al que lo fue de un modo irreprochable y encantador hasta que lo despedí, poco después de llegar al hospital de Nelson. Llevaba unos sencillos vaqueros, una camisa blanca y una chaqueta gris preciosa, muy elegante. No me acordaba de que tenía los ojos claros. ¿O era posible que nunca me hubiera fijado?

- Sólo he venido a traerte esto -dijo.

En las manos sostenía una caja envuelta en papel dorado, adornada con un gran lazo de terciopelo rojo. Se me disparó el corazón nada más verla.

- ¿Quién te la ha entregado? -pregunté.

- No puedo decírtelo. Lo siento. Has hecho la única pregunta que no voy a responderte. ¿Quieres probar con otra?

Me desconcertó esa respuesta. Titubeé. Era raro estar hablando con Albert. No sólo porque lo había despedido, sino porque él se comportaba como si yo no me hubiera deshecho de él. Estaba tan encantador como siempre. Hacía gala de una seguridad seductora y misteriosa.

- Está bien -dije-, ¿qué tal me encuentras?

- Más guapa que nunca.

Tampoco aquello lo esperaba. Me puse a la defensiva.

- Pero ¿qué dices? He engordado.

- Antes tenías cuello de jirafa. Ahora estás mejor.

- ¿Y el pelo?

- Corto te queda bien.

- Eso no es verdad.

- Lo es. La melena es como una capa. Para mostrarse desnuda hay que ser preciosa.

Aquel hombre tenía respuestas para todo. Me pareció un poco impertinente, pero también un adulator. Nunca me había dado cuenta de que era tan hábil con las palabras.

- Los cambios más importantes no están a la vista -dije.

- Lo sé. Pero a nadie le importará tener tratos con una mujer sin bazo -susurró.

Solté una carcajada.

- Me he vuelto una ermitaña -añadí-, una pueblerina antipática.

- Admito la novedad de la pueblerina y la ermitaña, pero no creo que logres ser más antipática que antes.

- Caray, qué sinceridad.

- Claro. Ahora no tengo que conservar mi trabajo. Puedo decirte lo que pienso.

- Ya veo. Siento lo del despido, creo que fui un poco...

- No me malinterpretes -me interrumpió-: Te estoy muy agradecido.

»Ah -nueva sorpresa-. ¿Puedo saber por qué?

- Por cosas que no se pueden contar al pie de una escalera.

¿Hay algo más retador para una fanfarrona orgullosa que tropezar con un fanfarrón orgulloso? No podía dejarlo escapar. Además, aunque no dijera nada, aunque fingiera que no lo recordaba, no podía olvidar lo que aquel hombre había hecho por mí durante los primeros días de hospital, en Nueva Zelanda.

- ¿Quieres subir? -propuse con una sonrisa pícara-. Te invito a una copa de vino. Así podré intentar que me lo cuentes todo.

- Será un placer. -Hizo un gesto con el brazo, mostrando la palma y añadió-: Detrás de ti, jefa.

Fue una tarde desconcertante. Serví dos copas de Riesling y lo invité a sentarse en el sofá de la cocina.

- ¿Éste te parece un lugar más adecuado? -pregunté-. ¿Vas a contarme qué has hecho durante este tiempo?

- Encontré un buen trabajo, si es eso lo que te preocupa -dijo.

- No tenía duda. Te dejé unas referencias inmejorables.

- Estuve dos intensos meses en Estados Unidos, en la oficina de prensa de un candidato a las primarias. Los detalles son muy aburridos.

- ¿Ganó?

- Se quedó a las puertas.

- De las primarias hace ya varios meses.

- Decidí malgastar mis ahorros viendo un poco de mundo. Hice cosas que nunca antes me había permitido. Pensar, conocer lugares curiosos, tomar decisiones estrafalarias.
-Se interrumpió para servirme un poco de vino, sólo un poco, para que la copa no se llenase del todo. Sabía cuánto detestaba eso. Me desconcertó que conociera ese detalle.

- Ésta es mi última parada -prosiguió.

- ¿Mi casa? ¡Qué honor!

- Las cosas hay que terminarlas donde empezaron. Cerrar el círculo.

- ¿Cerrar el círculo? -repetí-. ¿Para eso estás aquí?

- Aquí estoy por alguien, no por algo -enfaticó-. Y porque debo de estar loco de atar. No tengo ni la más mínima posibilidad de salirme con la mía.

- ¿Salirte con la tuya? ¿Tienes un plan?

- Muy bien trazado. Llevo meses pensándolo, ya te lo he dicho. Pero me temo que es un plan perdedor.

- Entonces ¿por qué sigues adelante?

- Porque no me asusta perder. Y porque el asunto merece la pena. ¿No crees que es mejor arrepentirse de lo que has hecho que de lo que no te atreviste a intentar?

Me gustó mucho aquel comentario. Por la sabiduría que desprendía. Por su razón y su fuerza.

- ¿Te apetece un café o seguimos con el vino? -pregunté para que no se viera mi desconcierto.

- Detesto el café -repuso.

Me levanté a por otra botella de Riesling.

- Déjame a mí -dijo quitándomela de las manos.

La abrió limpiamente, la agarró con una servilleta y sirvió las copas. Volvimos al sofá. No hubo brindis. Me miró directamente a los ojos. Me puso tan nerviosa que

pregunté, casi como si fuera un mecanismo de defensa:

- Albert, ¿no crees que ha llegado el momento de que me confieses lo que de verdad has venido a buscar?

- Tal vez. Sólo quería saber si es cierto lo que dicen de ti las revistas.

- ¿Y qué es lo que dicen?

- Mentiras, espero. La mayoría de los periodistas piensa que no volverás a actuar.

- ¿Y qué piensas tú, ahora que me has visto?

- Que si no vuelves será porque no quieres.

- Muy halagador. -Dejé que el silencio transcurriera entre nosotros-. Pero no puedo creer que estés aquí sólo por eso.

- ¡Es verdad! -Sonrió, bajó la mirada y adoptó un gesto de adolescente pillado en falso. Un gesto encantador, por cierto, que a mí me disparó todas las alarmas. Creo que nunca me he fiado de nadie y en ese momento tampoco me fié de Albert-. El motivo que me ha traído hasta tu casa no puede ser más egoísta -reconoció.

- Supongo que era de esperar... -repuse, a la defensiva, tajante, adusta. En realidad, decepcionada, aunque nunca lo habría admitido-. Pero antes de que me digas lo que has venido a decirme, me gustaría agradecerte lo que hiciste por mí. -Me miró sin comprender-. En el hospital, después del accidente. No te separaste de mi lado ni un momento.

- Hice lo que debía -repuso con naturalidad.

- A pesar de todo, te lo agradezco. Quería que lo supieras. Y ahora, adelante con lo que ibas a decir. Dispara -animé.

Titubeó un instante, como si dudara, como si mi comentario le hubiera hecho cambiar de parecer. A pesar de todo, recuperó la determinación y prosiguió con su plan:

- Estoy loco por ti, Olvido -soltó a bocajarro. Le miré de hito en hito, sin dar crédito, sin saber qué responder-. Hace mucho tiempo. Ya te había advertido que era una locura. Pero tenía que decírtelo. Morir de desamor sin que lo sepa la culpable es de gilipollas, ¿no te parece?

Solté una risa nerviosa. ¡Aquella conversación me tenía absolutamente desconcertada!

- ¿De gilipollas? -repetí.

- Y de trasnochados -añadió.

- Siempre me pareciste un poco chapado a la antigua, Albert.

- Según tu parecer, entonces, ¿debería haber muerto sin decírtelo?

- No, no. Prefiero que me lo hayas dicho.

- Uf, qué alivio. Me quitas un gran peso de encima.

Decidí seguirle el juego. Después de todo, la ironía es siempre un disfraz.

- ¿Y ahora qué piensas hacer? -pregunté.

- No lo sé. ¿Suicidarme te parecería excesivo?

- La verdad es que me disgustaría mucho.

- Entonces, pensemos otra cosa. ¿Me compro un barco y me lanzo a recorrer los cinco continentes hasta que logre olvidarte?

- Eso suena mucho mejor.

- Aunque presenta un problema técnico. No tengo ni idea de cómo se tripula un barco. Además, te llamas Olvido. Si logro mi objetivo, estarás más presente que nunca.

- Entonces mejor trazar objetivos más realistas -dije.

Me pareció que sonreía. Un gesto sincero, delicado.

- Me lo pones cada vez más difícil. -Negó con la cabeza.

Me descubrí a mí misma mirando sus labios mientras hablaba. Me esforcé por disimular, pero creo que lo notó. Miré por la ventana.

- Es de noche -constaté.

- Entonces, tendré que prepararte una cena que no puedas olvidar.

- ¿Sabes cocinar?

- Lo suficiente.

Rellenó mi copa, se arremangó y se armó con todo lo necesario: delantal, cuchillos, ingredientes, un batidor, un bol...

- ¿Cómo puede ser que una chica como tú no tenga sésamo? -preguntó después de rebuscar en vano en todos los armarios.

- No suelo cocinar mucho aquí... -disimulé mientras guardaba en la nevera las espinacas con piñones y queso de cabra que me había preparado Franca para la cena.

En menos de media hora, Albert dejó lista una esponjosa tortilla de verduras y una ensalada de remolacha y queso feta con un aliño de vinagre y miel. Y por si no me había rendido totalmente a sus encantos como chef, amasó harina con agua y sal y coció unas tortas de trigo sin levadura que estaban para chuparse los dedos.

- Eres todo un experto, Albert, ¿podrías abrir un restaurante! -exclamé aplaudiendo de emoción nada más probar aquellas delicias.

- Nada es más eficaz que una deliciosa cena para seducir a una mujer -repuso-. Fue la mejor enseñanza que recibí en los cursos de cocina.

Suplimos el café con un par de tazas de té de jazmín. Cantaban los grillos junto al lago. No había luna. Aquella sobremesa me recordó a las de nuestra estancia en la casa, aquella vez en que toda la vida era un cuaderno en blanco por escribir. Le hablé de ti a Albert. De mi amiga del alma. Él escuchaba con una sonrisa.

- Gracias por entregarme los papeles de Abril, de corazón -le dije-. Me ofrecieron el mejor motivo para seguir adelante.

- ¿Puedo preguntar cuál es ese motivo?

- Saber con certeza que le importas a alguien.

No contestó. Habría sido fácil hacer un comentario en primera persona, pero no lo hizo. Valoré mucho que no fuera previsible, ni tópico. Me impresionó el modo en que me miraba y el modo en que sabía callar. ¿No es ridículo? ¿Enamorarse de alguien por la manera que tiene de guardar silencio? A veces hasta yo me doy cuenta de que digo cosas raras.

- Me estoy planteando volver a mi vida -confesé, y creo que fue la primera persona a quien se lo dije tan abiertamente.

- Harás bien. No tienes edad para comportarte como una abuelita retirada.

Reí de nuevo, con espontaneidad, como sólo lo hago con las personas de confianza.

- Hablabas de cerrar el círculo. Para cerrar el mío, aún hay algo que debo hacer. -Otro silencio, otra mirada interrogativa-: Arrojar las cenizas de Cornelia al lago, como ella quería. Será pronto. Sólo estoy esperando a que Peter venga a visitarme. Hasta hace poco no he comprendido que debía ser así.

- ¿Peter es tu padre?

- Mi padre, sí. Otra persona a quien creía conocer y del que no sabía nada en absoluto... -suspiré.

Albert anunció que había llegado el momento de marcharse. Yo no había reparado en lo tarde que era. Se bajó las mangas de la camisa, recuperó su chaqueta. Lo acompañé hasta el camino de gravilla, más allá de la verja de entrada, donde había aparcado el coche. Estaba chispeando.

- No hace falta que me acompañes. No quiero que te mojes.

Se quitó la chaqueta y la puso sobre mis hombros. Me venía grande. Metí los brazos en las mangas, me estremecí de placer al sentir el calor corporal que aún conservaba la prenda.

- Así tengo una excusa para volver. Es mi mejor chaqueta -dijo subiéndome el cuello de la prenda con ambas manos.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral al contacto frío de sus dedos en mi piel. Nos miramos como si esperáramos algo el uno del otro. Estaba claro lo que esperábamos. Lo que suele ocurrir en estos casos. Sin embargo, no ocurrió. No me besó. Ni yo a él.

- Buenas noches, jefa. No olvides abrir la caja -dijo, y echó a andar por el camino de gravilla con el paraguas cerrado colgando del brazo.

Me asusté de no saber qué hacer. Quería decirle que se quedara, pero no me salieron las palabras. Quería besarlo, pero no lo hice. Me limité a cerrar la puerta y a subir al salón. Me sentía mareada, y no era por el vino.

Busqué la caja, rasgué a toda prisa el envoltorio dorado, arrojé el lazo al suelo. La abrí mientras me temblaban las manos. Allí estaba la última pieza del puzle. Correspondía a un pequeño fragmento de piel, veteada por una tira del biquini amarillo. Pero en realidad era mucho más que eso y yo lo sabía. Albert se había encargado de hacérmelo saber. Era mi corazón. El corazón duro de alguien que hasta un rato antes aún se creía incapaz de volver a enamorarse.

Desdoblé, nerviosa, la nota que acompañaba a la pieza. La letra de Albert decía:

¿TIENE SENTIDO RECORRER TANTA DISTANCIA

PARA ENTREGAR ALGO QUE DESEAS POSEER?

SÓLO SI ERES BUEN PERDEDOR Y CONSERVAS

LA ESPERANZA HASTA QUE AMANEZCA.

Me latía el pulso a toda prisa. ¿«Conservas la esperanza hasta que amanezca»? ¿Qué quería decir aquello? De pronto, sentí pánico: no tenía ni un teléfono de Albert, ni una dirección de correo, ni le había preguntado dónde vivía. Cogí la caja con la pieza de puzzle y salí al porche. Había dejado de llover y el jardín desprendía un aroma suave y dulce. Intenté distinguir el coche en el camino de gravilla, pero no lo conseguí. Eché a correr hacia la verja, como si me fuera la vida en ello. Sólo cuando la alcancé vi que no me había equivocado. ¡El coche estaba ahí! En la negrura de la noche, no pude ver la sonrisa de Albert hasta que abrí la portezuela y me senté en el asiento del copiloto.

- ¡No puedo permitir que te vayas sin tu mejor chaqueta! -dije resollando.

Puso sus manos tibias sobre mis mejillas heladas, me miró mucho rato, mientras mi corazón retumbaba y se preguntaba a qué estaba esperando. Y entonces sí, dejó de sonreír, cerró los ojos y pasó lo que tenía que pasar.

* * *

¿He contado todo lo que merecía ser contado? Así lo creo. Ahora sé que el momento de enviar esta carta ha llegado. Ponerla en tus manos significa someterme a tu juicio, Abril, a tus preguntas y a tu perdón. Algo me dice que hace tiempo que me has perdonado. En otra época, procuré remediar todo el daño que te hice. Lo demás, sólo fue miedo, o falso orgullo. Por alguna extraña razón, me incomodaba ponerme ante ti. Había revestido mi personalidad de demasiados disfraces como para arriesgarme a volver a ser sólo yo misma. Ante ti nunca podré ser la que otros ven, lo sé. Pero no siempre lo he valorado del modo en que lo hago ahora. Han tenido que pasar algunas cosas terribles para que me diera cuenta. Ya sabes que nunca he sido muy hábil para estas cosas. Y tampoco la más rápida de las dos.

Después de pulsar la opción «enviar» existiré de nuevo. Ya va siendo hora de regresar a la vida, al mundo, ¿no crees? ¿O tal vez debería decir «renacer»? Espero que nadie se dé cuenta de lo mucho que he cambiado. Pero también deseo con todas mis fuerzas no volver a ser la de hace unos meses.

Sea como sea, espero que estés a mi lado de ahora en adelante, como siempre.

Tuya,

Olvido

Un buen amigo me pidió una vez que le contara todos los detalles de mi historia con Lawrence. Siento que debo hacerlo. Recordar cómo reencontré al amor de mi vida. Aunque ésta no es la única historia que debe ser contada. Yo también me propongo, pues, cerrar mi propio círculo.

Llevaba tres años trabajando en el centro para jóvenes con problemas de adaptación cuando recibí una llamada que me llenó de alegría:

- Hola, ¿Abril Manrubia?

- Soy yo.

- La llamo de parte de Fabio Amarelo, ¿se acuerda de él?

- Sí, por supuesto que sí.

- Excelente. El señor Amarelo está de viaje en la ciudad y quisiera entrevistarse con usted. Si le es posible, le gustaría invitarla a almorzar mañana.

- Claro -respondí aún sorprendida-, será un placer volver a verle.

- Entonces mañana a las dos en el restaurante Adagio. ¿Le parece bien?

Anoté la dirección y agradecí el detalle. Me extrañó que no me llamara Fabio directamente. Pensé que habría ascendido en los últimos meses y que tendría ganas de impresionarme o algo así. La última vez que lo vi estaba en muy buenas relaciones con el Instituto del Menor, y aspiraba a ocupar pronto un cargo importante. Era cosa de meses que consiguiera un ascenso, según creí entender.

Me gustaba saber de Fabio. A pesar de su meteórica carrera, era un buen colega, de esos que no pueden olvidar que algún día fuiste una de sus díscolas alumnas y te trata con cierto paternalismo protector. Muchas veces habíamos hablado de nuestro pasado en común. A él no le sorprendió saber que Olvido y yo lo veíamos como a un ogro.

- ¿Hacía falta ser tan estricto? -pregunté.

- Sólo os protegía. Sobre todo, de vosotras mismas -me respondió con una frase cargada de verdad que me hizo comenzar a comprenderlo.

Sabía, además, que respetaba mi trabajo. Varias veces me había felicitado por mi labor al frente del centro. De modo que verle era siempre un placer, a medio camino entre el recuerdo de tiempos pasados y una gratificante reunión de colegas.

Al día siguiente llegué al restaurante un poco antes de lo normal. Me sorprendió que un empleado con librea se ofreciera en la puerta a aparcarme el coche. Le di las llaves sin salir de mi asombro y entré en un elegante vestíbulo. Me extrañó que Fabio hubiera elegido aquel lugar tan elegante para nuestra cita. Tal vez pretendía pedirme algo. No citas todos los días a comer a alguien en un sitio así. Por dentro, el restaurante -puro lujo- me pareció más propio de una cita romántica que de un encuentro entre colegas. Pregunté por la mesa reservada a nombre de Fabio Amarelo y me condujeron hasta un rincón junto a la ventana. Al otro lado del cristal se veía un pequeño jardín japonés, artificial y apacible. Sonaba una leve música de violines muy relajante. El camarero encendió dos velas blancas que reposaban sobre mi mesa. Iba a decirle que no era necesario, pero callé por no parecer descortés. Me sirvieron una copa de vino blanco «para entretener la espera», según sus palabras. Di un sorbo. Estaba exquisito. Dulce y espumoso. Miré el reloj. Faltaban cinco minutos para la hora de la cita.

Entonces lo vi. Acababa de entrar y preguntaba algo al *maître*. Iba completamente vestido de negro. Sin corbata. Barba de un par de días. El pelo cuidadosamente arreglado, como siempre. Me pareció más arrebatadoramente guapo de lo que recordaba. Me quedé paralizada, sin saber qué hacer. Evité el ridículo de correr a su encuentro. Algo dentro de mí dijo: «Abril, no te precipites, piénsalo bien». Se me había disparado el corazón, poniendo las cosas aún más difíciles. Todavía trataba de decidirme a actuar cuando vi que el *maître* tomaba dos cartas del mostrador y conducía al recién llegado hasta su mesa. Caminaron hacia el rincón donde yo aguardaba, mirando con disimulo hacia la ventana. Se detuvieron unos metros antes, el *maître* señaló la única mesa vacía de la sala y Lawrence sonrió antes de tomar asiento.

- En seguida le servimos una copita para entretener la espera, señor -dijo el profesional.

- Perfecto, muchas gracias -repuso él con aquel castellano contagiado de acento americano que abrió todas las ventanas de mi memoria.

Lawrence no me había visto. Se había sentado de lado, mirando hacia la puerta. Su posición con respecto a mí me otorgaba cierta ventaja. Podía mirarlo sin ser vista, podía pensar una estrategia, espiar con quién se reunía en aquel lugar tan romántico. Pensé en lo mucho que me fastidiaría verlo con otra mujer a pesar del tiempo transcurrido. Y pensé en las casualidades, en ese modo extraño que tiene la vida de poner a personas en tu camino para arrebatártelas o volverlas a traer cuando le viene en gana.

Todo eso pensé, hecha un manojito de nervios, cuando me di cuenta de que Lawrence miraba el reloj, sacaba su teléfono del bolsillo, comprobaba algo, lo dejaba sobre la mesa y volvía a mirar el reloj. Eran las dos y diez y su cita no llegaba. La mía, tampoco. Una voz dentro de mi cabeza gritaba: «¿Se puede saber a qué estás esperando, Abril? ¡Llevas años

persiguiendo una oportunidad como ésta! ¡Haz algo en seguida!».

Me decidí a actuar. La sorpresa inicial había pasado, mi corazón estaba más tranquilo. Tenía que decirle algo. Así que me levanté, caminé hacia él con la copa en la mano, rodeé su mesa para ponerme en su campo de visión y le dije:

- ¡No me lo puedo creer!

No fui muy original, lo sé, pero estaba demasiado nerviosa para pensar algo mejor. Él abrió mucho los ojos y la boca, como si estuviera ante una alucinación. Soltó una carcajada incrédula y repuso:

- ¿Abril?

Se levantó, visiblemente emocionado, y me dio un abrazo. Me agarró por sorpresa, y creo que me puse un poco rígida.

- ¿Qué haces aquí? -preguntó.

Señalé hacia mi mesa.

- Creo que lo mismo que tú. Esperar.

- Comienzo a pensar que mi cita se ha olvidado de que habíamos quedado hoy.

- Pues ojalá la mía se olvide también -solté y creo que de inmediato me puse colorada, porque aquello había sido algo así como una traición de mi subconsciente.

- ¿Por qué no te sientas mientras tanto? -propuso.

Por supuesto, le hice caso. Pedimos que nos rellenaran las copas, brindamos por la casualidad. Comenzamos a ponernos al corriente del tiempo transcurrido. Hasta un buen rato después no me atreví a decirle que había ido a buscarlo a Berlín, pero que ya no estaba allí.

- Yo también pensé muchas veces en ti -dijo-, aunque nunca me atreví a dar el paso. Creí que no querrías verme.

A las dos y media decidimos que no esperaríamos a nuestras respectivas citas y comeríamos juntos. El *maître* nos recomendó el menú degustación y aceptamos sin rechistar, deseosos de ponernos al corriente de tantas cosas. Hasta el segundo plato, Lawrence no se atrevió a formular la pregunta más indiscreta de todas. La misma que yo tenía en los labios desde hacía rato.

- ¿Te has casado?

- No. He tenido varias relaciones desastrosas.

«Desastrosas porque en todos y cada uno de mis novios te buscaba a ti», dijo una vocecita dentro de mi cabeza.

- ¿Y tú? -inquirí.

- Lo mismo, pero sólo con una relación desastrosa. Me divorcié el año pasado.

- ¿Tienes hijos?

- No. -Sentí un alivio enorme-. ¿Y tú?

- Tampoco -dije.

- Entonces, no somos tan diferentes de los de entonces, el tiempo no nos ha cambiado tanto -concluyó él antes de hacer una pausa y formular otra pregunta que esperaba-: ¿Y Olvido? ¿Seguís en contacto, aunque ahora sea una estrella mundial? ¡Menuda carrera la suya! Cada vez que la veo me siento orgulloso de haber sido su profesor.

Le conté la verdad. O lo que yo creía que era la verdad. Le hablé de la distancia, de las cosas insalvables, de la fama que cambia a la gente y de lo que no puede perdonarse. No quise ahondar. No me apetecía decirle que fue precisamente nuestra separación lo que no le perdonaba a Olvido. Por alguna razón, no me pareció oportuno. O tal vez temía revelarle que Olvido estuvo alguna vez enamorada de él y todo lo que hizo fue porque no soportaba la idea de que me quisiera a mí.

Incluso ahora, el fantasma de Olvido se interponía entre Lawrence y yo. Estaba claro que no la había perdonado. Aunque no podía estar más equivocada, desde luego. O más desinformada.

La conversación se desvió hacia otros asuntos. Le pregunté qué hacía en la ciudad, cuánto tiempo llevaba allí.

- Apenas unos días. He venido con mi compañía. Ahora soy el coreógrafo del Ballet Nacional de Londres. Estrenamos en el Teatro Real el sábado.

- ¿Londres? Menuda sorpresa. Pensaba que vivías en Nueva York.

- Bueno, ya sabes que el sedentarismo nunca se me ha dado muy bien. Me vino bien el traslado. Llevo en Londres medio año.

Me prometió invitarme al estreno del ballet. Luego me tocó el turno a mí. Quiso saber a qué me dedicaba, si había seguido mi carrera como actriz.

- No, no, aquello no era lo mío. Soy directora de un centro para menores.

- Vaya, una mujer importante.

- No. La misma de siempre -sonreí.

Suspiró. Apuró la copa.

- ¡Me siento como si hubiera vuelto a casa! -exclamó.

Sobre la mesa, la comida estaba casi intacta.

- ¿No les ha gustado el menú degustación a los señores? -nos preguntó el *maître*, casi descompuesto ante tanta frugalidad.

Fue Lawrence quien respondió:

- Estaba todo buenísimo. Pero a la señorita y a mí la emoción nos ha quitado el hambre.

No volvimos a hablar de lo olvidadizas que habían sido nuestras respectivas citas. La secretaria de Fabio me llamó aquella misma tarde para disculparse en nombre de su jefe. Había tenido una reunión importante en el ministerio, de esas que no se anuncian y no pueden esperar; lo sentía mucho, me llamarían de nuevo cuando Fabio volviera a estar en la ciudad. El periodista que había quedado con Lawrence le dijo que lo habían despedido del periódico justo la tarde anterior y que con el disgusto no había recordado su compromiso. Nada de todo aquello nos pareció ni mínimamente sospechoso. Tampoco detectamos ninguna irregularidad a la hora de pagar. Lawrence se empeñó en invitarme. Cuando trajeron la cuenta, dejó su tarjeta de crédito sobre la bandeja de plata. Nunca se dio cuenta de que en realidad no le había cobrado el restaurante la comida. Nunca, hasta hace sólo unos días, después de recibir la larga carta de Olvido desde Tremezzo, comenzamos a atar cabos y a darnos cuenta, por fin... ¿Cómo pudimos pasar por alto algo tan obvio? ¿Y durante tanto tiempo?

Fue Olvido quien reservó la mesa y arregló la cita en el restaurante más romántico de la ciudad. Mandó llamar a alguien haciéndose pasar por la secretaria de Fabio y yo me lo tragué. Lo mismo ocurrió con el periodista que nunca existió. También pagó la cuenta, claro. Y pidió que nos sirvieran su vino favorito en el aperitivo.

Cuando le dije que nunca debió hacerlo, respondió:

- Claro que sí. Os lo debía desde hacía mucho tiempo.

Bueno, puede que sí. Puede que nos lo debiera un poquito.

* * *

Lo primero que hice después de recibir aquel largo mensaje de Olvido: llorar.

Lo segundo: contestarle.

Querida Olvido: Tengo una noticia bomba: me voy a casar. ¡A los treinta y seis! Hace unos meses que debería haberlo hecho, pero el grave accidente que sufrió una persona muy querida nos obligó a postergarlo indefinidamente. Ahora voy a comenzar a buscar fecha de nuevo y espero que esta vez sea la definitiva. Bueno, más vale tarde que nunca (supongo). Aunque ya te lo dije una vez, no quiero hacerlo sin ti. De hecho, por eso te escribo. Para pedirte que hagas un hueco en tu agenda de estrella mundial y vengas a mi boda. Te aseguro que en ninguna otra parte del mundo se alegrarán tanto de volver a verte. Estoy dispuesta a darte el tiempo necesario (por favor, que no sea mucho). No admito un no por respuesta. Te necesito a mi lado.

Me parece que han pasado mil años desde la última vez que nos vimos. ¿Verdad que no vamos a dejar que esto vuelva a ocurrirnos nunca más? ¿Verdad que no volveremos a separarnos? Aunque no te lo creas, aún me quedan muchas, muchísimas cosas que contarte.

Tuya,

Abril

Al día siguiente, mi secretaria me anunció que una señora deseaba verme. Consulté mi agenda, extrañada. No había citado a nadie. Las visitas de los padres solía concertarlas por la tarde. Además, debía terminar un informe con toda urgencia.

- ¿Una señora? -pregunté a mi secretaria, a través del teléfono-. ¿Le ha dicho qué quiere?

- No. Me ha dicho su nombre. Lo he anotado, espere: Olvido Rus.

Dejé el informe por hacer y salí a toda prisa. Encontré a Olvido sentada en la sala de espera, hojeando una revista, con las gafas oscuras puestas. Igual temía que la reconocieran pero, como acababa de quedar demostrado, con mi secretaria no hacía falta extremar precauciones: no parecía formar parte de este mundo.

Olvido y yo no intercambiamos palabras (no habríamos sabido cuáles elegir). Sólo un abrazo largo y verdadero.

Luego ella dijo:

- Si no tienes mucho trabajo, te invito a comer.

- No tengo mucho trabajo -mentí.

Le propuse ir a un vegetariano y le gustó la idea. Comimos con buen apetito. Tomamos algunas copas de más. Brindamos varias veces. Reímos y lloramos sin que nada nos importara. Hablamos sin descanso. Renunciamos al postre cuando yo propuse tomar café en mi despacho. Cuando la invité a entrar, Olvido miró a su alrededor y dijo:

- Se parece al de Amarelo. Es como volver atrás en el tiempo.

Abrí un cajón de mi mesa y extraje algo. Un objeto que formaba parte de nuestra historia. Que, en cierto modo, la resumía. Una piedra lisa, suave y fría que dejé frente a Olvido.

- En realidad, es como si el tiempo nos diera una segunda oportunidad, ¿no crees? -dije-. Una vez me pediste que guardara esta piedra porque era como tu corazón, ¿te acuerdas? -Asintió-. Pues bien, tómala. Ya no la quiero. Te la devuelvo porque no se parece a tu corazón en absoluto.

Sonrió. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Corrió a ponerse de nuevo las gafas. Se guardó la piedra en el bolso. Repuso:

- Me gustaría que vinieras conmigo a Tremezzo. Hay algo que no quiero hacer sin ti.

* * *

Olvido se llevó una gran alegría cuando supo que Lawrence y yo aún no nos habíamos casado. Después de su accidente decidimos aplazar la boda hasta saber cómo evolucionaba su recuperación.

- No nos apetecía celebrar nada sin ti -le explicó Lawrence-, aunque con tu desaparición repentina del mundo, comenzamos a creer que no nos casaríamos nunca.

Sin duda, quien más se alegró de que por fin tuviéramos fecha para la boda fue Julia,

mi media hermana. Al principio había vivido todos los preparativos con una gran ilusión, sobre todo las pruebas de su traje de dama de honor, y lloró desolada cuando supo que tenía que guardarlo en el armario y esperar un poco. A sus once años, Julia es una señorita muy sensible, muy lista y muy guapa, que ha sabido hacerse un sitio en el corazón de Lawrence por méritos propios. A veces pienso que si fuera un poco mayor, tendría en ella a una rival de primer orden.

Con el restablecimiento de Olvido, decidimos retomar nuestros planes, a pesar de que llevábamos más de un año viviendo juntos. Comenzamos de nuevo los preparativos. Al vestido de Julia sólo hubo que deshacerle un poco el dobladillo para que quedara perfecto. Olvido aceptó ser la maestra de ceremonias y comenzó a mangonearlo todo, marearme con diseños espectaculares de modistos de su confianza, decidir cuál sería el mejor menú y a qué lugar de ensueño debíamos ir de luna de miel. Yo la dejé hacer, claro, resignada y contenta. Al fin y al cabo, eso significaba que volvía a ser ella misma.

Olvido cerró su círculo, como había anunciado, arrojando al lago de Como las cenizas de Cornelia. Lo hizo en una ceremonia íntima a la que sólo asistimos sus más allegados: Peter y Olvido fueron los oficiantes. Lawrence, Albert, Giulio, Franca y yo, los espectadores.

Aquella noche cenamos en Villa Olvido todos juntos. Cocinó Albert, que nos dejó a todos boquiabiertos con sus recetas vegetarianas. Olvido y yo los dejamos a todos sentados a la mesa, contándose sus mil y una batallitas de hombres de mundo, y nos fuimos a dar un paseo por el lago. Nos sentamos en uno de los embarcaderos y metimos los pies en el agua helada. Como ya nos había pasado hacía mucho en aquel mismo lugar, no nos hicieron falta las palabras. Estuvimos un buen rato allí, viendo titilar las estrellas sobre el lago, observando los coches como luciérnagas recorrer la carretera oscura, escuchando el canto de los grillos. Hasta que yo decidí interrumpir el silencio con una revelación que aún me costaba creer:

- Olvido, estoy embarazada.

- ¿Qué? -preguntó dando un respingo muy gracioso.

- Lawrence aún no lo sabe. Me he hecho la prueba esta mañana, al volver de la ceremonia de las cenizas. Estoy muerta de miedo. ¡Voy a tener un bebé! Eres la primera a quien se lo cuento.

Me abrazó, mientras dos gruesos lagrimones corrían por sus mejillas. Permanecimos así durante unos instantes.

- Tienes que prometerme una cosa -susurré junto a su oído-: Que si un día me pasa algo, te ocuparás de mi hijo.

- ¿Si un día te pasa algo? Pero ¿qué dices, idiota?

- Prométemelo.

- Pero Abril, ¿qué te va a pasar? ¡Y no me digas que es otro de tus absurdos presentimientos!...

- ¡Prométemelo!

- Está bien -aceptó a regañadientes-, te lo prometo. Pero no...

- Bien -zanjó-, ahora ya está todo en su sitio.

- Aún no -dijo llevándose la mano al bolsillo y sacando nuestra piedra, la piedra de nuestra vida, dura y fría como siempre. La sostuvo un momento en el cuenco de su mano, en silencio, mientras la acariciaba como si fuera un animalito. Sonrió, misteriosa. Levantó la mano y la lanzó con toda la fuerza de que fue capaz.

La piedra describió una parábola en el aire y cayó con un plof grave a unos pocos metros. El silencio de la noche amplificó su entrada en el agua. Nos quedamos quietas, imaginando tal vez ese último viaje hasta las profundidades. Entonces Olvido me abrazó y susurró junto a mi oído:

- Ahora sí que todo está en su sitio.

Epílogo

En el fondo, Olvido sabía que los presentimientos de Abril nunca habían dejado de cumplirse. Por eso evitó durante mucho tiempo pensar en la promesa que le había hecho a su amiga aquella noche, junto al lago.

Hasta que no le quedó otro remedio.

Morón de la Frontera-Mataró, 31 de marzo de 2013

Nota de las autoras

Sólo unas palabras de parte de las dos autoras de esta historia, para aquellos que hayan llegado hasta aquí. A pesar de que lo contado es ficción, ambas creemos que no habríamos podido escribir ni una línea si no compartiéramos con Olvido y Abril uno de los patrimonios más importantes de sus vidas (y las nuestras): la amistad. Hasta ahora sabíamos que la amistad es un buen incentivo para la vida. Mientras estas páginas cobraban forma, hemos descubierto que también lo es para las novelas. Y puede que hasta nos hayan quedado ganas de repetir.

Deseamos agradecer a algunas personas lo mucho que han aportado a esta historia.

- A Marta Vilagut, por confiar en nosotras y también en Olvido y en Abril, antes de conocerlas del todo. Este nuestro comienza a ser también un largo recorrido que hay que celebrar, como todo lo que la vida nos regala con generosidad imprevista.

- A Sandra Bruna, por el cariño perpetuo después de ¡trece años!

- A Julio, Adrián, Alejandro, Elia y Álex, por entender que les hayamos robado un poco de tiempo real para hacer avanzar el tiempo ficticio. Y por perpetuar algo tan sutil y quebradizo como la amistad.

- A Antonio, por asumir el riesgo (él sabe).

- A Deni, por el erizo enfadado.

- Y muy en especial a todos los lectores y lectoras que han llegado hasta aquí y que se han emocionado leyendo estas páginas, porque hacen que el mundo sea, a pesar de todo, un lugar que merece la pena.